

Aguafuerte del Mar Quíto

10 pintores

LETICIA TARRAGÓ

DANIEL NORIEGA

MARIANA PAZOS GÓMEZ

FRANCISCO GALÍ

CASSANDRA ROBERTS

HUGO MONCADA

LI GUTIÉRREZ

GERARDO VARGAS

LILI FLORES

ISRAEL BARRÓN

29 cuentos de GABRIEL FUSTER

Colección *Personae non grata* / Aguafuerte del Mar Quito

Instituto Veracruzano de la Cultura
Gobierno del Estado de Veracruz

Primera edición, Marzo de 2012

® Gabriel Fuster, 2008

D.R. ® Leticia Tarragó

Daniel Noriega

Mariana Pazos Gómez

Francisco Galí

Cassandra Roberts

Hugo Moncada

Li Gutiérrez

Gerardo Vargas

Lilí Flores

Israel Barrón

Impreso en México

Cuidado de la edición: Gabriel Fuster

Email: alacioperez765@hotmail.com

INTRODUCCIÓN: LA PERSISTENCIA DE LA RETINA / 3

LETICIA TARRAGÓ / Orizaba, 1940

FROM GRANDMOTHER SERIES – EL MONSTRUO / 11

INTERIOR CON ELEFANTE – OFF THE WALL / 15

EL SAPO – IDEM / 23

DANIEL NORIEGA / Veracruz, 1967

VUELVE A LA VIDA – CUENTO PARA MORIRSE / 29

PULPOS EN SU TINTA – PACIENTE CERO / 37

CAZUELA DE MARISCOS – LA CASONA / 49

MARIANA PAZOS GOMEZ / Veracruz, 1977

VER, OIR Y CALLAR - VER. OIR Y CALLAR / 53

SENSUAL OBSERVACIÓN II - LEY DEL HIELO / 55

WINDMILL – LAS SIETE YA VAN A DAR / 59

FRANCISCO GALÍ / Veracruz, 1951

BAILANDO EN LA AZOTEA – ARROBAMIENTO / 63

NOSTALGIA POR UNA ISLA – EMOTICONES / 67

SORDINA – NOTA EN LA PUERTA, DESAFINADA / 75

CASSANDRA ROBERTS / República de Singapur, 1983

SOBERBIA - PLAN DE PÁJAROS / 81

AUTOCONSUMO - CUERPO EXTRAÑO / 85

INFANCIA DE OTROS JUEGOS NOCTURNOS – IDEM / 91

HUGO MONCADA / Veracruz, 1968

VISCERE – SIMETRÍA DEL ATLAS / 95

EL APANDO – TOMO LA PALABRA / 97

VIH – TE DEUM / 101

LI GUTIÉRREZ / México, D.F.

CAMINO A SAN BARTOLO (FRAGMENTO) – ESCAPES / 107

BLOODY CAÑA – ROBO DE IDENTIDAD / 111

VAMPIRESA MULATA – LOS CONTRATOS SE FIRMAN CON

SANGRE / 115

GERARDO VARGAS / Ciudad de México, 1971

HEROES – UN MUNDO RARO / 119

EL MEZQUITE Y EL MAÍZ – ALÓ MMXICO / 121

EL PODER – LA SILLA SENCILLA / 125

LILI FLORES / Veracruz, 1964

PEZ VOLADOR – LA ERA DE ACUARIO / 127

CAMARÓN PELAO – MAMBRÚ SE FUE A AL-QAEDA / 137

HERMI EL CANGREJO – OTRA TUERCA DE VUELTA / 141

ISRAEL BARRÓN / Pachuca, 1974

SIN TÍTULO – 50 PREGUNTAS / 145

CRY CRY, CRÍ CRÍ – IDEM / 149

LA PERSISTENCIA DE LA RETINA

Alto, esta parodia es un atentado a otra obra maestra. *La persistencia de la memoria* es el famoso cuadro del pintor español Salvador Dalí, pintado en 1931. Está hecho mediante la técnica del óleo sobre lienzo, es de estilo surrealista y sus medidas son 24 x 33 cm. Se conserva en el Museum of Modern Art de Nueva York. Llegó allí en 1934 a través de una donación anónima. En el cuadro aparece la bahía de Port Lligat, en Cataluña, al amanecer. El paisaje es simple; aparece el mar al fondo y una pequeña montaña a la derecha. Hay tres relojes blandos y deformados, elementos que ya habían aparecido en una obra suya del año anterior, *Orsificación prematura de una estación*. Dalí, según él mismo dice, se inspiró en el queso camembert a la hora de añadir los relojes al cuadro, relacionándolos por su calidad de "*tiernos, extravagantes, solitarios y paranoico-críticos*". Los relojes, como la memoria, se han reblandecido por el paso del tiempo. Son relojes perfectamente verosímiles, que siguen marcando la hora (supuestamente en torno a la seis de la tarde). Dalí dijo sobre el cuadro: "*Lo mismo que me sorprende que un oficinista de*

banco nunca se haya comido un cheque, asimismo me asombra que nunca antes de mí, a ningún otro pintor se le ocurriese pintar un reloj blando". Yo digo, si Dalí hubiera estado inapetente, seguro hubiera optado por un robusto Chianti para brindar a la morbosidad del candaulismo con Gala, su esposa, durante la cena.

Me refiero a la persistencia de la retina porque, en el momento que falla la memoria, generalmente compramos arte moderno para igualar el color de las cortinas. *Faute de mieux*, dirá Paul Éluard, el cuñado.

Mi acercamiento a la pintura fue una casualidad. En septiembre del 2002. El peor momento de ansiedad en mi vida. La ocasión que decidí buscar ayuda con un psicólogo. Por principio de cuentas, dos separaciones al hilo, de modo que, dado su poco uso, alcancé a pensar que mi corazón sería sumamente cotizado para un trasplante. Por si fuera poco, mis escritos eran menospreciados por el excesivo uso de la palabra "repositorio". Vivía una especie de muerte en vida. El psicólogo me dijo: ¡Encuentre un hobby! Yo le contesto de mala gana que para que chingados necesito buscar un puto enano de esos de la Tierra Media. Razonamiento circular. Al

salir del consultorio, me dirigí a los talleres del maestro Rogelio Armendáriz. Hubiera escogido a los músicos, pero tampoco tenían dinero para prestarme. En un momento de inspiración, se me ocurrió escribir cuentos alrededor de los cuadros de Israel Barrón y en Marzo del 2007, presentamos el libro bautizado “Cuadros con descuento”. Antes, el licenciado Manuel Salinas Arrellano realizó una profunda compilación de autores y obras, titulada “El desarrollo de la plástica en la ciudad de Veracruz”, pero éste es un libro más formal. No obstante, de su lectura comprendí lo que Fernando Botero llama *el dedo gordo* que dispone la paleta con los pigmentos.

Todo cuadro, aparte de hacernos estornudar con los disolventes, debe reunir cuatro puntos fundamentales, así como cuatro esquinas. Es necesario repasarlos, para estar en una posición de ventaja al decir: “Sí, ya lo sabía”.

Punto uno: El cuadro debe estar pintado en colores que podamos ver. Los daltónicos deben conformarse con Raúl Anguiano. La persistencia de la retina puede ubicar el título del cuadro también.

Punto Dos: El cuadro debe tratar sobre “algo”. Uno no puede decir: “¡He aquí un interesante O’Gorman!” y colgarlo

así nomas. De hecho sí puedes hacerlo, pero no esperes un retrato que tenga bastante que ver con la mona vestida de seda. Para entender esto, tomemos la historia del estudiante que metió un caballo en el baño. La administradora del internado se despierta con la conmoción que provoca el animal al subir las escaleras y pone el grito en el cielo, señalando a la balastrada rota, al piso rayado con las herraduras, a las paredes sucias con el sacudir de la cola y al resto de los desajustes provocados a los muebles. Le grita al muchacho si está loco, para qué diablos mete a un caballo al baño. A lo que el joven responde: Mañana, cuando se despierten mis compañeros, uno a uno irán al baño y luego bajaran corriendo a decirnos, “*¡Oigan, hay un caballo en el baño!*”. A lo que podré contestar primero: “*Sí, ya lo sabía*”.

Punto tres: El cuadro debe contener tanto frustración como logro. Personalmente, pienso que la respuesta correcta fuera: “No es un caballo, es mi pesadilla”. Aquí, el motivo fantástico de Fuseli.

Punto cuatro. Debe estar terminado. En el estricto sentido Gestalt, supongamos que la historia del caballo de marras sea invertida. O sea, que un caballo metió a un hombre en un baño. Nuestro factor de sorpresa es limitado por la idea

de la dueña preguntando al caballo los motivos de su acción. Un escenario totalmente terminado.

Con el conocimiento adquirido y el recurso para lidiar cualquier pregunta sobre la materia, vengo a admirar la trayectoria de seis realizadores de señera inspiración. *Sí, ya lo sabía*. Primeramente, Leticia Tarragó brinda la impresión de ser una surrealista, pero no. Cada cuadro suyo es un viaje sentimental por espacios más secretos. Sin embargo, es evidente que siente afinidad con creadoras desmesuradas como Remedios Varo, Bridget Bate Tichenor y Leonora Carrington, como sucede entre vecinas, amigas por encima de cualquier otro asunto delante de una tela. Dada esta instalación de su obra con la vanguardia plástica, hay que seguirla en sus etapas de felicidad doméstica, como el gusto de pintar un objeto de molestias cotidianas para renovarlo en el realismo mágico, aportando la tradición dinámica de un personaje que sale de la multiplicidad y adquiere una identidad inconfundible, calificando en avatar. En el marco del hinduismo, un avatar es la reencarnación terrestre de un dios. En el espacio de los videojuegos, se dice que es una imagen o icono que representa a una persona en entornos virtuales compartidos o en relaciones

de internet. En el caso de Tarragó, el avatar es una carita buena, vital y andrógina, cuya salutación se posiciona en las primeras capas vueltas a pintar y vueltas a pintar, lo que invita a pensar en el retrato ovalado, seguramente menos asertivo que el misterio de las caritas de Belmez. Lo importante aquí es que, con un misterio tan singular son imposibles las falsificaciones.

Daniel Noriega es la prueba viviente del equilibrio entre dos esencias encontradas, maniqueas. Daniel es, al mismo tiempo, empresario y bohemio. Giacomo Puccini seguiría buscando un lugar para estacionarse en el *Quarter Latin*. Finalmente, *La Bohème* es fiel pagadora de deudas y promesas. Un bleo, un hecho. Daniel Noriega ama el brillo fosforescente de la orilla de la playa, de noche y de día. Abre la claraboya. En sus cuadros es notorio un acervado simbolismo, aunque por instantes deposita una prisa laboral que lo retrae al manierismo. Por ejemplo, pintorrea un menú y quedan playas vacías en medio del cantar apurado de la sirena. Cerrando la arena, los ojos son enterrados vivos. Significativamente, se miran hacia sí y todo es pura pregunta.

Mariana Pazos Gómez, cuya calidad del dibujo y el empleo de los colores enteógenos le ganan su reconocimiento

en el ABC Del arte moderno. Su trabajo puede competir con las propuestas de Campbell Laird, Margarete Gockel, Anja Kroencke y Kelly Hyatt, entre los mejores ejemplos de ilustración contemporánea. O ser referido alguna vez con el de Peter Max, cuyas estrellas, flores, ángeles y visiones cósmicas invadieron los posters del mundo, durante los 70s. Marpago, su *nom de guerre*, confiesa que la clave de su éxito es no saltarse los pasos. Le creo.

Francisco Galí pinta con lujo, calma y voluptuosidad por emular a Matisse. Los vestigios del post-impresionismo encuentran un refugio en la cuenca del Papaloapan. En una serie que envidiaría el propio Gauguin, Galí demuestra que el negro no es sólo un pigmento, es una cultura. Gauguin tuvo su vida en Polinesia. Queda relatar la anécdota unida a su última pintura. El cuadro, al llegar a París, no representaba un tema claro y nadie se atrevió a identificar lo que Gauguin quería representar, nadie sabía qué elemento de Tahití le había podido inspirar esa última obra. Se necesitó tiempo para que alguien se diera cuenta de que el cuadro estaba expuesto al revés. Al darle la vuelta apareció un paisaje nevado con un grupo de casas.

Galí piensa que de ocurrirle lo mismo, la culpa es de los buñuelos con harta miel.

Cassandra Roberts es la continuidad de Duchamp y Léger, con su interés por la pintura-objeto. La técnica de troquelado y trampantojo, tan recurrentes en la obra de Cassandra, contribuyen a crear un ambiente de opinión más que ganar las limpias miradas del alrededor. El espectador juega o gana un fetiche. Al contemplar un cuadro titulado “*Antena*”, que muestra a una mujer de tres metros en tres partes, o el otro cuadro “*Vouyerismo Sentimental*”, que presenta un torso arrugado, se me ocurren dos habilidades: tocar un acordeón o aprender a replegar mapas. Cassandra quiere inventar su propia voz, en lugar de ser mera intérprete de una teoría pictórica. Que oigan los que tengan ojos.

Hugo Moncada desplaza su visión colorida con un talante urbano, destinado a poner a prueba el desasosiego, aunque su característica reside en que la sala de visitantes perciba una recreación autodestructiva, seriada y criminal, como ocurre en la novela gráfica, donde estas cotas son más altas. Al destellar sus ojos, Moncada asume su deuda plástica y humana con la peor ralea del desagüe y pinta la furiosa

indiferencia de los claroscuros, sufrida por el artista en la sociedad que le tocó vivir, consiguiendo ilustraciones de aire marcadamente adulto, que aplica en el sentido de obra perdurable a los momentos de Roy Lichtenstein, respecto de las revista de historietas con su *fumetto* transitorio. Considerada nueva pintura rupestre, hasta entonces el negro había sido pereza diabólica y el blanco sumo fervor de gracia y sabiduría para mantenerse separados, como si el nacimiento del gris fuera posterior a la aparición de los abismos. Moncada deja asentado que otra manera de poseer esos abismos es capturarlos, verlos una y otra vez. El sueño se hace inquieto, pero no queremos despertar.

Li Gutierrez es una pintora que no le tiene respeto al polígono del lienzo. Ya no hay color que entre desde fuera al cuadro, pequeño mundo independiente donde, desdeñando la tercera dimensión, puede colgarse una pared tradicional, produciendo más placer que una ventana. Ella guarda otros ojos para la pintura y supone sacar el interés de las más abigarradas experimentaciones de imaginación plástica, desde los efectos ópticos hasta el juego arriesgado con materiales nuevos, pensando en un papel maché que desaparece y vuelve a

aparecer para caber entero en un punto de Vasarely. Su taller de trabajo recuerda mucho el lugar de Pablo Picasso, un mundo en sí que aparentemente no se ocupa de nada, siendo en conclusión el simple plantado de hacer de buena gana lo que le venga en gana. Este profundo compromiso con el trabajo es tal, que si viviera el Doctor Paul Gachet, con toda seguridad le hubiera diagnosticado su cuadro clínico.

Obras como las de Gerardo Vargas Frías aportan una cuota de enigma a la potencia misteriosa y sobrenatural que libera el alcohol. Nadie puede negar que su preocupación de cartelista es representar lo más fielmente posible lo fantástico, por lo menos aquella zona, aquel sector de un mundo desolado, descubierto por primera y última vez en la noción de eternidad. Para ello ha empleado personajes y hechos cotidianos, reconocibles, ordinarios, pero encuentra su mejor paralelo onírico en los aguafuertes porteños de Robert Arlt, quien a su vez posee ribetes alucinados en sus búsquedas periodísticas. O no saluda al entrar y bien pinta una realidad más alucinatoria que William Blake. El artista visual es un empresario teatral ya establecido en terrenos privados de lo soñado, lo ensoñado, lo imaginado y las hipótesis extraordinarias. Pionero del

etiquetado, Guillermo de Occam puede estar repasando sobre una correa azul la mejor de sus navajas, lo que hace que ese territorio inventado por Gerardo Vargas súbitamente nos parezca real.

Lili Flores no sólo puede documentar históricamente un hito inaugural, oficial, presupuestado, sino que no deja de afectar su persona que provoca que la metáfora suba hasta los ojos. Otra fuerza nos impide caer de espaldas. La palabra metáfora es problemática, por ser igualmente difusa, proteica, pero gratifica cuando el adverso trasluz de estos dibujos fugaces de la pintora nos devuelve el buen gusto. Primero son colores mezclados y líneas que no se tocan, enseguida toma un espesor de arco iris contra el cielo. Por ejemplo, cuando Lili inventó la sonrisa, no sabían los hombres que hacer con ella. Y porque su inspiración de perfectas dimensiones calla por nosotros.

Ahora bien, no obstante haber lanzado un primer libro, juntos, a Israel Barrón lo conozco apenas diez minutos, debido a sus constantes idas y regresos a Veracruz, por cuestión de trabajo y constantes exposiciones foráneas. Habla conmigo totalmente desorientado, me pide vengar a Tamayo. Israel

Barrón es el ejemplo vital del artista que se aferra en su pasión al agasajo de la docencia, varias generaciones de nuevos pintores lo ratifican como maestro. En otra ocasión, me comenta que le gustan mis libros, porque lo ponen a dormir. La admiración es mutua.

Diez pintores hacen la historia, la historia dentro de mi cabeza. *Sí, lo sabía.* Todos y cada uno, generosamente, me prestaron su obra para hacer este libro. El libro es el fruto de un hallazgo, guardando el insólito destino de las segundas partes. O la prueba de lo que me sucedió en la sala de espera del aeropuerto, al encontrarme con Salvador Dalí, esperando el mismo vuelo.

-¿Qué tienes en la bolsa? – pregunta el eterno pintor.

-Libros, hombre. Mi nueva publicación, *Aguafuerte del Mar Quito*. Me los acaba de entregar la imprenta – respondo.

-Si acierto cuantos llevas, ¿puedo quedarme con uno?

-Si aciertas, puedes quedarte con los dos.

Al final, me quedé sin nada, por olvido o por desintegración de la persistencia de la memoria. *Sí, lo sabía.*

Gabriel Fuster. Agosto, 2008.



EL MONSTRUO

“Si tan solo las cosa fueran como eran antaño”, comenta la tía Carmen y se frota los ojos.

-¿Al techo de vigas? Oh, muchas gracias. Lo que me faltaba, goterones más, goterones menos. –Así, Teté no tiene otra cosa que decir entre todas las flores que refrescan la estancia y agrega. –Más que me importa si toda mi vida he vivido en esta casita musical donde cada quién tiene un invierno anticipado en un cuarto distinto. El fluir de las horas se cuela por el mosquitero y tengo temor de usar la cocina tan a menudo, sobre todo si es en vano calentar mis sopas enlatadas sobre una estufa de dos hornillas, precisamente porque un dedo indica dos funciones en el microondas para hacerme la vida digna.

-No, no es eso –la tía Carmen aclara las obsolescencia de los afectos y se frota las caderas -Simplemente no me agrada mirarlo del modo que lo persigue el minuterio y ya no asusta.

Yo me había acostumbrado a la presencia del monstruo. Ni siquiera de niña me infundía miedo. Yo nací poco después que él se mudó a nuestro piso, por lo que no me resultaba inusual toparme con una criatura felpuda de manos grandes y único ojo inyectado en sangre, ya en el baño o en la cocina o en la sala. Pero, ¿para qué me preocupó

en dar descripciones? Un monstruo verde no es distinto de cualquier otro y nuestro monstruo no era menos horrendo que el siguiente. Al caso, el monstruo se hace espantoso cada vez que te le quedas viendo y le huyes.

Salvo este esoterismo, se rumoraba que los anteriores inquilinos habían hecho su reclamo al dueño de la casa, solicitándole la evicción del monstruo y entablado esta corrupta agudeza a la caligrafía verbal en las cláusulas del contrato de arrendamiento, respecto de vicios ocultos, pero la respuesta de los abogados era: “El suyo no es un caso procedente para solicitar el juicio. Además, se desconocen los daños y perjuicios, siendo que es muy común suponer que todo ser horrendo se juzga malvado”.

No, ni siquiera el episodio donde el marido de Teté sufrió quemaduras de segundo grado durante un escupitajo de fuego, constituía un lesión inducida. Lo hicieron arañar el infierno, pero el juego laico trajo como consecuencia que al término de su recuperación, el esposo abandonó a Teté por otra mujer. Despechada, Teté nunca perdonó al monstruo por arruinar su vida. El monstruo alegó en su defensa que carbonizó a su marido porque no soportaba que éste fijara citas amorosas a sus espaldas, hablándole a su amante por teléfono y atisbando por el hueco de la vergüenza. Sin importar el desamor y el abandono, el tipo vendado se vería obligado a quedarse en casa de párpados abiertos y solícitos, al menos por seis meses.

-Yo no sé cómo hubiera terminado esta historia- recapitula Teté – pero si me vuelves a hacer lo mismo, no dudaré en tirar un foco fundido en tu plato de comida.

El monstruo arregla un calendario de trabajo por dos años en un castillo de Escocia. Suponiendo que en las charlas sobre ausentes no se dice nada. Con el tiempo, el chisme sobre el esposo de Teté pasó al olvido. Más a su regreso, el monstruo envejeció, se volvió gruñón y vino a convertirse en una molestia para todos. No se podía entrar al baño y evitar ver el retrete lleno de sapos y culebras. O esperar que el motor del refrigerador repentinamente entonara un lamento y calentara en lugar de enfriar. En el interior, la leche hervía y las sobras de la comida estallaban en bengalas. En la paz del lunes, el monstruo mordió al hombre de las reparaciones y murió de miedo.

-Yo supongo que esa foto del monstruo debe parecerle arte – pregunta el técnico.

-No señor, ese es un espejo

-Ah, que caray. Pero en honor a la verdad, los monstruos no existen, señora

-Aquí tenemos uno y es de los más horribles

-Cálmate, loca –protesta el ser inhumano, a espaldas de los conversadores.

Cabe mencionar que el monstruo y la tía Carmen compartían su ironía en iguales términos. Si ella llegaba encontrarse un tentáculo

en su café en lugar de su pan dulce, ella exclamaba con placer: ¡Mira, un tentáculo! ¡Qué detalle más gótico! ¡Ya me hubiera conseguido las malas miradas de Lovecraft!

Por mi parte, siendo una niña, el monstruo no me toleraba y se abrazaba con lo invisible las veces que lo espiaba bajo la cama. Todo lo que hacía le molestaba. Por ejemplo, si aplaudía y reía, al rato me provocaba gingivostomatitis. Nada mortal, pero si suficiente para no prodigar besos. Al alcanzar la adolescencia, el monstruo continuó esparciendo los murciélagos de su terrible humor negro y detesto. Cada vez que un chico buscaba por mí al teléfono, el monstruo se adelantaría a levantar el auricular antes que nadie y cortar la llamada, silbando entre dientes: No está en casa, amigo. Se fue con otro.

Vivo sola ahora. Mis padres ya no están conmigo. Oficialmente, comparto la casa con la tía Carmen y el monstruo. Uno aprende a vivir en comunidad. Por supuesto, no deja de ser un comienzo silencioso cuando regreso tarde de trabajo y me llevo el susto tropezándome con el cadalso al abrir la puerta, no obstante nunca hemos tenido cadalsos, aparte de un sofá y dos sillones. O encontrar hecho jirones mi vestido de fiesta con un alambre de púas. Si lo pienso detenidamente, son meras trivialidades. Empero la tía Carmen tiene razón en su frotar del cuello, algo diferente sucede con el monstruo a últimas fechas. Tú no podrías reconocerlo delante de

una película de Halloween: su ojo maligno ha pasado a extraño tono sepia y el pelambre se ha vuelto gris. Nuestro monstruo ha alcanzado la vejez. Ha dejado de asustar a los vecinos y se sienta a solas en un rincón por días y semanas, gruñendo ocasionalmente. Y por tal motivo, la tía Carmen acusa que las cosas ya no son del modo que eran antaño, porque le rompe el corazón ver al monstruo en esas condiciones.

-Respecto a esas horribles cuernos, estoy de acuerdo contigo en adquirirle un casco vikingo para disimular la calvicie- declara Teté

Durante este punto de la conversación se hace un alto porque la silla del monstruo cruje y de repente se tiene a la criatura encima del hombro.

-¿Conque oyendo las conversaciones ajenas, eh? –reclamaría Teté, pero el monstruo inflaría los cachetes y soplaría un aire gélido que va a provocar que Teté salte de su lugar y se ponga a bailar de frío.

-Esto es un manicomio -exclama Teté al recuperar el calor y abandona la cocina.

El monstruo la sigue con la mirada de su ojo y voltea a la tía Carmen. La tía sonríe cariñosa.

-¿Buscas tu hueso? Lo tomé para hacer la sopa ayer. Pero deja, te consigo una sabrosa rata de la alacena y te preparo un buen sándwich...

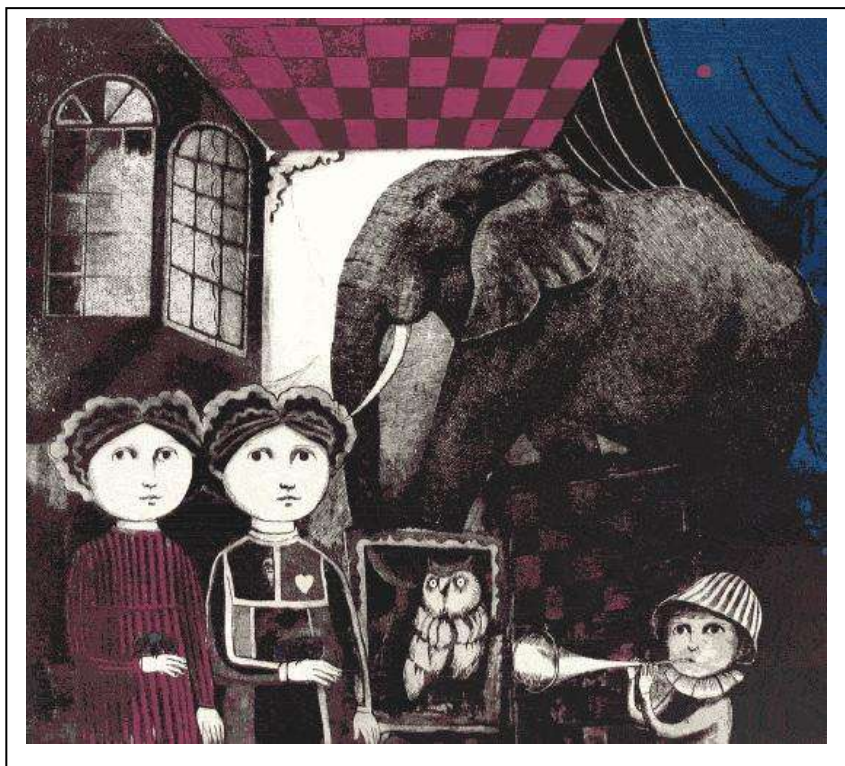
Pero el monstruo ignora el comentario y regresa a su lugar, arrastrando la cola.

Para el regocijo de Teté, a la mañana siguiente el monstruo desapareció de nuestras vidas. Probablemente regresó a su trabajo o se fue de vacaciones con otros seres fantásticos. ¿A dónde van los zombies y las momias a nadar? Definitivamente, al mar Muerto.

El capítulo no cierra por completo, siempre se puede conseguir un reemplazo.

Para atrapar a un nuevo monstruo se necesita un telescopio, una caja vacía de cerillos, unas pinzas de depilación y libro bastante aburrido como “Tres Veces Bilín” de Gabriel Fuster. Ahora escoge un caluroso fin de semana y encamínate a un sitio donde sea afamado porque viven los monstruos. Aguarda a encontrarte en soledad y empieza tomando el libro aburrido. Después de dos páginas de lectura, sentirás el cansancio en los párpados y caerás en profundo sueño. En ese momento, un monstruo se asomará fuera de la bruma frágil de tu memoria y se acercará a investigar. Tomando el libro de tu regazo, el monstruo empezará a leerlo también. No tardará mucho en quedar dormido al lado tuyo. En ese momento, debes despertar y llevar a cabo dos sencillos pasos: Apuntando con el telescopio por el lado equivocado, miras al monstruo dormido quedar al tamaño de un frijol. Luego tomas al diminuto esperpento con las pinzas y

cuidadosamente lo introduces en la caja de cerillos. Puedes sentirte satisfecho, pues has atrapado a un nuevo monstruo.



OFF THE WALL

Nomás por los viejos tiempos, me dio la gana visitar a Wendy durante mi viaje a Londres. Qué flojera, podrán pensar. Al mismo tiempo, estar esperando por un invitado, se hace insoportable ver cómo el sillón va avanzando lentamente de espaldas hasta alejarse de la ventana. Repentinamente, el timbre rompe la cerámica y termina la expectativa de todas las puertas de la calle.

-¡Caramba, Michael, vienes hecho una facha! –Wendy busca contagiarme la risa de su broma, desde que ella insiste seguir viendo una sombra rara que le dice chistes malos al oído.

-Lo siento, no se me dan bien los modales de manteles largos –yo respondo, insinuando que las sombras también tienen sentimientos y no pueden ser obligadas a seguir los pasos de sus cuerpos, de un lugar a otro, sin descanso.

-Te ves muy tonto con esos falsos listones militares, hombre. Además, ¿Por qué usas un guante en una sola mano? ¿Te crees el rey del Pop o qué? –ella insiste, pero la vida de Wendy Darling nunca fue la mejor. Caduca su broma y quedo mirando a una mujer que pasa de los cuarenta años, que pasa de

ciento setenta libras de peso y que pasa las ocho mil libras en deudas, a punto de romper su castillo de naipes con la respiración afligida, el aire faltante debido a un esposo que casi nunca ve en casa.

No hay terapia que debilite esa cosa que junta a los amigos imaginarios. De cobijar a los raros, el amigo desconocido pasa a ser enemigo, sucediendo la lentitud de la conversación que provoca un saludo en la calle y entonces logras preguntar: “¿De dónde te conozco?”. Wendy añade otras palabras al oído y soy convidado a la mesa para tomar té y galletas y charlar alrededor de los platos de porcelana. Debe tratarse de confundir un sueño con el día de ayer. Wendy está alegre porque el suplente no llegará a tirar de sus dientes y callarla, de último momento.

-Michael escribe canciones y acaba de regresar de un lugar exótico y distante. ¿Qué te parece, Matthew? –Wendy se dirige a su hijo. El pequeño me observa de forma retadora y no dice una sola palabra.

-¿A qué lugar fuiste ahora?

-Clavius. Hice mi rutina de la caminata lunar, pero no le demos más importancia que los pagos por el satélite de Jenaro Gajardo Vera.

-Dios mío, te voy a preguntar si has venido a comprar el esqueleto del hombre elefante y tú me vas a responder que no. ¿Viniste a comprar el esqueleto del hombre elefante?

La complazco con el asentimiento de mi cabeza y aclaro el gesto, cambiando la flexibilidad de la servilleta por la lengua.

-Algún día, escribiré una historia inolvidable, a propósito de Neverland.

El bagre tiene su cuaresma, pero la memoria no es eficaz ni vistosa. Hay muchas cosas que merecen ser purgadas si hay que empezar a contar de cero, los momentos embarazosos y los episodios dolorosos. Ateridos recuerdos, fijos con clavos infernales.

La falta de atención es selectiva. Puede ocurrir que incluya recuerdos entre 1953 y 1960 y nada más. La ordenación de los eventos será el roce social y la discreción del apuntador que atiende todos los ensayos, para mantener el aire elocuente cuando se encuentra metido en la trampa. De hecho, la

extravagancia es un fuerte indicador de lucidez, no obstante tengas gente alrededor que te pregunta: “¿Qué haces vestido de pijamas, arriba del estrado de las Naciones Unidas?”

Los descuidos que ocurren al tocar la rutina de cada hombre, son normales y, en muchos casos, benéficos. Digamos que llamas a tu Doctor y haces cita para una consulta. Minutos después, vuelves a llamar al Doctor para pedir una consulta y no recuerdas haberla hecho antes. Si tienes un Doctor igual de olvidadizo, no tendrá problema en acudir cualquier otro día. Sin embargo, no hay nada más desconcertante que tener a un médico y su paciente mirándose uno al otro, sobre sillas encontradas, y ninguno saber por qué se hallan allí. Asimismo, hay que vigilar si el estetoscopio es puesto en la frente o el intercomunicador.

Existen varias teorías para explicar la pérdida de memoria. Una es que el cerebro se satura, como se saturan los escritorios de los hombres poderosos. Como se saturan las computadoras con datos superfluos. Por ejemplo, el nombre de nuestra maestra de tercer año de kínder varado en una pleamar seca y solitaria de neuronas, sin mencionar la letra cantada de “Volare”. Una solución es tomar grandes dosis de Ginko

Biloba, un extracto de la herbolaria china que aún no ha podido probar su valía fuera de una úlcera que piensa demasiado. Otra, gimnasia cerebral. Wendy encuentra divertido sentarse en su jardín y tratar de recordar el nombre de su perro. Tiene un método, simplemente se pone a observar al animal escarbando la tierra y trata de detenerlo en abrir otro agujero fresco, mientras recita varios nombres al azar. Esta es una actividad veraniega interesante, especialmente en combinación con el impulso de llenar las paredes al nivel de pequeñas marcas de lápiz en grupos de siete, para rectificar el paso de los días en la semana. Borra las letras y enseguida respíralas para contar los mosaicos en el piso del baño, primero en múltiplos de tres, luego en grupos de cinco, hasta cotejar las cantidades correctamente.

Te mentí, Wendy Darling. Se habla de memoria genética, que consiste en la retención de hábitos, costumbres, mitos y procesos de selección. En estos casos, los recuerdos del cerebro lo engañan y le hacen pensar que está viviendo la situación que algún día experimentó. Los franceses lo llaman *Deja Vu*.

Wendy avanza conmigo hacia el árbol de pan y entona unos aplausos.

-Yo supongo que Neverland se halla fuera del alcance de nuestro pequeño mundo ahora

-¿Podrías llamarme Ben? Lo prefiero

-Está bien, amor

No lo hará. No recuerda las cosas, pero lo disimula componiendo las tazas sobre el incesante mantel giratorio.

El niño Matthew sube la escalera con la primera puerta, luego comprendemos que la era Eduardiana estaba muerta y que los hijos no sienten interés por las conversaciones de los adultos.

-¿No es un encanto? Yo tenía su misma edad cuando volé la primera vez con Peter

No quiero oír una palabra, pero ella es tan insistente como los cilindros de fonógrafo de mala calidad.

-Matthew ya es mayorcito para arrullos, debería tener su propia habitación.

-¿Recuerdas el pequeño refugio que los niños perdidos hicieron para mí? Oh, fui muy feliz con ella.

Y así continúa y continúa todo este asunto del dulce campamento al lado de los indios y la diversión persiguiendo piratas. En sus recuerdos, muestra cariño por Tiger Lily, la princesa india. No obstante que en su momento fue un rival natural por el obvio interés de la nativa por Peter.

Los recuerdos de Wendy son turbios. Si, ella recuerda la Sinfonía para hombre en retrete y trombones en Si bemol y sobrepone los crujidos de la silla a una flatulencia en Re sostenido, pero olvida que los pintorescos tipis apestaban por las pieles que estaban hechos. Omite los gritos multiplicados en rabia del asalto al barco comunero, la cubierta resbalosa por la sangre al final de la matanza. Los piratas murieron de modo horrible. Dos en la cabina del capitán bajo la daga de Peter. El resto en cubierta, degollados por los niños perdidos. Wendy no mató a ninguno, pero no significa que sea inocente. Ella cargó la lámpara de quinqué y alentó a los muchachos a cumplir los deseos de Peter. El aire se llenó de olor a muerte y ella fue testigo del salto de Garfio fuera de borda a las fauces del cocodrilo.

Aquí el daño especial, algún trabajo de lavado de cerebro debe haber sufrido, pues Wendy atolondra la postilla y no recuerda un detalle de lo que he referido. Ella cree la versión de Disney, donde buenos ponen a temblar a malos, sin ensuciarse los calzones por acto reflejo.

Cuide usted las llaves, mientras limpio la sala de los espejos.

Tacto erótico, el polvo, solitario. La capa fina cubre las mesas, los estantes, los rincones. Otra vez, perseguimos, como enemigos dispares, a la inseparable hada Campanita, esparciendo polvo de hadas con su varita. Por cierto, fui el único que la vio. La gente, o los de por ahí, la creen una mosca que trataba de salvar el pellejo. Tras la faena de la escoba dominical, ella no vive mucho tiempo, pero sobrevive si otra gente cree en hadas.

El esposo de Wendy es un actor dormido. Únicamente consigue pequeñas partes dentro de producciones pequeñas. El hombre es un tipo atractivo, o eso supone Wendy. A pesar de no saber su nombre, yo pregunto por su paradero.

-Tu esposo, ¿Se encuentra bien? ¿Tiene trabajo?

-Oh, Oliver está siendo considerado para un papel importante.

Sí, ya veo. El fulano siempre está considerado para un papel importante. Siempre en pláticas con un productor importante. Siempre persiguiendo un teléfono y nunca alcanzándolo, dejando a Wendy desprovista de todo compromiso, igual que la corona inglesa.

-¿Qué hay de ti, Michael? ¿Te casaste?

Yo me casé con la hija de un rey, el rey del rock. Lisa Marie y yo fuimos dichosos dos años, luego nos conocimos. Tan cerca de lo que nos rodeaba, ella podía decir: “Yo sabía que incitaba una moderna historia de reyes, antes de casarme. Lamentablemente, tú no buscabas una esposa, sino una mamá que te diera de azotes por desobediente”. Telón de fondo, yo comencé a palidecer de tribunal en tribunal.

-La mujer que se case conmigo tiene que estar loca. Y con una loca yo no me caso.

-Te escuchas igual que mi marido

No, no digas eso, Wendy, pensaría que te estás ajustando al mundo real. Ni siquiera lo hicieron los niños

perdidos cuando regresaron a sus hogares. En la escuela, cada uno podía contar a los demás niños su confidencia sobre haber volado en pos de la segunda estrella a la derecha, o disfrutado las tardes en el lago de las sirenas, pero los compañeritos los llamaban mentirosos por igual. De responder con los puños, obtenían la reputación de rijosos, de bravucones, y ser castigados. Lo más sencillo era olvidarse de Neverland, olvidarse de Peter, ajustarse al mundo real y no buscar ser reprobados con exquisita simetría, mientras los demás párvulos eran promovidos al siguiente grado escolar. Ahora, lo que tu marido tampoco sabe es que, cuando él los trajo de vuelta, él prometió regresar cada primavera y llevarte a ti con ellos de vuelta a su país, durante una semana entera. Tú tenías la tarea asignada de ser la mamá de todos, por tu talento para contar cuentos. Pero no sucedió nunca. Lo mejor que puedes conseguir por destino cumplido, es una atracción mecánica de feria.

-Lo siento mucho, Wendy

-¿Qué crees que haya sucedido con él? ¿Estará enfermo?

-Peter nunca se enferma. El hijo de puta simplemente los olvidó a todos.

Wendy mira las horas lacradas del reloj de péndulo.

-Ya pronto es primavera. Estoy segura que volverá este año. Quizás antes. Por ejemplo, esta noche.

-Olvidalo, Wendy, se ha ido para siempre. Mejor asegura tu ventana porque hay mucho ladrón suelto.

A pesar que asiente tres veces como estando de acuerdo, ella vuelve a poner su mirada en la caratula del reloj. Nos envuelven las campanadas. Me quedo un rato en silencio, contemplando el paso del elefante dentro de la habitación. En general, suele relacionarse a los elefantes con la buena memoria. Eso se debe a que son toda materia gris. Me disculpo antes de que se repitan las campanadas. Wendy me abraza en la puerta, pero sus pensamientos están en otra parte.

No regreso a mi hotel, sino que me quedo vigilando la ventana del dormitorio de Matthew. Wendy la dejó abierta. Yo sabía que lo haría. Cae la noche y el esposo Oliver no regresa a casa en esa ocasión tampoco. El tipo llegará cuando se le dé la gana y ebrio, conozco su clase. No es Peter Pene, pero supone que se rehusó a crecer como él, porque sufrió de enanismo y

nunca llegó a la pubertad. No cabe duda que se sentía un niño más en el rango de edad anterior a los trece años, pero con una voz más grave y mostacho. Llega el vierto cortante y percibo las sombras de Wendy leyendo un cuento a su hijo, preparado para dormir. Quizás la versión Disney. Me equivoco, las persianas de la cocina se abren y ubico a Wendy buscando la botella de whiskey de la alacena y servirse un vaso. La amnesia es la ausencia de recuerdos de un periodo determinado de tu vida, aunque ¿El beso de llegada, será el de despedida?

Quizás Wendy tenga razón.

Alguno llegará esta noche y me encontrará merodeando en su territorio. Por su parte, el pequeño Matthew formula su deseo de mirar asomarse el circo de Dumbo, en glorioso desfile doblando la esquina, justo donde me hallo parado.

No es mi intención irme, Wendy. Toda mi vida, yo quise ser como él: malo, peligroso e ingenuamente invencible. Viajé de continente en continente, de concierto en concierto, reclamando la aventura que nos había prometido. Buscaba ese líder que sonríe con nosotros sobre el navío del firmamento, seguro de sí como sólo un muchacho puede serlo.

Wendy lo espera con la herencia babilónica que la habita y la rescata. Más, si aparece y la toma de la mano, los seguiré hasta la isla perdida con todas sus alegrías y terrores. Ansioso, buscaré unirme con los niños perdidos. Pero no puede ser. Perdí mi inocencia hace mucho tiempo. Perdí la juventud, aunque haya pagado los mejores doctores para detenerla.

Cumpliré cincuenta años, pero soy Peter Pan en mi corazón. La perfecta combinación de pastillas calmantes a la usanza de martillo golpeando sobre tela, está en mi mano. He aprendido uno o dos trucos para ser capaz de volar al lado suyo. Esta noche, es Peter o yo. Si él gana, no lo pensará dos veces y me degollará. Si lo tomo por sorpresa, tengo una oportunidad de triunfo y entonces me burlaré del hombre en el espejo y volaré por encima de la ciudad, eternamente orgulloso, eternamente despreocupado, eternamente joven.



SAPO

Lo primero que salta a la vista y se pierde, frente al encuentro fortuito de un príncipe y una bruja deparando su hechizo en aquellos episodios de liturgia mágica, es el amor de una princesa que sirve para un carajo, ya por la falta de cuentos o por exceso de los mismos. La demencia del notario, instaurando la ley sobre la cósmica utilería de los palacios errantes, supo su nombre entonces: Mi princesa Latisha, porque supe decirlo cuando su aparición fue necesaria. Sin embargo, ella se comporta como una niña malcriada, inventando posturas de estatua para que aparezcan vanidades nuevas, donde el sol es una sonaja en su mano y, la luna, un cascabel en su pie. La voz pasiva de sus malos modales nunca ha pedido un consejo, aunque el fiel súbdito no sepa nada sobre cajitas musicales dentro de sus toscas artes, y ella acude en el centro girando, girando. Si no fuera por su padre, ¿Dónde estaría yo? Quizás todavía croando junto al pozo, en lugar de vestir con terciopelos y portar una sortija noble. Piedra de río, me llamó al principio. Pero, ¿Cómo llamas a un sapo sin orejas? No importa mucho, nunca acudirá a tu llamado, incorporado en su sordera.

-¿Los sapos tienen lentes, padre mío?

-No, hija

-Entonces se cayó mi abuelita en la fuente

La doncella no es capaz de distinguir una rana de un sapo, entre todo lo que sea verde exaltado y resbaloso. Calla un momento, porque la hora es la hora de los cansancios. Un corazón frío se desliza fuera del naipe, se trata del orgasmo continuo del As de tréboles. En sueños, la lleva a jugar su pelota de oro, siguiendo el laberinto silvestre. La excusa es para su padre, el rey.

-La rana, ¿está muerta o viva?

-Muerta

-¿Cómo sabes?

-No se movió de su lugar, al momento de hacerle pis de cerquita

-Latisha, la etiqueta no dictaba sublevar la humedad del anfibio y la hierba de abril.

-Querido padre, dos veces le dije al oído Psst, psst y nunca se movió

No, no está drogada ni ha lamido un *Bufo Alvarius* del Desierto de Sonora. Sus ojos son un defecto de fábrica, porque

no termina de asomar el rostro bajo las sábanas. Con su libro de guarda, la madre no cree que el mancebo de la incestuosa noche fraternal, sufrió una rara metamorfosis que lo convirtió en sapo. Característica que también puede explicarse por la causa extraterrestre: la boca grande, carencia de cuello, carencia de cola, patas que le permiten saltar en la cama de su hija. En cambio, yo la quiero con la cara lavada y desnuda. Más que desnuda, desollada.

-Necesitas casarte con un príncipe

-Mamá, todos los príncipes son unos sapos

-Ese no

-Milady, yo no soy el príncipe azul, ese es otro *blues*.

-¿Ves?

-No, el muchacho está confundido. El arquetipo del príncipe azul, alude la presunción de poseer sangre azul por el aspecto azulado de las venas vistas a través de una piel transparente, que se dice propia de los privilegiados, los que no realizaban trabajos físicos ni sufrían las inclemencias del tiempo, lo que indica noble cuna o ascendencia noble. En contraste, los campesinos y artesanos tienen una piel curtida.

-Debes convertirlo en un Duque

La categoría te convierte en perro.

-No esa clase de duque

El hechizo se revierte.

-Oh, un sapo

-Si me besas, me volveré un apuesto príncipe

-Mejor no, ¿Qué tal si se nos enredan las lenguas?

-Hay cuestiones que sólo la Naturaleza puede ser maestra.

-Mira, soy una niña y no tengo tiempo para príncipes.

Pero, un sapo que habla, ¡Eso sí es interesante!

Cualquiera cabe la pregunta, ¿Cómo es posible de un sapo que se respeta, sea azotado contra la pared a validar el mal temperamento de una princesa y, después de todo, termina casándose con ella, en modesta ceremonia civil? La respuesta posterior igual carece de sentido: un *acepto* asignando a cada cual su sitio en el desastre.

El preciso momento que la luz hace invisibles las canciones de cuna, ella no me permite la entrada al castillo, no me quiere sentar a su mesa y convidar un plato. No me quería tocar. Sobre todo, no me quería en su cama. Cuando le supliqué un poco de compasión y agradecimiento por rescatar su pelota

de oro, ella me recogió como una piedra y me arrojó a las ruedas de su carro. Si hubiera quedado tullido del golpe, ¿Cómo me llamarían? No importa mucho, no podría correr más de dos pasos.

Sin embargo, su padre es un hombre de honor. Un rey que consiente comer al lado de un batracio en su mesa, no por otra mejor razón que enseñar a su hija a cumplir con su palabra.

-Su majestad, no encuentro una mosca en mi sopa

-Le pediré al cocinero que junte algunas

El monarca tintinea la copa de cristal con su cubierto. El cocinero se asoma.

-¿Tiene ancas de rana?

-No, milord, es mi modo de caminar

-Regresa por un zapote y tráelo a la mesa de un gran salto

-Padre, no lo soporto

Ciertamente, ella desea ver rodar mi cabeza como una fruta seca.

-¿Qué te aflige, hija?

-¡Es un sapo!

-Es tu esposo

-¡Por favor, padre, no me hagas darle mi mano! ¡Me saldrán verrugas!

-Eso es cosa de cuentos. Míralo de esta forma: el sapo sobresale por su impresionante mecanismo de defensa, que se basa en el cuerpo inflado mediante una larga vejiga, para parecer más grande de lo que realmente es, ante cualquier posible amenaza.

-¡Qué asqueroso!

-Hiciste una promesa, luego tu sabia lección debe iluminarnos por dentro y ser cantada con cítaras. Ahora, tómalo a tus aposentos. ¿Quién dijo que vivieron siempre felices?

-Acato tu voluntad, padre

Un olor a sal, a nácar y abandono, contamina la mesa. La princesa desenreda el peinado que comienza a ser hiedra sobre la torre abolida. Ni hablar, ella cambió su niñez por mí.

-Estás llorando

-Me pisas el vestido, estúpido

-Ooops, perdón

Hace once años quedé encaramado, ¿Por qué ella tiene anidado este resentimiento?

Empecemos por la niña contemplando la frontera en el contorno de otoño, el hasta aquí preciso con sus muros. Ella piensa que juega sola, aunque su mundo, que impide que la tierra gire, proscribe al ángel protector en satisfactoria moda con la alcoba rodeada de muñecas. Círculo cerrado. El abedul se halla floreciendo, sus flores caen su pelo, en la superficie del agua. Ella juega su juguete favorito, su pelota de oro, rodándola en la hierba. Ella viste su vestido favorito, color ocre como el sello real. El ropero es cripta de vestidos y de medias deslizadas. Cintas, cantidades de cintas, por todos lados, de modo que cuando salta parece una hojarasca más, empujada por el viento. Balanceando las sombras, las zapatillas van dando pasos que no vuelven. Ella arroja la pelota, la atrapa. Vuelve a arrojarla al aire, se les escapa de las manos.

La pelota cae con sonora zambullida en el pozo.

El adiós es un espejo que se quiebra.

Ella no tiene una idea cuán profundo es el estruendo del eco y qué clase de fantasmas acechan en el fondo. Entre el reclamo y el musgo, ella hace lo que siempre le ha funcionado para superar todos los problemas, dentro de su corta vida. Ella se pone a llorar.

La tristeza de Latisha es genuina, lagrimeo que nada alivia ni disculpa. Vuelta en los objetos perdidos, no me ve al lado suyo. Toda su atención se concentra en el agua, hasta que me escucha hablarle.

-Oh, un sapo

-Croac

-Perdí mi pelota en el agua. Tengo que recuperarla o moriré de tristeza.

-Croac, croac

-Si la traes de vuelta, te daré lo que quieras. Perlas, mi corona, lo que sea. Podré sacarle a mi padre la recompensa que quieras.

No sé, solo soy un sapo. Me entretengo papeando moscas y cantando. Las perlas prometidas bien parecen huevos de renacuajos, pero no me interesan. La corona no me sirve. Lo que se me ocurre es que podemos ser amigos. Comer del mismo plato, beber del mismo vaso, dormir en la misma almohada. Sí, sí. Entonces dejo de croar y brinco en pos de la pelota.

La arrojo a sus pies y me convierto en un cuento, un sueño, una mentira. Hágame el *refabrón cabor*, ¿Un sapo que

habla? No chingues, los sapos no hablan. Aunque digo que me espere, ella corre fuera de mi alcance, riendo y jugando su pelota. “¡Oye, tú prometiste que seríamos amigos!”, grito. Inútil, no escucha una palabra.

Esperen, una cosa es que lo cuente y otra que ustedes hubieran visto con sus propios ojos la cara de la princesa, al momento de verme entrar, encharcando el piso de mármol, al comedor donde se sienta a compartir el banquete con su padre el rey. Por supuesto, no estaban solos, pero ¿Quién, entre la corte, podía cuestionar la existencia de un sapo enojado? La corte continuó su rutina servicial, secretamente intercambiando murmullos sobre lo sucedido en el comedor real. Todas las veces, en la cocina se hacen la misma pregunta inaudible entre los cuchillos, ¿Qué es verde y da saltos a cada minuto? Un limón con hipo.

¿Quién soy yo?

Efímera es la ciencia, pero el alquimista ataca mis creencias con latidos de vidrio y nuevas pociones, desde que tengo la niña encinta. Mintiendo con verdad, me revela el destino.

-Conocerás una hermosa mujer que querrá tocar tu corazón y saber todo sobre ti

-¿Dónde la busco?

-En el laboratorio de biología

Vestido de hombre rana, cambiar mi aspecto es lo más sencillo. Lo hago cada vez que beso un extraño, tirando de las comisuras con mi pronunciada sonrisa.

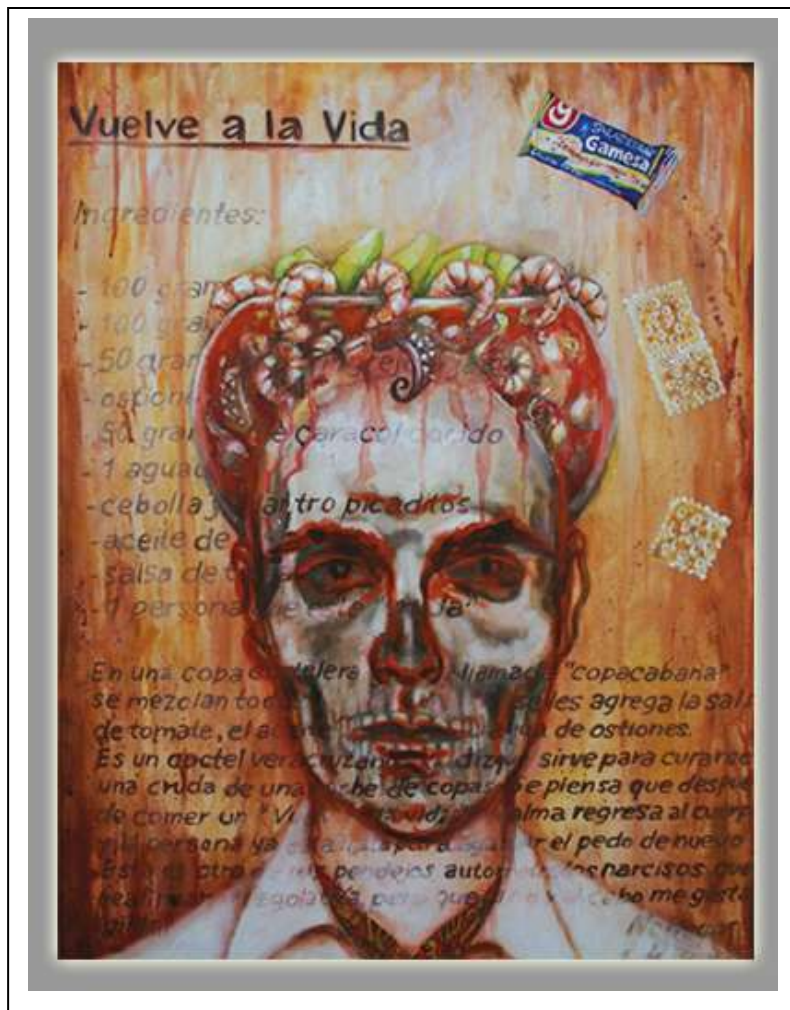
No hay remedio. El momento que la estudiante me vio, tirado en el piso, con mis proporciones correctas y la expresión de mareo, frotándome la cabeza y preguntando torpemente mi vínculo con el lugar desconocido, ella arrojó su corazón en la taza de café y saltó por encima del tiempo y las edades. Ella me cubrió con una manta, sin dejar pasar un fugaz vistazo de curiosidad a lo esencial. En ese momento, sobrevive en una broma gastada y comparte su sexo. Ella me compone el peinado con sus manos, me recoge las huellas, juega a inventar un *cladograma* y quita su muñeca favorita de la cama, para colocarme en su lugar. Asegurando el regreso a la infancia, escucha mi triste historia. Sana, sana, colita de rana.

-Demasiadas brujas como para formar un sindicato. Lo siento, debo esta práctica folclórica a una bruja, cuyo *pentáculo*

accidentalmente ofendí. Quién puede saber que ellas son tan irritables, tan rencorosas. En el baile de disfraces, no tengo otra opción que salir con un atuendo de príncipe, aunque ese es el inicio de otra bonita historia, la arlequín que descubre el secreto, pero, je, je, no nos queda tiempo para contarla ahora. Será en otra ocasión.

-Lo sé, lo leí en el periódico

Después del Plioceno, el *Palaeobatrachus gigas* nunca más fue visto. Claro, llegaron rumores de una bruja que convertía los maestros en caballos y viceversa, pero eso sucedía en otro reino. O es tal el fervor por recibir visita diplomática. Después de todo, no hay que creer todo lo que dicen los periódicos.



CUENTO PARA MORIRSE

Guadalupe, Guadalupe, cariñosamente llamada Lupita, es una niña melancólica. Sus amigos son pocos, pero ninguno ha sido capaz de adivinar la razón de su tristeza. Ella fue devota de su padre y todas las veces que éste se encontraba en la casa de muchos balcones, la niña le cantaba y bailaba un *fandango* por todas las habitaciones. En el momento, que el padre tenía que regresar a supervisar a los trabajadores en los cañedos, ella se escondía nuevamente bajo el palo de *bugambilia*, a leer su libro de cuentos y no tardaba en sumirse en su humor de una patata.

Un momento. Yo sé que debo ponerme de pie y acercarme a los asistentes para recibir sus condolencias, ofrecer café con un toque de *cognac* a los amigos en la guardia del féretro, pero estoy cansada. Únicamente quiero sentarme y descansar los pies de las zapatillas nuevas, escuchar a los vecinos murmurar mil cosas sobre mí. Qué extraña coincidencia. Primero se fue Guadalupe, luego Aurelio. Cuando lo conocí, Don Aurelio Ibáñez era el último patrón del ingenio “La Merced”, cuya zafra vale diez céntimos, siendo el procesamiento del ron este severo multiplicador de los

céntimos. Él adoraba la plantación, agachado con su machete para hender la caña a la par con el cortador. El cortador es el eslabón más débil en la cadena de la producción de azúcar, pero su ego se ve increíblemente bello desde afuera. Aurelio nació en la casa de la hacienda, cuya herencia colonial resalta la pobreza de las casas del sur. Contrastada con aquellas viviendas del norte, la lección de la vida es la heroica resistencia sostenida contra los *Marines*, cuando la historia extraoficial de la invasión de 1847, es que los provincianos recibieron a los gringos con los brazos abiertos. Azúcar amarga.

En posteriores años, el dueño se vio obligado a apuntalar el cielo raso de ancha base enyesada, mirando las vigas del techo acabar devoradas por termitas. No obstante el deterioro hasta los cimientos, el hombre nunca consideró vender el inmueble. Un hombre puede vender todo lo que posee, su caballo, su carreta, su camisa, incluso su pistola, pero la tierra nunca. Al igual que el corazón dentro del pecho, no está en venta.

Se le llama Misal Romano porque es el libro litúrgico de la Iglesia Romana. Obviamente, no debió traicionar mi sorpresa descubrirlo escrito en lengua vernácula, en tanto el libro

tomado por error, lejos de estar redactado en latín, vuelve a las viejas locuras preguntadas, para encontrarnos a merced del obscuro juglar del pueblo. Como si la boca malintencionada de mi clientela no fuera suficiente. Yo puedo escucharlas murmurar, despedazando mi reputación detrás de sus abanicos. “Quién lo hubiera imaginado, de dama de compañía a dama de sociedad. Primero revolcándose en el lodo, luego con vejestorios. Pero las perlas no embellecen a un cochino”. No me importa. Gracias a Aurelio, su veneno no puede hacerme daño. Yo estoy muy por encima de sus remiendos y composturas. “Bájame el escote un dedo, Teresita. Necesito otra sisa al talle, Tere”. Como si los cambios a sus vestidos no fuera trabajo extra y no tuvieran que pagar por ello. Joder, a cada quien se le rompe el alma, con sus propios días mal escritos.

Cuando su primera esposa murió. Don Aurelio imaginó perder la Gran Armada Española en un naufragio. El hombre nada en un océano de soledad por un tiempo, hasta que se aferra de la primera boya que encontró. Teresa Verdugo se ofreció a mantenerlo a flote, soportándolo con sus caderas y prominente busto. El viudo pronto se casó con ella y su confort

doméstico quedó restablecido. La vigorosa carcajada de Don Aurelio nuevamente estremecía la sala y se extendía hasta las instalaciones de las calderas y alambiques. A propósito, hay una fiesta sorpresa con la encomienda de hacer feliz a su hija también, pero la niña discute con la mirada y su sonrisa traiciona la línea del mar. Al fin un hombre educado, éste consintió en regalarle un maravilloso libro de cuentos el día de su cumpleaños. Maravilloso y único por su acabado intonso, donde se utilizó pluma de ave para escribir el texto y dibujar las letras capitales, cuya justa adquisición no debería tenerla un padre de familia sino una cámara secreta en la antigua Biblioteca Nacional.

El relato se hace enmarañado a cada minuto. El tono coloquial de regaño destinado a mí, me hace reír, además de manipular los detalles a su propia conveniencia. El autor obviamente impone rectitud al testimonio de los que pierden y los que ganan. Teresa era una mujer práctica, para quién los lujos no eran sino imperdonables autoindulgencias. Lupita disentía de tales palabras de la modestia. La casa, como su propio libro de cuentos, era un mundo de fantasía, lleno de exquisitas vajillas pintadas a mano, vaporosos vestidos con

lazos de satén, manteles largos y candelabros de cristal, donde lupita aseguraba ver bailar fantasmas. Un día, Teresa, sin un ápice de remordimiento, arregló la venta del menaje familiar con el comprador de antigüedades local.

La gente se equivoca. Don Aurelio se me empezó primeramente a insinuar antes de que su esposa falleciera. Yo recuerdo las veces que me desvestía con los ojos cuando, me paraba junto a su cama para darle su medicina. Yo estaba dividida entre mi pena por su esposa y su débil, sentimental cortejo. Finalmente, me casé con él, más por paroxismo que por su fortuna. Prueba de ello, lo rechacé muchas veces y cuando cedí y consentí el matrimonio, mi familia supuso que estaba loca. Ellos acusaron que hacerme cargo de un anciano y su enorme casa en deterioro era un suicidio, precisamente cuando estaba consiguiendo una reputación de costurera en el pueblo. Vender el mentado patrimonio familiar, tenía un sentido psicológico, más que económico. En mi propia casa siempre existió la dignidad. Tengo diez hermanos, pero nunca nos fuimos a la cama sin cenar. La vista del vaso vacío de Aurelio, impecablemente limpio, nomás era comienzo para sumergir el arco iris en el agua escondida. Yo vendí las colchas bordadas

que pertenecieron a la mamá de Lupita y la madre antes de ella, para llenar esa copa de vino, poner un pan en su mesa.

Dice Teresa: “No vine bien vestida, porque supuse que al poco tiempo estaríamos desvestidos”. Y lejos de vender los cubiertos de plata también. Su miseria se extendió al epicúreo menú, aún tratándose de moderados platillos como carne de ropa vieja, arroz con frijoles y sopa de tismiche. Todos y cada uno fueron erradicados de la mesa. Esta última medida entristeció sobremanera a Don Aurelio porque, después de su esposa e hija, él adoraba estas delicias criollas.

¿Quién puede creer esta sarta de mentiras? Por otro lado, este chisme amarrado a la perplejidad y a la impudicia, debo admitirlo, es bueno. La página no escrita pudiera contener cualquier veneno que quieras escupir en ella. Los modos asistenciales en Teresa la hacían parecer una hipócrita. Sonriendo en público y mal encarada en casa. “Mira el lado amable de las cosas, querido. Después de cocinar los vegetales, ¿Qué se supone que se debe hacer con las sillas de ruedas?”, ella sermoneaba a Don Aurelio, mientras lo vestía con sus mejores trajes para presentarse en la Misa de Gallo. Al tiempo, Teresa abrió un taller de costura en la estructura vacía del

primer piso y colgó un letrero que se leía: “La caída de la Bastilla”. Cómico, en verdad. Más, su interés era capturar una clientela preferentemente educada. Pronto, ella empezó a invertir cada centavo obtenido de la venta de la herencia familiar en telas costosas para los vestidos de sus clientes. Una a una, las antiguas amigas gustaron de sus confecciones y fueron corriendo la voz.

La esposa del alcalde llega al sepelio. La saludo sin levantarme. Ella viste uno de mis exclusivos diseños, que igual tuve que componer seis veces hasta tenerla a gusto. Yo sé que espera que me acerque hasta ella y aprovechar la ocasión para hacerme otros tres encargos, pero no me importa seguir disfrazando cacatúas. Estoy cansada de llevar el rol de alta dictaminadora de la moda, para un puñado de mujeres cuyo principal evento es la despedida en los muelles. Siento pena por ellas. Las malas lenguas han referido la desaparición de muchas esposas infieles, como vendidas como esclavas o recluidas en una institución mental.

La moda lo cura todo, lo alivia, lo restablece todo, Por ello, me suscribí a varias revistas de moda, las cuales me eran entregadas en la oficina de correos, directamente de Paris,

Londres y Nueva York. Podría ser que el color de moda de la temporada fuera el Rojo Capricho o el Rosa Burundi. Los botones de carey o de madera. Mi negocio se convirtió en una colmena de actividad, con las mujeres más distinguidas del pueblo entrando y saliendo.

El éxito del negocio nos afirmó como ricos. Me sentí inmensamente agradecida con el amor Aurelio, quién vendió la plantación y me dio el producto de la venta para ayudarme a expandir mi taller. He preferido ser una loca trabajadora que una cuerda floja, por eso me he convertido en una mujer independiente. No tengo que ser sumisa, o diplomática. Estoy chocada de hacer reverencias a mujeres buenas para nada, salvo portar un apellido importante. Que la esposa del alcalde se las arregle con su traje de luto. Yo prefiero morir antes que cruzar palabra con ella. “Qué linda te ves de negro hoy. Sólo te falta la escoba.”

Don Aurelio vendió la casa y sus anexos y se mudó del pueblo. El cambio de aires le hicieron bien a Lupita. Ella recuperó el color en las mejillas e hizo nuevos amigos, con los cuales se paseaba públicamente en el parque. Por primera vez en la vida, perdió el interés por los libros de cuentos. Cuando su

padre le hizo el usual obsequio de cada cumpleaños, ella dejó el libro a media lectura sobre la mesa de billar. Por su parte, la salud de Don Aurelio se deterioró, quejándose de las venenosas fiebres del trópico de Cáncer.

Teresa contrató a varias costureras, pues la demanda de prendas nuevas era mucha. En función de otros criterios de gusto, se apoderó del segundo nivel de la casa y el espejo cruje al hacinado de las perchas. Los viejos días de campesina quedaron atrás. Sin embargo, las damas eran más cuchicheo que saliva para remojarse los dedos y contar sus billetes para pagar sus deudas, luego Teresa no pudo mantener el auge, lo que esperaba del otoño.

Por ese tiempo, Teresa empezó a presionar a Aurelio respecto a la rectificación de su testamento. “Si te murieras hoy, esta hija tuya terminaría lavando ropa como mi madre”, diría con un llanto en la garganta, antes de soplar la vela, callada y trémula, igual que una estrellita seca donde cae el humo. En la penumbra, el hombre ya golpearía repetidamente su cabeza contra el respaldo de la cama, culpando a Lupita por ser tan mimada, viviendo en la obscura región de sus libros, caminado sobre nubes. Rompiendo el silencio, anunciaría que

obviamente ama a su hija sobre todo y que lo mejor para ambos era mudarse.

Este velorio parece que no tiene manera de acabar. Es hora que retiren el ataúd y lo entierren para que todo el mundo regrese a sus casas. Yo guardo mi conciencia tranquila. Yo fui una buena compañera para Aurelio y una buena madrastra para Lupita. Lo demás son especulaciones. Es cierto, yo insistí en mudarnos a la capital, porque nuestro honor tenía cicatrices. Es cierto, yo insistí en ser nombrada albacea, para amamantar a la hija del oro.

Al siguiente cumpleaños de Lupita, sus 16, Don Aurelio le regaló el consabido libro de cuentos. Lupita, por su parte, decidió cocinar el postre favorito de su papa, compota de guayaba, siguiendo la receta de su madre. Mientras ella revolvía con la cuchara la mezcla sobre la estufa, el aroma del dulce inundaba la casa como un resurgimiento de la primavera. Lupita era tan feliz que imaginaba ver a su mama entre los borboteos. Esa noche, Don Aureliano se sentó a disfrutar el dulce. A mitad de la cena, se guarda la sorpresa y le pide a su hija que cierre los ojos, antes de entregarle el libro ilustrado, tipo pop-up, de papel plegado. Callada, Teresa observaba la

escena desde su lugar en la mesa. Una sonrisa fría en los labios. Ella trata de mantener la paciencia porque está convencida que una mujer enojada echa a perder el más elegante vestido que se pudiera vestir.

“Ven, pásame el bastón, sirve que me pegas con él”, Don Aurelio comienza a bromear con su esposa. Para buscar sentarse a su lado, él le presenta el libro abierto, de imágenes emergentes, escenarios plegados con pestañas que se jalen, y señala las ilustraciones de caballeros y princesas, cabales con un vestuario de teatro. “Eso de vestir santos no le acomoda a tu gremio, amor”, le diría y le pellizcaría cariñosamente un glúteo. Pobre Aurelio, realmente tenías un gran sentido del humor. Mira que llamar “papirolas” esta sofisticada obra de plegado es como llamar a la muralla china un muro divisorio.

Teresa encontró la broma de mal gusto y no mostro interés alguno por ver las imágenes. Cuando padre e hija terminaron sus comentarios, la muchacha se levantó de su lugar y fue a la cocina a servir el postre. A medida que regresaba a la mesa, con la compota en vilo, ella se tropieza y riega la ración sobre el regazo de su madrastra.

El incidente de la compota fue mucho, mucho tiempo atrás, cuando vivíamos en el ingenio y Lupita era niña. El Alcalde tira de la sogá y aparecemos en la sala recién iluminada para la fiesta de año nuevo, en el Palacio Municipal, donde tú llevabas el postre para disuadirlo en la compra de la hacienda, la cual llamabas nostálgicamente “La Merced”, pero la gente de la comarca rebautizó “El ingenio de SU merced”, en venganza a tus aires aristocráticos. El alcalde mejoró su oferta de convertir el lugar en museo y lo rechazaste. La decisión se tomó después de que te persuadí, tras muchas horas de discusión y sexo, que era una casa muy grande para los tres, detenida en la primera revolución industrial, sin la novedad de la electricidad ni la fontanería de agua corriente. Por si fuera poco, uno tenía que seguir haciendo sus necesidades biológicas con intercambio de basínicas, finos obsequios del rey Alfonso XII a tu padre. Entonces vino el accidente. Para ello, yo vestía ese horrible vestido adrede. Me las arreglé para cortar las cortinas de la sala en un atuendo estilo María Cristina de Austria, pues era la única manera de impresionar al alcalde y sus invitados con nuestro momento embarazoso, y hacerlo olvidar de su adquisición. El alcalde finalmente compró la casa,

con todos sus anexos y objetos de arte. Nunca lo hizo el museo que te prometió, sino que la convirtió en casa de citas.

Teresa se levantó furiosa, escurriendo el jarabe en su falda a ensuciar los zapatos. Al principio no pudo proferir una palabra del disgusto, pero cuando su alma regresó al cuerpo, no se detuvo en llamar a Lupita por mil nombres. Esos malditos libros de cuentos eran los responsables de la torpeza en la niña. Aurelio consiente en desaparecer todos los libros, los cuales serían inmediatamente puestos en una pila para ser envueltos por el rayo destructor e incendiarlos a mitad del patio.

Tere se levantó divertida, escurriendo el jarabe en su falda a ensuciar los zapatos. Al principio, Aurelio no pudo proferir una palabra del disgusto, pero cuando su alma regresó al cuerpo, no se detuvo en llamar a Lupita por mil nombres. Esos malditos libros de cuentos eran los responsables de la torpeza en la niña. Lupita consiente en desaparecer todos los libros, los cuales serían inmediatamente puestos en una pila, para incendiarlos a mitad del patio. Ante la orden, Tere palidece y se desmaya sobre el piso. Aurelio se arrodilla al lado suyo y ruega que no le abandone. Ya promete cualquier cosa con tal de conseguir su perdón. Tere abrió un ojo y sonríe.

Como muestra de reconciliación, Aurelio permite que Lupita conserve sus libros y no terminen en cenizas.

Esa noche, Guadalupe guarda el libro de obsequio bajo su almohada y llora hasta quedar dormida. La acomete un extraño sueño. Ella escucha decir que uno de los cuentos del libro está maldito y acabará con la vida de aquel que se atreva a leerlo. Regresado a su dueño, el sultán se dirigió a Ruyán, el hombre sabio: “Abro el libro, pero no hay nada escrito en él”. “Pasa algunas hojas más adelante, gran califa”, responde el mago. El sultán repasa las páginas con el dedo húmedo, hasta que el veneno empieza a tomar curso por su cuerpo. Dándose cuenta muy tarde, el sudoroso monarca hace a un lado el libro y grita: “Esta historia está envenenada”. Guadalupe no despierta más, una especie de mal se apoderó de sus orejas, su lengua, su piel. El médico legista, temiendo algún brote de peste, disculpó la autopsia y el cuerpo fue incinerado.

Don Aurelio murió mortificado meses después. Por el contrario, su cuerpo fue exhibido en la parroquia, rodeado de la gente que le conoció y respetó. Cuando Tere entró a la iglesia, todos se duermen para no verle, pero ella gira a la sacristía y toma el libro único por su acabado intonso, donde se utilizó

pluma de ave para escribir el texto y dibujar las letras capitales, que ya confundió con el Misal Romano. Al salir, la viuda hace un saludo a distancia a la esposa del alcalde, que llega después suyo y mejor se detiene a platicar con las hermanas Noriega, las cuales sienten lascivia frente a los vitrales de la iglesia. Aunque las tres son señoritas, la más joven tiene 62 años. La ocasión le da la oportunidad de sentarse en un rincón y pretender que lee. Teresa abre el libro sin orden, pero la tinta brillante como el jarabe captura su atención. Ella lee: “Guadalupe, Guadalupe, cariñosamente llamada Lupita, es una niña melancólica. Sus amigos son pocos, pero ninguno ha sido capaz de adivinar la razón de su tristeza. Ella fue devota de su padre y todas las veces que éste se encontraba en la casa de muchos balcones, la niña le cantaba y bailaba un *fandango* por todas las habitaciones. En el momento, que el padre tenía que regresar a supervisar a los trabajadores en los cañedos, ella se escondía nuevamente bajo el palo de *bugambilia*, a leer su libro de cuentos y no tardaba en sumirse en su humor de una patata”. Y cómo termina el cuento. Eso nunca lo llegó a saber Teresa.



PACIENTE CERO

Los muertos vivientes no son como constan en la creencia popular.

Ellos no son tumultos descarnados que escapan al cementerio dando tumbos ni el nosferatu sumido en el apetito violento de la sangre y la negación al edén. Ellos son indistinguibles entre nosotros. Bajo la correcta luz, ya pueden parecer hermosos, como en el caso de un espectacular. En nombre de la fantasía, resultan los mejores narradores de la carne, porque a la letra de la vida le falta un espacio. Ellos son el invariable goce del cuerpo desnudo ante todos. Lo sé, los he tocado.

A mediados de los 80s solía viajar con frecuencia a Bangkok. La empresa donde prestaba mis servicios mascullaba una gran cantidad de negocios allá. Algunos lícitos, otros preferentemente lucrativos. El flujo de dinero desde Hong Kong tuvo inicio y nuestra compañía, cual vil mosca *Lucilia*, corrió por su tajada. Al mismo tiempo, Bangkok entraba en una prosperidad como si no existiera el mañana. Provocaba que Wall Street pareciera un mercado de pulgas. La envoltura

comercial era despiadada y rápida y precisa y frustrante. La hora entre la noche y el día, se notaban los antiguos templos con los modernos edificios auestas. La mancha urbana era un cruce entre Shangri-lah y el juego de Monopolio. Para un ejecutivo de la generación yuppie como yo, Bangkok era siempre entrevistas de negocios, faxes que cruzar, vuelos que conectar, tráfico que soportar, banquetes que duraban fuera del horario del cierre de los mercados bursátiles. A la igualdad impar, el sexo es último añadido tirando los minutos del reloj.

El lugar es Patpong.

Yo era un adicto. Tras muchas horas de asfixia y el sueño doblegado con un pisapapeles inmenso, yo gustaba de pasearme por las calles estridentes de Patpong. La noche tiene su perfume, mezcla de jazmín y drenaje. El calor rezumaba de todas las cosas. Cada paso que daba parecía cundido de brillos distintos en el reflejo de la luz neón sobre el pavimento, como si se tratara de una melodía. Todo se halla en venta: las mujeres, los muchachos, los softwares piratas, los Rolex falsos. Todo sudaba. Yo recorría el famoso distrito de entretenimiento y, ocasionalmente, elegía al azar un portero dando la bienvenida en el pregón de la noche. Al interior de la taberna se

podía conseguir un show en vivo: mujeres arrojando pelotas de ping pong con la presión del aire vaginal y Mr. Kegel atrapándolas todas, en primera fila. Muchachos sodomizados encima de una moto Harley, escapes zoofilicos, orgías. Yo era un adicto. Antes y después, la película barata empezó siendo una zona R&R, de *Rest and Recovery*, para las tropas americanas que sirvieron en la guerra de Vietnam, apenas una década atrás. Yo era un embajador investido con tarjetas de crédito y nunca estuve tan cerca de la saciedad, pues toda la lujuria es un penthouse de setenta y cinco mil dólares. En otros clubes, yo toco el timbre de la unidad de pequeñas salas de espera, pero los demonios de la siesta le han puesto algodón para demorar la campana. Del otro lado del vidrio, miro desfilar a las mujeres con un cartel colgando del cuello. Eliges un número. Señalas el condón de marca americana o alemana de tu preferencia. Nunca compres locales. Yo era un adicto y todo eso que te envilece cuando se tiene dinero saliendo del culo, aunque no sabía exactamente qué era lo que estaba buscando. Pero al menos tenía la convicción de que no debería ser algo que pudiera conseguir en mi Veracruz de origen. Mi inicial vislumbre del Buda fue en el Club Pagoda, cerca de mi hotel y

donde a menudo llevaba a mis clientes tras cerrar un exitoso trato. El lugar era respetable, con su decoración que servía de burda imitación al plató de *The King and I*, el cual a su vez es una burda imitación del país previamente conocido como Siam. Artificio imitando al artificio. Los meseros atienden con uniforme medieval, la clientela se sienta en el piso conforme el periodo *sujotai*, con un pequeño pozo bajo la mesa para acomodar las piernas de los turistas caucásicos. El saludo estándar es un gesto de plegaria llamado *wai*. Los tabúes incluyen pisar a alguien, dado que los pies son la parte más sucia del cuerpo. Es un insulto.

El espectáculo de piso es sobrio, para quienes buscan tesoros de oriente. Clásicas danzas thai, ligadas a los festivales o las celebraciones religiosas. Mujeres con vestimentas de oro y coronas cónicas, largos dedales y graciosa mímica resaltando aquellas cosas que se imaginan bellas. *Fon Sao Mai* es la danza del telar de seda. En el fondo, amo su tragedia para llevar a clientes difíciles, porque la música de cuerdas y címbalos los pone nerviosos.

La Dra. Victoria Darwin no era una persona fácil de intimidar. Ella se hallaba en el salón antes de mi llegada. Ya se

entretenía quitando los cacahuates de su *gaeng massaman* y los reacomodaba en su plato de arroz a modo de ojos, nariz y boca.

-¿Le gusta jugar con su comida? –pregunto, apuntando al corazón con la paz de un perro de caza.

-Ah, Gabriel Fuster, el hombre a quien debo quitar un par de millones de dólares –responde al saludo. La carita en su plato de arroz se mira completa.

-Ambos estamos en esta ciudad para tomar o arrebatar, nunca para dar...

-Tengo el poder de la regeneración para el mejor postor. Fuster, este es un descubrimiento que se ha mantenido en el secreto por un siglo y medio...

-Experimento por el cual su bisabuelo fue expulsado de la academia austriaca. Mire. Dra. Darwin, yo he hecho mi tarea también. Sé que la Logia lo protegió y ayudó a escapar a la Argentina, donde cambió de nombre.

Ella sonríe.

Un gong anuncia la siguiente danza. Se trataba de un solo. Detrás de las cortinas surge una mujer muy joven, casi niña. Su traje es brillante como los relatos hagiográficos en

Ayutthaya, pero sus ojos son más luminosos que la zirconia cúbica. Ella me mira fijamente.

-¿Le gusta lo que ve? -Victoria pregunta suavemente

-¿Perdón?

-El baile se llama Chui Chai, o danza de la transformación. En todo drama tailandés se cumple un ejercicio de transformación. Por ejemplo, una mujer es transformada en una rosa, un hombre es convertido en espíritu. Chui Chai exalta la belleza de la metamorfosis.

Atrapada en el matiz del amarillo, la bailarina era la clase de mujer que solo existe en sueños, en poemas. Suavemente, ella se mueve de extremo a extremo del escenario. Los pies difícilmente tocan el piso. Sus brazos ondulan y los ojos se mantienen constantemente fijos sobre mí. Las mujeres tailandesas pueden hacer cosas con los ojos que una *femme fatale* es incapaz. Los ojos tienen un lenguaje secreto.

-En esta historia, Banjakai es un demonio Rakshasa que ha sido despachada por el rey de los demonios, Thotsakanth, con la misión de seducir al héroe Rama. Disfrazada como la hermosa Sita, ella aparece nadando por el agua de los sueños, mientras el futuro esposo duerme y espera el momento de

despertar en un lugar común, donde mar y cielo se besan. Cual flagrante abuso, el amor lo toma del cuello antes de ahogarse. Para dar el ejemplo a la humanidad y proteger su buen nombre, el rey destierra a su esposa Sita. Únicamente cuando ella es colocada en una pira funeraria, voluntariamente sometida a la prueba del Agni Pariksha, ella recobrará su forma demoniaca otra vez y volará hacia el oscuro reino de Lanka. Pero tú no estás escuchando una sola palabra de lo que digo...

La música delata nuestro conflicto y la danzarina termina en cuclillas delante de su público de dos personas, presionando juntas sus palmas en un grácil *wai*.

-¿La conoce? -pregunto

-Por supuesto que no, Fuster. Ella es cualquier muchacha trabajando en un bar de Patpong.

La muchacha desaparece tras las cortinas del mismo modo que surgió. Yo firmo los papeles sin detenerme a hojearlos siquiera.

Keo era una tortugueta de marfil, enfundada en su traje típico. Una niña le desbarataba las costuras con unas tijeras, cuando me asomé a la celda que inventa su camerino. Había una pila de

hilos de plata en el suelo. Desgajada sin pudor, nota mi presencia como si creyera que padezco ceguera.

-No buttons on classical dance clothes. Just sew us.

-Entiendo

-Cannot go pipi

Ella ríe y alcanza los trastos de miseria para recobrar su nombre real.

La niña pasa la escoba y se retira.

Desnuda, sus pechos se desprenden de algún lugar del aire. Ella perdió todas las batallas de su niñez. A pesar del calor, las piernas brincan por turnos y cubre el cuerpo con un batik.

-Eres muy bonita

-You want *Nuad Bo Rarn* for you?

-¿Masaje? Sí, me encantaría liberar el Qi, preciosa.

Nuevamente contonea el cuerpo al caminar en mi dirección. Todas las chicas en Patpong tienen este modo de recorrer la banqueta que te lleva a creer que te aman. Es lo que la hace ser la única calle en el mundo donde realmente se compra amor. Keo me toca el pecho, la siento llegar como las flechas. Nunca he sido amable, pero cuando la vi en el

escenario, yo cavilaba una nalgada al desarrollo del yoga y ahora quería alargarla lo más posible.

Acelerada por el calor de la manipulación y los estiramientos, Keo enseña todas las posiciones del libro. Ella se niega al cansancio por horas y cada acto parecía como si hubiera sido inventado para beneficio de los dos, frescos. Ella me ama y yo la exprimo sobre el futón, me adentro en su jugo, le miro sus manos, sus tetas, sus hileras de dientes. A la luz de la bombilla solitaria, percibo un demonio. Un kravyad, con insaciable apetito. El fuego se asoma a mi cara, por un momento creí llorar. Otros, acusarla de poner algún alucinógeno en mi bebida. Eyaculé hasta quedar dormido y darle la oportunidad de escapar silenciosamente. Nunca me di cuenta del colchón no diferente de una herrumbrosa ratonera o las paredes peladas. Ni siquiera di cuenta de las cucarachas tropezando con cajas estibadas sin orden ni el preciso momento de su partida. No me di cuenta de este deseo sangrante hasta la mañana siguiente, que olvidé usar mi condón.

No regresé a Tailandia los siguientes dos años. Mis condiciones laborales cambiaron y fui puesto detrás de un escritorio en

Lima, Perú. Las adiciones recobraron su claro envés. Mi terapeuta era un estricto freudiano. El psiquiatra trataba disipar la ansiedad que crece en el insomnio, con la posible causa derivada de algún trauma en la infancia, los juegos de Edipo, el control de esfínteres, las tardes de juego con un poco de lluvia. Nunca fue capaz de encontrar nada. Soy bueno para bloquear los malos recuerdos. Dentro de mí, hay otro Gabriel Fuster, que se dice ser poeta, nacido bajo el signo de Virgo, virginal. Mis mejores amigos dentro de la terapia de grupo eran Carla, quien tuvo ocho maridos, y Joel, un travesti con un espectacular fervor por Marlene Dietrich. La clínica estaba en el Parque de la Muralla, tradicional lugar para ir de compras de artesanías, por lo que era frecuente perdernos en la muchedumbre para platicar entre nosotros. Un día, Joel sacó Tailandia a colación.

-Yo fui a divertirme como loco, saben. Tailandia es licencia R&R. Dios mío, un montón de travestis en el lugar, fetichistas nonatos. Allí conocí a esta extraña mujer, una bailarina. Ella era capaz de transformarse en un pétalo volando al bailar. Y por pétalo volando me refiero a cambiar en el tercer sexo por completo. Ustedes deberían haber visto su piel, translúcida.

Pueden imaginar el nerviosismo que me invadió al poner a prueba su historia. Trato de no pensar en coincidencias. No te asustes, en el desierto todo tiene el mismo nombre.

-Me parece familiar –comento.

-Katotey era el nombre que me dio, pero sospecho que es el que la sociedad impone.

-¿La llevaste a la cama? –pregunto y repentinamente me hallo temblando de rabia. No es otra cosa que el espejo del coraje.

-¿Tú lo hubieras hecho?

-Yo hice la pregunta primero –respondo y levanto la voz. Carajos, me estoy comportando como un quinceañero.

-Por supuesto que no, tonto. Ella era seductora, ebria y besada, pero no olvido que el sol es risueño porque tiene trabajo. ¿Verdad, Carla? –Joel se refiere a Carla, en necesidad de un corazón maleable.

-Cálmense ambos, por favor. Esta conversación está dando al traste la hermandad del grupo –nuestra compañera ordena.

Joel se aparta, menciona un dolor de cabeza.

Carla y yo entablamos la tregua y no se vuelve a derramar sangre.

Pienso que en días como hoy, extraño el olor del dinero. Una mosca pasajera muestra su gran talento para imitar un Boeing 747 rumbo a Tailandia.

-Oye, Gaby, en lugar de proyectarte al pasado, ¿Por qué no vuelves de ese callejón sin nombre? Quiero decir, tú me gustas. Yo me uní a esta agrupación no por la causa, sino porque resulta el único lugar donde puedo hallar hombres más lastimados que yo.

-Carla, soy contrapunto de goliardo.

-No importa, tengamos un romance

No era mala idea del todo. Además, yo necesitaba una acompañante para las inauguraciones y las fiestas de cóctel. A cambio, ella quería sentirse protegida. Sí, amor y sexo se escriben con la misma mano, pero se trataba de los 90s, así que Carla insistió en un examen sanguíneo como único requisito. Mis resultados dieron positivo. Yo me cagué de miedo al enterarme. Al fin la ruleta rusa, tuve el descuido de usar el profiláctico por una vez y con eso fue suficiente. Cierro los ojos y pregunto si el virus ya se fue.

Definitivamente se trató de una danza de la transformación.

Leí todos los libros y artículos respecto a mi enfermedad. Por el momento no mostraba indicios de la sintomatología. Mi empresa se sintió un poco tomada por sorpresa al anunciar mi renuncia. A modo de disuadirme, la misma acaba ofreciendo 100 dólares per diem. Coño, con 300 nuevos soles se pueden comprar muchas, muchas cosas en Perú. A pesar de ello, empaqué un par de trajes y una dotación de AZT de contrabando y tomé el siguiente vuelo a Bangkok.

Me dirigí a Silom Road, donde el club Pagoda tiene su dirección. Ya no lo hallé. En su lugar se encontraba un McDonald's y una Agencia de Viajes. Keo estaba infectada por HIV y su sistema inmunológico en ronroneo al pie de una lapida decente. Cruzó por mi mente que Keo hubiese muerto ya. Recorrí Patpong por completo. Los chulos me pescaban de los antebrazos a mi paso. Una pistola te apunta a la cara. Preguntas con tus ojos si afuera deambula Keo, porque te falta el aire. No tenía sentido usar el nombre de Keo. En Tailandia, existe un millón de mujeres llamadas Keo. Keo significa joya, o

cristal. Aquí, las palabras se usan indiscriminadamente para denotar realidad y artificio. Una fotografía tampoco hubiera sido de gran ayuda. Todas las mujeres de Patpon son hermosas.

Estoy en el punto de inicio, pero ya no quiero comenzar todo de nuevo.

Al interior del McDonald's, deletreo una Big Mac en sánscrito. En el momento justo de pagar mi orden, veo sus manos. Tan extraño como pudiera parecer, yo cuento las monedas sobre el mostrador, escucho el bip-bip de la caja registradora. Lo siguiente es tener ante mí esas manos entregando mi pedido. Las palmas volteadas hacia arriba como si se tratara de una ofrenda a los dioses. En un acto reflejo, las tomo de las muñecas. Dios mío, ¿Cómo no reconocer esas manos que me sanaron de pies a cabeza, en una noche?

-Hey Mister, ¿Quiere que le dé una chupada?

La voz no es correcta. Levanto los ojos y el rostro es desconocido. No, no es Keo. Ni siquiera es una mujer.

-No me gusta hacer esas cosas, pero este trabajo no paga bien y necesito cubrir mis estudios. Regrese a las 5, Mister. No se arrepentirá.

Los dedos del chico se arquean bajo la hamburguesa con la familiaridad de quién te ha escudriñado todos los orificios de tu cuerpo bajo la oficialidad del *Nuad Bo Rarn*, que ha memorizado las venas varicosas detrás de tus piernas, que ha jalado los pelos bajo tus testículos. Era un espectáculo obsceno. Yo suelto mis manos y retrocedo dos pasos. No recuerdo haber recogido mi cartera antes de salir con prisa a Silom Road.

Alguien, no sé quién, me dijo: “Para llamar la buena suerte, anuncia una gran función de circo”. Hoy la crucé en el camino, con el saludo de un emisario del pasado, trayendo mi cartera consigo. La etiqueta dicta devolver el cumplido, a pesar que darnos tiempo para el acto del trapealista nos lleve a cometer un terrible delito. Ella se alegra de pasar por lo mismo, mientras yo desciendo la ambulancia de nuestras calles convirtiendo el laberinto.

-Dra. Darwin, ¿En qué montón de tierra iré a maldecir cuando te mueras?

-Fuster, ¿No le parece que se está volviendo melodramático con los años?

-Una disculpa, tome asiento. En Tailandia es descortés hablar de asuntos de vida o muerte, sin comida de por medio

-Deseaba su regreso lo más pronto, Fuster, porque tengo otra oferta que hacerle. Tengo los papeles que firmó hace dos años, pero su firma no...

-Hábleme de los experimentos de su abuelo

-Nada herético. Gusanos marinos como el Nemertea, cuando se les molesta, como medio de defensa y reproducción, estallan, se fragmentan en numerosas partes, que por regeneración producen nuevos individuales.

La comida llega.

El platillo es un puñado de fideos, envuelto con hojas de plátano y un aderezo de pimientos rojos en tiras. Ella no prueba la comida, sino que se entretiene acomodando los pimientos a formar unas...

-Vi sus manos

-Muy efectivo, ¿no es cierto?

-Quiero volver a verla

-¿Desea contemplarla con la rutina *Chui Chai* otra vez?

Alguien, no sé quién, me dijo: “Para apurar la mala suerte, penetra un lúgubre castillo”. Busco despertar con un

pellizco, pero la noche se sacude con ondas de choque para impedirme el escape de salto oblicuo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Se cuentan con los dedos de la mano los verdaderos amigos. Ella se ríe de mi grito, empujándome dentro de la puerta secreta que abre otro universo, delante de la campanilla de vidrio.

-Perdona el mal gusto de mi decorador.

No me decidí a encender la luz.

En el cuarto, encontré un hombre sentado en un taburete, su espalda toda frente a mis ojos. No lo sentí como un extraño, ni alteraba la colocación de los muebles ni el botón de la luz.

-Ellos eran nadie, Fuster, antes de llegar al laboratorio. Niños callejeros, prostitutas, delincuentes. El común denominador es que morían de un mal sin cura posible, morían en vida. Cada uno de ellos estuvo gustoso de arriesgarse a nuestro experimento. Ahora ellos son muchas personas en muchos cuerpos. Un gestalt. La regeneración es la capacidad de alivio en cuerpos dañados o perdidos. Mi abuelo observó que dividiendo en dos el cuerpo de un gusano y poniéndolo en un ambiente favorable, se advierte que no sólo los dos fragmentos

sobreviven, sino que la porción cefálica repara la cola faltante y la porción caudal regenera la parte cefálica.

No deseo seguir escuchándola.

En esta obscuridad clandestina, el hombre al taburete consigue dar la vuelta y descubro que tiene pechos. Acorde a la sinfonía de la memoria, juzgo que se trata de los pechos de Keo

-La pobre Keo guardaba una bocanada de verdad cuando la encontré, golpeando las almohadas con los puños.

Repentinamente, Prometeo trae la antorcha y agranda el perímetro de visibilidad hasta unas paredes de mosaico blanco, techo estucado, lámparas fluorescentes. Tanques alineados en el lugar de las ventanas, conteniendo partes humanas y embriones de ajolotes, o también *ambystoma mexicanum*. Al otro lado de la habitación, osciloscopios titilando, computadoras imprimiendo intrincadas cartas de datos.

La iluminación me revela a Keo, recostada en un marco de quirófano, apenas cubierta con una sabana.

-La pieza principal del rompecabezas, Fuster

Me acerco a levantar la frazada. Ciertamente, no tiene muñones, pero lo que abrazo es frío y escurridizo. Un sapo sin formol, una estrella de mar. Fatalmente, el desarrollo de la

mitad del cuerpo que corresponde a las extremidades inferiores es la misma mujer simétrica como proporcionan las estampas de un naípe. Obra cruel del parénquima celular.

-Chui Chai

No es el final ideal de una historia de amor, pero no hay romance sin peligro.

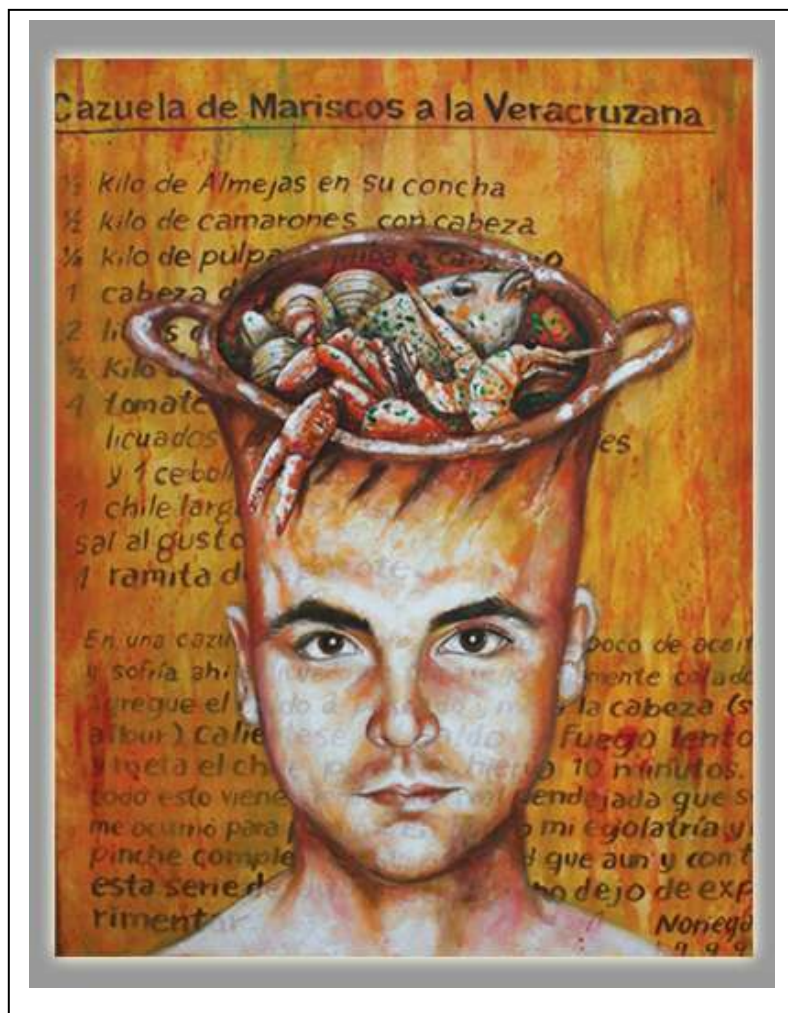
Hoy me hallo internado en el pabellón de los enfermos portadores de Sida, en el sexto piso del Hospital General de Veracruz. Pronto el codicilo surtirá efecto legal y mi cuerpo será preservado en nitrógeno líquido y trasladado a Bangkok.

Las enfermeras me atienden con guantes de látex. Ellas odian mirarme siquiera, si les fuera permitido, ya pasarían la comida por debajo de la puerta. Mi compañía de seguros se niega a cubrir más medicamentos, mis amigos ya no escriben cartas.

Confiado en los efectos del gusano Nemertea, cuando se les molesta, un día, cerraré los ojos y despertaré en una docena de cuerpos distintos.

Los muertos vivientes no son como constan en la creencia popular. Ellos no son tumultos descarnados que

escapan al cementerio dando tumbos ni el nosferatu sumido en el apetito violento de la sangre y la negación al edén. Ellos son indistinguibles entre nosotros. Bajo la correcta luz, ya pueden parecer hermosos, como en el caso de un espectacular. En nombre de la fantasía, resultan los mejores narradores de la carne, porque a la letra de la vida le sobra un eco. Ellos son el invariable goce del cuerpo desnudo ante todos. Lo sé, los he tocado.



LA CASONA

Octubre 1, 1930. Nos mudamos a nuestra nueva vivienda. A diferencia de las cuarterías en los patios de vecindad del Barrio de la Huaca, todo luce limpio, elemental. Los moradores que ocuparon la casona anterior a nosotros, evidentemente era personas de seriedad gastada. Ellos quitaron todos los focos y las cajas de *switch* de los muros, antes de irse. Suponemos que estaban en su derecho y pagaron por ellos, pero llevarse la tubería fue un feo diseño de plomería. No podemos bañarnos en la tina, a menos que juntemos varias cubetas con agua de la lluvia.

Detrás de las puertas que crujen, cada cuarto cuenta con un clavo en la pared para soportar el peso del universo o la camisa. Entre los objetos olvidados, encuentro un almanaque. Otro clavo cuelga una foto del activista Herón Proal. Hay una silla, apenas arrimada al rincón, conteniendo una pila de volantes del Partido Comunista Mexicano y las prostitutas del callejón de Cuatro Cienegas convocando a una huelga inquilinaria en general. Desinteresados, regresamos la hoja a su

lugar como se mete un naipe al mazo de cartas. Hogar, dulce hogar.

Octubre 13, 1930. Un evento especialmente raro ocurrió hoy. Nos hallamos sentados en el comedor cuando tocan a la puerta. A través del tragaluz de pestillo, un par de jóvenes se identifican como reporteros de *El Dictamen* y piden tomar nuestra foto. Yo respondo que con mucho gusto, nada más me permita ponerme mis esposas primero. Pero el periodista comenta que luciremos mejor sin bisutería.

Cuando salimos a la jardinera del patio, en busca del sol. Los fotógrafos parecen titubear e intercambian comentarios en voz baja. Uno de ellos voltear a mí y pregunta. “¿Quién vive al otro lado de la casa?”. Yo respondo que no lo sé, que apenas nos mudamos dos semanas antes, pero sospecho que su apellido es Beltrán y es maestro de música. “En serio, ¿No es usted el cónsul estadounidense en Veracruz?”, repite el segundo. La calumnia me hace reír y digo que no, no que yo sepa, pero cuatro años atrás fui el ganador de tiro al blanco en la feria. El reportero le dice al otro: “Empaca tus cosas, Juan. Nos equivocamos de casa”. A lo que Juan responde, “Te lo dije,

Pablo. Te dije que hubiéramos hecho esta entrevista la primera vez que nos la asignaron. Otro mes perdido”.

Así que Juan y Pablo nos dejaron vestidos y alborotados y nunca nos tomaron foto alguna.

Octubre 20, 1930. Este día el teléfono timbró y Amalia tomó la llamada de la estación radiodifusora. Me informa que somos participantes del concurso “Adivina la melodía” de la XEW, en su ronda final. Emocionado, aparto el periódico y me inclino sobre el gran mueble para sintonizar la estación. Las notas de “Lucerna”, bajo el arreglo de Ruiz Arcaraz, provocan ondulaciones en el aire. Conozco la respuesta, pero los nervios traicionan y terminan callándola. Y sucedió, cuando Chaplín honraba el cine mudo en medio de la sala. Yo siempre estoy una canción atrás. Así que cuelgo.

Octubre 23, 1930. Amalia jura haber visto a un conquistador español galopando en el patio. Yo le digo que no sea tonta, que no hay colonizadores en Veracruz, desde el decreto de Felipe II. Para colmo, ella cree que Hernán Cortés murió descuartizado, a partir del momento que encontró en la biblioteca, un tomo que decía: “La muerte de Hernán Cortés en cuatro partes”. Amalia es encantadoramente crédula.

Octubre 25, 1930. Este asunto empieza a causarme dolores de cabeza. La tarde de ayer, cuatro esclavos negros aparecieron de la nada y se sentaron en el quicio de nuestra entrada. Amalia los atiende y el africano que dice llamarse Mocambo pregunta por “*El Lucerna*”. Amalia les indica que nuestro nombre es Ceballos y probablemente buscan a los Malibrán, que viven dos cuadras adelante. El negro Mocambo necea con la cabeza y dice que eso le parece gracioso, que si nos cambiamos una letra nos llamaríamos Caballos. Amalia indica a Mocambo que si le cambiara todas las letras al suyo, sería chinga tu madre.

Amalia me lleva el recado y dice: “Cutberto, a menos que afirmes lo contrario, ¿de casualidad conoces a cuatro negros cimarrones?”. Yo alzo las cejas y respondo simplemente que no. De hecho, vivimos todos bajo grilletes, apretujados en un barco negrero que la llaman ciudad. Esclavos todos.

Voces de desacuerdo conyugal van y vienen por el gran corredor. Esto obliga a los africanos a celebrar una junta de emergencia a mitad de la calle. Momento que aprovecha Amalia para cerrar la puerta y pasar el cerrojo. A través de una rendija, juntos observamos a Mocambo y sus tres amigos

alejarse por la calle empedrada y desaparecer. Este vecindario me empieza a disgustar.

Octubre 27, 1930. De pronto, las irregularidades han alcanzado un punto de ebullición. A mí, me desconciertan los que trabajan a morir, los que se cansan de cansarse, los arrendatarios que subarriendan, pero no imaginé juntar a todos esta noche. Finalmente, conocí al fantasma del expedicionario de la hueste real. Yo me hallaba dormido cuando escuché introducirse una llave en la cerradura. Sin despertar a Amalia, camino de puntillas hasta el macetón, donde observo la puerta de la calle abrirse lentamente, permitiendo una sombra deslizarse al interior. Enciendo las luces y contemplo al intruso cambiando su jubón y casco por un overol de tirantes, dentro de mi sueño. “Supongo que busca los cuatro negros encadenados. Ellos estuvieron aquí ayer, pero ya se fueron”, anuncio con manifiesto enfado. El hombre luce desconcertado. “¿Encontró unos papeles mecanografiados de un lado? Son míos y ahora los necesito para escribir del otro lado nueva brevísima relación”, me reclama. Yo le digo que llega muy tarde, que ya los tiramos a la basura. “¿Dónde consiguió una copia de la llave de entrada?”, pregunto. “Yo viví aquí”, responde y se retira.

Levanto el teléfono para reportarlo a la policía, pero la operadora me sugiere que me interne en el Hospital Serdán, antes de enterar mi peculiar incidente al agente de guardia.

Octubre 26, 1930. La policía vino hoy, trayendo un médium con ellos. Los vecinos, llenos de curiosidad, pegan la cara al cristal de los ventanales y vuelvo a verlos como eran antes: niños. Pedimos perdones por la falsa alarma y el nombre falso. El viaje en vano. Los niños se tuercen y pretenden que caiga yo también del tranvía. En el suelo, se entretienen aventando piedras al silencio. Yo les pido que no jueguen en la tierra, entonces se van a jugar a la luna. Con tantas emociones, pierdo la noción del tiempo. Pregunto a mi esposa qué hora es. Amalia responde que es hora de mudarnos.

Octubre 30, 1930 Amalia se halla tan nerviosa, asegurando que escuchó ruidos a la hora de dormir, que resolvimos hacer maletas y pasar la noche en el Hotel Diligencias. Una niña jugará por obligación con la casona de las muñecas, pero no necesitamos saber nada sobre el edicto del congelamiento de las rentas porque las preguntas se las comió el gato y hemos decidido internarnos en el Hospital Serdán.

VER, OIR Y CALLAR

-Hey, Paco, sobre tu hombro izquierdo. En la cabina de teléfono, ¿la ves?

-Ahorita no. Estoy cansado. Me estoy distrayendo.

-Coño, Paco, échale un vistazo

-Aguanta, mi Pancho. Mira, si no te callas y me dejas acabar mi cerveza, tranquilo, te juro que voy a sacar la lujuria de tu cabeza a sillazos.

-Ok, que sea como quieras, pero te juro que no parecen operados.

-¿Qué?

-Olvídalo, Paco. Tú dijiste que hallar un juego de abadesas es como la lotería.

-Mierda, dame la cara cuando me estés hablando

-Estoy tomando mi agua mineral. Después, voy a orinar.

-Escúchame, sonso, hemos estado el día entero buscando en vano.

-Mañana los sonsos no serán más venturosos...

-Te pido disculpas, socio. A ver, ¿Cuál de ellas es?

-La morocha a tu lado izquierdo. ¿La distingues?



-¿La de ropa deportiva?

-No, la que está hablando al teléfono, afuera del baño de mujeres. Ella trae un kaftan rojo. Espera a que le dé la luz de la puerta abierta. ¿Viste? Grandes y negros, como los quiere el pintor.

-Mi querido Pancho, tú realmente eres un exagerado.

-Al contrario, me estoy enamorando.

-¿En serio? Ahora hazme caso y deja de mirarla antes de que se dé cuenta que somos acosadores. La cosa es natural.

-¿Quién dice? El lugar está atiborrado de curiosos.

-En cualquier momento ella termina su llamada y se retirará del lugar.

-Y nosotros no vamos a perderla. ¿Verdad, amigo?

-Pancho, comete otro cacahuete y déjame emborracharme.

-Coño, Paco, piensa en la doble sorpresa cuando nos pague el pintor.

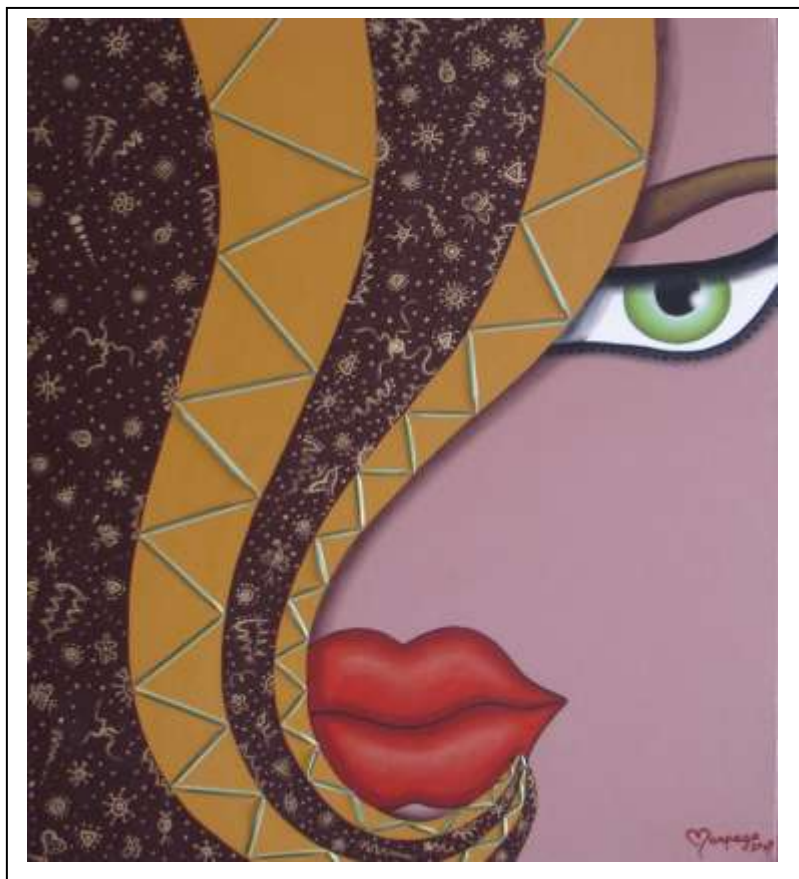
En su atrevimiento, Pancho y Paco provocaban recordar a los irlandeses William Burke y William Hare, los asesinos de West Port, quienes en los secretos días de 1820, estrangulaban a la gente al azar y por proveer de cuerpos a las prácticas de

dissección en la Escuela de Anatomía de Edimburgo, en Escocia. El ilegal exhumador de cadáveres y su cómplice fueron los más famosos traficantes de órganos que hicieron historia. Pero en esta ocasión no era el Doctor Robert Knox el más interesado en pagar un fabuloso y mortal precio dentro del mercado negro, sino un pintor buscando suministros de mirada para su pintura en otra muestra de galería.

-La dejas ir.

-Que se vaya, pues

-En fin, que sea como quieras, pero te juro que no parecen operados. ¡Carajo, tenía tan bonitos ojos!



LEY DEL HIELO

El otro día, Miriam me preguntó en tono muy serio, si estaba enterada del gigantesco témpano, a propósito desprendido de la barrera de hielo antártica con una serie de explosiones calculadas y coordinadas por ingenieros japoneses. La idea, repite dos veces, es mover el hielo de enorme tamaño por mar y llevar agua dulce al desierto. Yo le respondí que no sólo no había escuchado una noticia al respecto, sino que tampoco esperaba oírla porque eso no es cierto. Ella necea que es verdad, que ella estaba sentada en Vip's, platicando con sus amigos músicos y uno de ellos mencionó el cándido islote de burbujas en su café, para que dos o tres compañeros del grupo confirmaran saber de la proeza también. No, dije de nuevo, eso es un gigantesco absurdo. No ha sucedido. Miriam no pareció convencida.

La historia de amor expuesta tiene resonancias evangélicas dentro de mis cabales, entonces mando mis palabras a un lugar que bien parece el mundo al revés, insistiendo que dicha tecnología no sólo estaba fuera de nuestra posibilidad fiscal, sino que el asomo racional primero escribe

un memorándum para informar a los hombres de estado sobre las operaciones mecánicas del sentido común, no importando este u otro Swift que pretende cautivar a los jóvenes lectores con la posibilidad de llevarlo a cabo.

Un iceberg, le explico, es una isla de hielo, cierto. Una masa del tamaño de Shikoku, necesitaría una vasta explosión nuclear para apenas cuartear su silueta de la capa glaciaria, sin mencionar los imposibles cables para remolcarla. Además que la fuerza de arrastre es tan grande que los hielos se mantienen con inercia, aún cuando la acción de las corrientes oceánicas ha cesado. De un iceberg sobresale del agua sólo la octava parte de su volumen total, por lo que tú y DiCaprio saben bien que estas masas gélidas constituyen un peligro para la navegación.

Desde la perspectiva de la investigación en el cambio climático, por supuesto que éste es considerado un sistema de alerta temprana, amiga. Los monitoreos vía satélite demuestran que el 19 % de las latitudes altas está lleno de estos bancos flotantes y, definitivamente, de ser llevados a Kuwait o Los Ángeles, seguro podrían resolver los problemas de riego y dotación de agua potable. No dudo, digo elevando el tono de mi voz, que es una idea fantástica, pero los problemas factuales y

los factores teóricos como son los efectos del sol y el viento, el sigilo de los pingüinos y osos, la indentación que ronda los helados paisajes, el mar amarrado al timón y el descongelamiento controlado a la entrega, echan abajo el ideal. Más suponiendo que tienes razón y yo soy una ignorante, te digo que si alguien hubiera conseguido tal logro, ya estaría en todos los periódicos y noticieros, en cada boletín de academia, en cada revista popular, en cada volante de mano y aún en la boca de la multitud sin ni siquiera echar a andar un tropo de la hazaña. Si tirito, deja que me arrope en tu respiración lúcida. No importa que yo tenga subscripciones de los periódicos Reforma, El Financiero, Washington Post, El Fígaro, El Dictamen y Notiver. Además de revistas como Muy Interesante, Milenio, Proceso, Nexos, Scientific American, La Aventura de la Historia, Hola, People, Cosmopolitan, Teleguía, Marie Claire, Mujer Ejecutiva, Artes de México, Casas y Gentes, Golf Tournament y Curvas. No, no importa que no tenga una sola palabra de confirmación del primer ministro Shinzo Abe. O de Hosni Mubarak o de Bashar al-Assad o de Abdulla II de Jordania o de cualquiera de los sheiks de los emiratos árabes que poseen los billardos para convertir el sueño

en un trato comercial con Hércules. Ay, dinero que sería menos rentable que la puesta en operación de modernas plantas desalinizadoras en el gran valle del Rift para un trasvase del Mar Rojo o el Mar Muerto o el que sea. El Barón Münchausen me perdone. *Quot erat demonstrandum*. Deja, te explico que simplemente se trata de otro testimonio apócrifo entre las almas gemelas del pianobar o los perezosos de mente que también creen en la santa muerte, en el chupacabras, en los expedientes X, en la Cientología y la Dianética, en el maíz transgénico y en el hecho de que James Dean no murió en el accidente automovilístico, sino que permanece vivo y oculto en una clínica privada, totalmente desfigurado y loco. O Viridiana Alatríste. *Plus ça change, plus c'est la même chose*

Miriam traga gordo y me dice:

-¿Verdad que soy muy ingenua?

Sin embargo, Miriam Salazar es mi amiga y cuando me pidió una historia para cambiar de tema, me desisto en mi fervor. Como la niña traviesa que soy, la Mariana Mallard que la mayor parte de nosotros suele ser de cuando en cuando, me permito poner a prueba un pequeño juego. “¿Qué clase de historia quieres que te cuente, Miriam?”. Silencio. Miriam

permanece callada la duración del minuterero y cuelga el teléfono, así dando por terminada la llamada con costo 1-900.



LAS SIETE YA VAN A DAR EN CASA DE STEPHEN KING.

El miedo se presenta en diversas formas y tamaños. El miedo tiene la carga de una gran alma elemental como el fuego y, al mismo tiempo, despiadada. El miedo data del día de la intrincada desobediencia de Adán y Eva, aunque la acción supo poblar una única noche, de sombras largas y conducta errática en el manejo de los sueños. El miedo es anónimo, pero no faltan los miedosos que le atribuyen un nombre falso ante el rechazo de una mujer hermosa, el número de su teléfono ocupado, de modo que para calmar la ansiedad, el ocio incita a escribir una neo-ópera donde se sustituye a la orquesta por dos horas de marcado con línea ocupada y un tenor sollozando en alemán. Muchas veces, el miedo se parece al compañero de trabajo con su camisa de manga corta, su maletín, su cubículo de trabajo con horario corrido, su automóvil con el importante logotipo pintado al lado, callado, de camino a casa, contando las monedas que trae en el bolsillo para pagar una caja de Corn Flakes en la línea de caja de Wal-Mart y que solo necesita una palabra equivocada para conseguirse un rifle de alto calibre y

regresar al supermercado a contradecir al manager y tomar rehenes de los clientes. La campaña rancia del infierno. Vuelven las miradas torvas, el mal aliento y la caspa. La torpe cuadratura anómala, la brutalización de tu inocencia por un adulto amoral. El miedo recobra todos los instantes de nuestra vida y los combina a placer, con sus dedos fríos y la soberbia del ladrón, pues a su fatalidad consagramos su abracadabra en los cuencos del hambre en Somalia, en los retenes militares en Gaza, en las prisiones de Lima, en las viudas de Sarajevo, en las ratas de Tailandia, en los niños callejeros de Brasilia, en el color de la piel en los Estados Unidos, en el asiento de cualquier vuelo comercial en Nueva York, en la jeringa de un seropositivo en el Bronx. O simplemente, mirándolo de frente con el bañista de las playas en las vacaciones del verano. El miedo se halla alrededor nuestro, es un olor y la gente lo percibe, al igual que las bestias. Contagia. Los psicólogos aconsejan que no hay más miedo que temer que al miedo mismo. Sí, claro. El único problema es que a partir del momento que supones haber racionalizado tus temores, que supones hallarte seguro, entonces llega un susto nuevo. ¿Cómo cual? Bueno, las siete ya van a dar en casa de Stephen King.

Las siete van a sonar y es cuento que no tiene fin, porque sus hijos desafían a la suerte y de ninguna manera se toman su leche. Papá King anticipa que el miedo, como la leche, se corta sólo, al punto de la siete.

-Damián, ¿Cuánto tiempo tenemos de conocernos?

-Desde que nací

-Seis años, hijo. En todo este tiempo, ¿Te he mentido alguna vez? ¿Te he dicho algo que te perjudicara?

-No, papá

-Entonces, escucha atento a mi historia

Damián asiente con la cabeza lentamente.

-¿Puedo cerrar los ojos?

La zona muerta. Abraham Stoker, después de una discusión bizantina sobre la ruta de las hormigas con el trabajador de control de plagas que una vez al mes llega a fumigar el garaje y el exterior de su casa en la sección conservadora de Ruxton, en Baltimore, el buen Abraham Stoker se robó un bote de Malatión de la camioneta del fumigador, mientras el tipo subía al torreón de los jorobados. A primera hora de la mañana siguiente, el obstinado Abraham Stoker salió con el poderoso

veneno, siguiendo la ruta del repartidor de leche, para servir una cucharada del insecticida en cada botella de leche repartida frente a la puerta de las setenta casas del vecindario. Dentro de las seis horas siguientes al gesto impulsivo de Abraham Stoker, doscientos hombres, mujeres y niños morían entre convulsiones y dolores terribles. En el jardín, Abraham Stoker saluda con la manguera el final de la lucha. Ay, ay, ahí va la hormiga con su paraguas y recogiendo las enaguas, porque el chorrillo la salpicó y sus chapitas le despintó.

El resplandor. Howard Phillips Lovecraft, advertido que su tía Dolores Claiborne fue diagnosticada como paciente terminal en el Holy Cross Hospital de Chicago, ya ayuda a su madre Carrie a empacar el *portmanteaux* con equivalente a cuatro maletas de ropas. Acto seguido, la conduce al Thurgood Marshall Airport, donde la sube en un Delta Airlines para viajar en primera clase y con una sencilla, pero eficiente bomba de tiempo, construida con un Westclox Travalarm Vintage 1962 y cuatro cartuchos de dinamita, que el terrible cuadro de dromomanía oculta perfectamente. Conforme a sus cálculos, el jet explotó en algún lugar sobre Harrisburg, Pennsylvania. Noventa y tres personas,

incluyendo a mamá Carrie, murieron dentro de una brillante centella a mitad del cielo y los restos de aluminio envueltos en llamas agregaron siete decesos más a la lista, luego de caer sobre un campo de entrenamiento de fútbol. Howard Phillips Lovecraft reconoce que ha nacido de un desliz de su madre con la luna. Oh ooh, la luna ya está muy alta, parece plata con fondo azul y el gnomo de blanca barba quiere bajarla con un bambú.

Ojos de fuego. Ambrose Gwinnett Bierce paga su caja de Corn Flakes con monedas sueltas, pero no cubre el precio. Escucha al cajero decir “estúpido” a espaldas suyas, después de recoger su dinero y dejar el paquete en la banda. Regresa a su automóvil, abre la cajuela para tomar la Sturmgewehr 44, un fusil de asalto ligero que había comprado por \$ 49.95 en Ebay, de un coleccionista de armas de Alexandria, Virginia. Diez minutos más tarde, Ambrose Gwinnett Bierce abre fuego contra la caja 10. Algunos cuerpos caen más contundentes que los precios, otros se alinean detrás de su carro de servicio. Antes de ser desarmado por el equipo SWAT, Ambrose Gwinnett Bierce había matado a cuarenta y cuatro personas, incluyendo a la

manager ovulando ese preciso día. Ambrose Gwinnett Bierce tampoco hubiera titubeado en llenar su queja en el buzón de sugerencias. Yes, yes, el ratón vaquero tiró dos balazos, se chupó las balas y cruzó los brazos.

La mitad oscura. Cuando la primera fuerza expedicionaria desciende en el desolado planeta, haciendo su órbita alrededor de la estrella de cuarta magnitud a la que dieron llamar Buick 8, los integrantes encontraron la enorme estatua de un material hasta entonces desconocido y color azul, no enteramente metal ni roca, más bien cerámica, en la figura de un humano de treinta y siete *Urs* de alto. La pieza es sensible al frotamiento electroestático. Más importante aún, su señora opulencia vistiendo un atuendo que vagamente recordaba una toga. La cara protegida con un armazón semejante al hueso sacro y sosteniendo en el brazo izquierdo un peculiar artefacto de forma de anillo, hecho de material igualmente desconocido. El rostro de la figura era el semblante afeitado de la beatitud. Los pómulos salientes, ojos diminutos y estrabicos. Una larga boca lineal y un mentón compacto. La estatua hace gala de las formas curvas de alguna arquitectura abandonada al olvido. Los

miembros de la fuerza expedicionaria no cesan de comentar sobre la peculiar mimesis de las partes erosionadas. Ninguno de estos vigilantes, parados bajo una hermosa luna de cobre que ilumina el cielo subacuático, pudo oír hablar de Allan Edgar Poe, de las insólitas noticias suyas. Tampoco ninguno era capaz de saber que esa expresión en la cara era la misma que Allan Edgar Poe mostró en el momento que le fue leída su sentencia y condenado a la inyección letal. “Yo los amo a todos. Lo juro. Corazones de Atlántida”, gritó y el epicentro de rotación y traslación de su grito de amor fue la vía láctea. Un Rómulo apuesto amenaza esos días. Bah, el chiquito es un llorón que siempre sale con esta canción.

-Ay, Papá, esta leche ya expiró o tiene una dosis de Malatión. Yo así no la quiero tomar. Buuu, buuu...

-No llores. Algunas personas piensan que soy un monstruo, pero yo conservo el corazón de un niño. Es verdad.

-Booo, booo...dentro de un frasco, sobre tu librero.

-Aaagh, ¿Quién es el que anda ahí?

@RROBAMIENTO

El grisáceo día de antier recibí esta correspondencia electrónica de un usuario llamado Multimediararanja.com. El asunto del remitente se leía:

EL FINAL DE UNA CITA A CIEGAS

como inexacto es el entendimiento de las líneas que hacen a los quirománticos. Y empiezas leyendo por el revés del mensaje y el frente de la información. Esto es silogismo de los sueños y mercadería de lo demostrativo, novelesco, regionalista, didáctico y edificante que sugiere que de oro son tus horas en la búsqueda de una pareja dentro de los bares de solteros, las fiestas de generación, los clubes sociales o siquiera del brazo de la prostituta sobre el brazo de los pacientes amantes que la alquilan y por todo ello tú estás listo para Multimediararanja.com.



SE SOLICITA NOVIA VIRTUAL AUNQUE NO SEA VIRTUOSA

Espera, oyes que te llaman del otro lado, voces que crecen hasta el tope del buzón con correspondencia basura que te ofrece parcelas en remotas áreas como *Tannu Tuva* o grandes descuentos en la compra de dos juegos iguales de cuchillos de Chef o la posibilidad de un intercambio de poemas y del mundo que tú imaginas interminable para el cartero de los pies electrónicos y fugaces. No termina una historia con sus ofertas y destinos varios, enlazando la vida de usuarios desconocidos y viendo desde más allá lo que sucede, cuando noto la palabra mágica al final del comunicado, como un exergo: “Gratis, una demostración de nuestro efectivo programa de romance”.

Sin pensarlo mucho, me remito al portal en www.medianaranja.com.ar y se compone el fondo de una nueva página en que aún todo puede acontecer. Oh tapiz del destino, la perfecta herramienta jamás concebida para encontrarle al hombre su pareja. MMN no es *la grand'tante* o tu madre arreglándote una cita con “la hija con linda personalidad de su mejor amiga”. Es la grandeza de la era de la inteligencia emocional. Técnicamente, se trata de seleccionar a

una acompañante a partir de un directorio digital y aunque el ejercicio pudiera presentar fallas como el antiguo y venerable arte del *shadchen* o el contrato de matrimonio entre infantes de la china imperial, por lo que se puede ver en el orden que son otorgados los fracasos, al menos se reduce el potencial de humillación a la mitad. Me das la mano y yo me quedo con ella. Diablos, existen sobre cien millones de historias en la *web*. La mía es entera visión global.

En caso que hayan perdido el hilo, yo estoy siendo parte de la jauría imaginaria en un servicio de citas, teniendo una hora libre, digamos, matando el tiempo con Diana, 29 años, libra, que obviamente se concentra para respaldar su idea previa a la despedida. “Oh, ¿Así qué tú eres el famoso arquero que mucho he escuchado hablar?”. “Ah, ¿Tú eres la rubia que le gusta el sexo con mucho látex y un látigo”. Devuelvo el piropo. “¿Cuál es tu comida favorita”. Un punto débil. “¿Es cierto que te has casado y divorciado cuatro veces?”. Nada es gratis. Algún día voy a escribir una fantasía sobre el amor verdadero. Ese el problema del verdadero amor. Una vez que lo has conseguido, ¿qué diablos haces con él?. Me parece el tiempo que gastamos en su búsqueda es más fácil y más envolvente. El

caramelo idealizado es más dulce que el caramelo saboreado. Las consecuencias de paladear el caramelo real son diabetes, caries, sobrepeso, empalago. El amor real te provoca lo mismo. Por el contrario, el amor platónico es más dulce que el agua del mar. Y más permeable. Curiosamente, el propio epónimo de este amor no es su testigo empedernido, lo siento Platón, sino que el término fue acuñado por el florentino Marsilio Ficino en el S. 15, como un amor enfocado en el temperamento e inteligencia de una persona, más que sus encantos físicos. En otras palabras, se trata de la sexualidad del cuello para arriba. Las tres mujeres cuyos *videoconferences* puse a escrutinio no fueron mejores o peores en sus instantes aislados. Todas parecieron racionales y completas. Lo cierto es que besarlas de verdad acarrea diabetes, caries, sobrepeso y empalago. *Caveat emptor*.

Vuelvo a correr la cinta de Leovigilda, 34, Tauro. ¿Percibo una ceja levantada de malestar? ¿Detecto una sonrisa libre de azúcar? Mi corazón se derrite. Tengo una teoría, la mamá de todas las teorías de la conspiración: No es cierto que haya una falta de amor en el mundo, sino de lugares dignos donde colocarlo. Más, ¿Quién es capaz de darlo? Eso es

sencillo de responder, puesto que cada uno de nosotros es un continente donde colocarlo. La segunda fabulosa metáfora es que el ciento por ciento de nosotros es una referencia al batracio, pasmado y anhelante, que no responde al beso deliberadamente espasmódico, por ende sospecho que el asunto del encantamiento del príncipe es absurdo y mórbido. Ya en serio, sin psicologías, sin personajes: no es una cuestión de falta de pareja tu suerte, sino que no estás compadecido de ti. “¡Hola, no esperaba que contestaras tan pronto a mi anuncio!”. Amor: tú escribes su nombre en un registro sismográfico. “Creo que te conozco de nombre”. Ciertamente, te sientes ligado, que existe un secreto entre los dos, pero tú, el más solitario, te quedas siempre con las baladas de amor que suponen que existe el sentimiento. Lo mismo las novelas caballerescas. Pero ninguno de los dos sabe su *actitud love*.

-¿Me querrás por siempre? –sucede la pregunta tonta.

-No, cupido, soy solo una esclava del amor, igual que tú.

Y deidad y delfis siguieron bailando en la azotea, mientras la supercarretera de la información pasa bajo sus miradas.



EMOTICONES

Saturday, 19:00 hrs. El usuario herrwarum@hotmail.com ha entrado al Chat Room.

herrwarum@hotmail.com Says:

^_~

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

¿Clemente?

herrwarum@hotmail.com Says:

Te extraño mucho

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Ah, hola

herrwarum@hotmail.com Says:

¿Me extrañas? -_-

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

No sé

herrwarum@hotmail.com Says:

¿Laura?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Pero sé que estás ahí como los íntimos amigos, ¿Vale?

herrwarum@hotmail.com Says:

: S

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

No te pongas así, te extraño también

herrwarum@hotmail.com Says:

¿Qué tanto?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Ya te dije, mucho

herrwarum@hotmail.com Says:

Ha sido tanto el tiempo tecleando mensajes que no ha habido espacio para acariciarnos lol

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

: m

herrwarum@hotmail.com Says:

Intento hacer una plegaria para que estuvieras conmigo

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

;]

herrwarum@hotmail.com Says:

Me gustas mucho

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

ok

herrwarum@hotmail.com Says:

Lo digo en serio

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Te creo

herrwarum@hotmail.com Says:

¿Adivina qué?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

¿Me aguantas un minuto?

herrwarum@hotmail.com Says:

Te tengo preparada una sorpresa

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Espera, tengo otra ventana abierta.

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Hey

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Oh my god, hola, hola, hola *o*

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Nena

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Radamés, esperaba tu llamada. Gracias al cielo que respondiste.

Hola, ¿Cómo estás?

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Estoy chido

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Me encanta copiar tus frases mágicas

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

¿Cómo estás?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Oh, muy feliz ahora. Oye, ¿Podemos vernos hoy? ¿Qué dices?

Podemos ir a cenar a algún sitio o mejor, podemos cocinar en mi departamento. Tengo un delicioso vino. Caramba, te he extrañado todo el día.

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Suena bien

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Sabes, ayer la pasé de diez. El museo resultó un lugar bastante romántico para besarse largamente los amantes rodeados de desnudos. Es curioso, tantos años pasando de largo la banqueta de su edificio tan antiguo y renovado y nunca había tenido el gusto de entrar. La tarde se pasó como novela y tú te veías tan, tan guapo tomado de mi mano. Nuestra caminata por el parque donde la luna se resbaló, comprando raspados de grosella, mmm, nunca había probado algo tan delicioso en mi vida. Al

final, con tu dedo escribiste tu dirección electrónica sobre mi pecho.

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Escucha, tengo malas noticias. Me ocupan asuntos que se presentaron de última hora, pero podemos juntarnos otra ocasión

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

No, no puedo esperar tanto. Veámonos esta noche.

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

¿Vas a estar allí? Déjame resolver estos asuntos y me vuelvo a conectar

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Aquí estaré esperando, según discurro el pañuelo antes de que me ponga a llorar

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Ciao

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Hola

herrwarum@hotmail.com Says:

ò_ó

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Cambia esa cara

herrwarum@hotmail.com Says:

¿Quién te dio tal poder a la tortura sin mover la mano?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Estoy revisando el historial de nuestra conversación

herrwarum@hotmail.com Says:

Voy a tu casa

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

¿Qué?

herrwarum@hotmail.com Says:

Te escribo porque estoy en el aeropuerto, apoltronado en mi laptop.

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

¿Por qué?

herrwarum@hotmail.com Says:

Estoy a punto de abordar un avión para Veracruz

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Quiero decir, porque estás cambiando tus planes. ¿Puedes hacer eso?

herrwarum@hotmail.com Says:

He trabajado dos días sin dormir para tener un dinero extra y comprarte un anillo. Quiero que te cases conmigo.

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Espera

herrwarum@hotmail.com Says:

Mi avión despegue en quince minutos. Ya llamaron a los pasajeros de las filas de la M a la Z en los pases de abordar.

Quiero darte mi tiempo llegada para que vayas a recibirme

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Hey

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Wow, eso estuvo rápido. ¿Ya terminaste tus asuntos?

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Me temo que no, muñeca

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

¿Qué onda?

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Creo que tenemos que posponerlo todo para una mejor oportunidad

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Eso es imposible. No tenemos otra oportunidad, el momento es ahora. Quiero decir, no podemos posponer lo que empezó en un parpadeo. Ayer fue el cauce de dos desconocidos, hoy estamos juntos. Y lo amo. Amo estar contigo. Te amo.

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Espera un momento

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

No me dejes por otra llamada

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Tengo que hacerlo, son negocios

VALENTINA Says:

¿TÚ PIENSAS QUE SOY UNA ESTÚPIDA?

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Nena

VALENTINA Says: NENA TU CHINGADA MADRE, PENDEJO

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Mi arrugada madre habita en los recuerdos más honorables,

Valentina

VALENTINA Says:

¿PIENSAS QUE NO ME DOY CUENTA DE TUS TRAMPAS?

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

La vedad no sé a qué te refieres

VALENTINA Says

AYER TE VÍ EN EL MUSEO. TE VÍ COMPRÁNDOLE RASPADOS A TU ZORRA. LOS SEGUÍ, HIJO DE PUTA.

¿CÓMO PUEDES HACERME ESTO? NO, YO PERMITO ESTO, PERO ESCUCHA: QUÉDATE CON TU ZORRA. NO

TIENE IDEA QUE EL PRÓXIMO RASPADO QUE LE PAGARÁS SERÁ CON EL GINECÓLOGO (Valentina is Offline)

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Hey

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Hola

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

¿Todavía quieres que salgamos a dar una vuelta?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

¿Esta noche?

<*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:

Por supuesto, tienes un magnífico vino para la ocasión
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Cambiaste de parecer muy rápido
 <*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:
 Por ti @)>--->----
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 * ^ _ ^ *
 <*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:
 Puedo hacer una copia de la llave de tu departamento, si quieres
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Lo siento
 <*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:
 ¿Qué?
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Me tengo que ir
 <*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:
 ¿Por qué?
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Recordé que tengo una cita antes que tú
 <*Nick En CoNsTrUcCIOn*> Says:
 Oye, mi compromiso es serio

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Él llamó primero. Me tengo que ir. Adiós (Block this contact)
 herrwarum@hotmail.com Says:
 Vuelo 7508 de Mexicana, salida 1920 hrs. ¿Copias?
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Clemente, ¿Sigues allí?
 herrwarum@hotmail.com Says:
 Perdí mi vuelo
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Lo siento
 herrwarum@hotmail.com Says:
 No te preocupes, lo tomaré como un vaticinio. Probablemente
 se caiga en los Andes
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 ¿Hay otro vuelo pronto?
 herrwarum@hotmail.com Says:
 No sé, tendré que checar. Probablemente salga muy tarde, o
 muy temprano mañana.
 [[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:
 Tómallo, yo estaré esperándote todo el tiempo en el aeropuerto
 herrwarum@hotmail.com Says:

¿No tienes temor de parecer la loca del puente de San Blas?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

No me importa, estaré en la sala de espera vigilando las llegadas

herrwarum@hotmail.com Says:

¿En serio?

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

Sí

herrwarum@hotmail.com Says:

Nomás no me confundas con otra persona, trayendo la misma cuchillada en la espalda.

[[PeroTúNoTení@sM@sCor@zónQueTu@rte@scii]] Says:

:-7

Saturday, 19:57 hrs. Logout



NOTA EN LA PUERTA, DESAFINADA

La puerta no tiene seguro. Si tuviera fuerza, abriría la ventana.

Aviso clavado al ventrículo izquierdo: *Señora, al salir tenga la amabilidad de cerrar la herida.* Es cierto, a Sinforiano no le importan mucho la casa donde él nació. La mesa sin sillas se halla tan sucia, que pienso dos veces el dejar las llaves en la cocina. Hay un sitio con migajas de sueños, pero aquí quedan latas arrugadas de todo tipo de bebida y colillas de cigarros. En el único plato dispuesto, alguna especie de vómito que con el barómetro que se eleva lentamente y el tiempo consiguió cristalizarse en una costra marrón. Cuentas atrasadas y correo sin destinatario preciso. A veces me pregunto donde ha quedado el sur. Si acaso alguien sabe, insinuará que la tristeza de un gato es lo mejor de la creación. Sin embargo, escuchas canturrear a la criada por el patio. Al entrar en mí esta tonada, mi organismo produjo anticuerpos.

El ritmo del mar emana de la cumbia. Sinforiano convierte el soplo elemental a su corneta en buque naval. Toca las notas de *Reveille*. Gracioso. Ciertamente, alrededor de una persona que escribe música, siempre debe haber una separación

de los demás. Es una soledad. Es la soledad del compositor, la de toda risa con tu cárcel y tu llave rota. Pilas de ropa sucia junto a su cama. Trato de adivinar el olor que me molesta y culpo a los zapatos bajo las flores de un adjetivo cualquiera. Vivir con Sinforiano es como la preferencia a tener mascotas. Uno nunca puede ocultar el olor.

El escenario del baño no es mejor. El rastro de Sinforiano por todos lados, indicio último de una dicha falsa: toallas sobre agua estancada, el tubo del Colgate sin tapa, el cepillo de dientes en su célebre dulce goteo. Esto me recuerda no volver a aceptar un beso suyo. En el momento de apuro, me obligo a levantar la tapa del retrete con el pie como lo hago en los sanitarios de las gasolineras, la diferencia es que estos últimos están más limpios. No hay la cantidad de pelo que aquí se halla. El malestar es tan patético como ver cambiar palmeras por pozos petroleros.

-Siento llegar tarde, hermano – inicio la conversación al momento que tengo la cara gorda de Sinforiano frente a mí. Aunque ciertamente lo que hubiera preferido decir es: “Hermano, ¿Podrías cubrirte esos calzones, a menos que

quieras que te los quite en este instante y te meta esa corneta en el culo?”

-Ya nada sé de ti, aunque tampoco ignoro nada, hermano –responde.

-¿Estás componiendo música?

-Necesito cigarros para continuar, ¿Podrías ir a comprarme unos?

Claro que sí. Los profesores en la escuela nos distinguieron siempre uno del otro, aún antes de convertirse en celebridad musical. Él era uno de esos chicos que cruza el patio sin prisas, esperando lo alcancen las chicas recién nacidas. El negro Sinforiano. El tercer trombón en la banda escolar y quizás la posición más importante después del abanderado en la escolta de los alumnos. Sinforiano es todo el hermano que podría tener. El mejor amigo para contar chistes, ir a la playa y vernos pasear sin camisa, pero ahora él está gordo y calvo, con los músculos pectorales necesitados de un *brassiere*. Sinforiano supone que todavía impresiona con su tatuaje de león rampante en el hombro, no advierte que el león se ha comido todos los caminos.

Por ejemplo, el chiste que le consiguió ser despedido de la llantera Fuster, fue el del león que copula con una cebra en medio de la sabana. Este felino que jala las crines del animal sometido, da cuenta que la señora león viene bajando de la montaña para atraparlo *in frangati*. Pensando rápidamente, el león se inclina y le susurra a la cebra en la oreja: “¡Rápido, actúa como si te estuviera cazando!”

-Acoso sexual, ¿Puedes creerlo, hermano? Era un simple chiste...

-Caray, diez años de un trabajo estable y la prima de antigüedad se fueron al cuerno, pero si te hace sentir mejor, es un buen chiste.

-La hija del dueño tenía muy buena nalga, pero verla inclinarse a calibrar las llantas con las altas zapatillas de tacón, era más que erótico.

El sentido común te convierte en risa delatora. Sin embargo, el permiso para interrumpir la veda a los cazadores, te impide reír con el chiste del pianista haciendo un intermedio en el centro nocturno. Una chica despampanante se acerca con su copa y le dice: “Vi tu actuación en medio de la orquesta y quiero decirte que eres el mejor músico que haya conocido.

Tengo ganas de llevarte a mi casa para darte el más apasionado, el más pervertido, el más prolongado sexo de tu vida”. El pianista contesta: “¿Se refiere al primer show o al segundo?”.

Sinforiano retoma el segundo show.

Un productor lo mira actuar en *Las Brisas del Mar*, un viernes por la noche. Decide llevarlo a RCA Víctor de México.

-Hermano, esto es un golpe de suerte –él baja la corneta, estrechando mi mano –He aquí alguien que nos va hacer ganar mucho dinero con ritmo de tam-tam...

Sinforiano decide empezar un disco. Nadie cree que consiga una canción antes del primer mes, así que cuelgan de su cuello un calendario grande. Sinforiano explica su idea, las notas solas de un *Blues* para permitirme especular ¿Cuándo va a durar el sueño? ¿Cómo me zafo de esta locura compartida? Cosas por el estilo.

-¿Qué hay para mí?

-No chingues, eres el hermano que juega canicas con el secreto de mi vida, y ¿supones que no voy a darte un porcentaje o una iguala?

Inmediatamente hice mis matemáticas mentales. Veamos, dos veces dos, entres dos, por dos entre un millón de

copias...¡Madre mía, cuánto dinero! Cualquiera con esa cantidad hasta se compra la luna. Ahora que se hubo discutido seriamente el abrir y cerrar de la caja registradora, viene el análisis *schenkeriano*: Las canciones.

-¿Y las canciones?

-Te diré algo, en palabras de Stravinsky: el buen compositor no toma prestado, roba.

Lo apunto con el dedo índice y guiño el ojo. Saludo a la concurrencia con mi vaso extendido y repito mi brindis como estribillo.

-¡Miles Davis, pinche *fagot*, dale paso a mi pariente! ¡Salud, hermano!

No vi motivos para una boleta de prenda al momento, excepto por el reclamo que él tenía mi futuro financiero en su gordas manos con seis dedos. Es toda la acusmacia que podría soportar a corto plazo.

Al final de la primera semana, se escribe la primera canción. La canción coincide con la nueva fijación de Sinforiano por desarmar el instrumento pieza por pieza y mirarlo descompuesto: boquilla, pabellón, tubería, pistones,

moléculas de aire. Yo pude haber cambiado la trompeta por una harmónica, pero él rompió el juguete contra la pared, gritando algo acerca de los trovadores del siglo XII.

Durante la segunda semana, empecé a morderme las uñas. Este es un mal hábito que supuse había dejado atrás en la escuela. Mi mano izquierda se convirtió en un muñón. Esto empezó luego del anuncio público a las tres de la mañana con las notas de retirada militar, desde la azotea, que no estaba inspirado. Como si no lo supiéramos.

Durante la tercera semana, yo cuestioné a Sinforiano sobre la verdadera relación entre él y la hija de su jefe. Él hace a un lado el tapón de la sordina.

-Su cabeza tiene más aire caliente que su trasero – me contesta.,

-¿No tienes trabajo pendiente que hacer? –le indico, como un conquistador español le daba indicaciones a los indígenas en los plantíos de tabaco.

-¿Sabes qué, hermano? Chinga tu madre.

Lo miro en silencio. Por una ocasión me doy cuenta que existe amor.

A la cuarta semana, por arte de magia, las doce canciones estaban terminadas. Para entonces, Sinforiano parecía la versión diabólica de Louis Armstrong. Tirado en el sillón, me explica.

-No tengo ganas de componer más canciones, es muy agotador. Cuando me toco aquí me duele. Y aquí también. Y aquí...y aquí. ¿Qué me pasa, hermano?

-Lo que tienes es el dedo roto.

-Rayos, me será difícil alcanzar un Sí bemol.

-Yo conozco un montón de remedios herbales y técnicas de masaje. Nomas avísame

En el día del juicio final, a las siete de la mañana, yo tenía todas las partituras perfectamente engargoladas y notariadas. A las once de la mañana, hacíamos antesala en las oficinas de RCA Víctor, después de un corto vuelo comercial a ciudad de México. Doce y treinta minutos, regresábamos en el mismo auto alquilado al aeropuerto. Yo pretendí estar aturdido como Sinforiano. Sinforiano toma un largo sorbo de aire de la ventanilla abierta y entona las notas de *Taps*, mientras yo conduzco al volante.

-Tenía al mundo agarrado por los huevos... - llora en una pausa.

Quise ampliar el comentario: “Cuando tengas al mundo por los huevos...no se te ocurra exprimirlos”, pero no dije nada. Al contrario, abrí el lado de su puerta con el coche andando y lo empuje de una patada.

Sinforiano rebotó cuatro veces en el pavimento, terminando desmayado con una seria contusión en la cabeza. Al mismo tiempo, la mentada corneta se contonea como un animal herido a otros cuatro rebotes de distancia. No me pregunten por qué no le pasé el auto encima. No tengo explicación. Quizás quisieran repetirle la pregunta a BMG Music Publishing Ltd. Cortesía de RCA Records.

Mientras desviaba mi ruta hacia el hospital de La Raza, le explico a Sinforiano que se desmayó a mitad de un concierto de *Jazz* en Bellas Artes. Aunque en su amnesia me lo creyó, lo cierto es que nunca volvió a mirarme con la misma confianza después.

Al menos no volvió a tocar *Tijuana Taxi* otra vez.

PLAN DE PÁJAROS

Una pluma de cuervo contiene los tres últimos capítulos en la historia de toda persona. Si ponemos empeño a todas las letras como números, uno puede distinguir lo que miraban en vaticinio los sacerdotes auríspices, en Roma. Un plan de pájaros contraído al vuelo de la moneda en el aire. Nadie se preocupa por lo sucedido a los bellos símbolos de la feria mundial de 1939, en Nueva York. La *Perísfera* y el *Trilón*, famosos monumentos del mundo del mañana, precisamente el hoy electrodoméstico. El acero del globo *ars* y el obelisco ahora son parte del edificio que sirvió al *Freeport Sulphur Company* de Nicaro, en Cuba. Anterior al pronóstico reservado que Castro lo nacionalizara. Veo una virtual guerra fría como la cremallera, pero una palabra suya, revolución, bastará para sanarte. Hasta 1945, la planta produjo sales de níquel, un componente esencial para dar resistencia contra la corrosión en motores de aviación y aeronáutica. Mi cuento favorito sobre los parques siderales pertenece a Oscar Wilde.

-¿Cuál es tu nombre? – pregunta la estatua de oro del príncipe feliz, tan hermoso como el gallo de una veleta.



-“*Early Bird*”- responde la golondrina sin las suficientes fuerzas para volar, por culpa de la helada.

Demasiado empeño.

En Tebas fueron raptadas dos sacerdotisas por los fenicios. A una, la mandaron a Libia, donde fue vendida, y la otra es tomada por la gran vía purgativa, para llegar a Dódena. Por execración de lo cuneiforme, ambas instituyeron oráculos en estos dos lugares. El oráculo de Amón, en Egipto. Y el oráculo de Zeus en Dódena. Dos palomas negras volaron sobre la ciudad de Tebas. Una se dirigió a Libia y la otra a Dódena. La paloma hermana del luto, se posó en un roble y declaró con voz humana que era necesario fundar en ese mismo lugar un oráculo a Zeus. El descubrimiento en Dódena de una moneda en buen estado, llevando en la cara este roble sagrado, rodeado por tres palomas, puede ser considerado como una confirmación arqueológica de la versión de Herodoto, respecto a la rampa de las *peleíades*. Por mi lado, Promeneia, una amiga muy querida, porque compartimos libros malditos, fue golpeada por el marido hasta morir en su apartamento en Guadalajara, Jalisco, y yo rendí los honores póstumos en su funeral. Otra amiga, Timarete, que supuse conocer como mi

mano a lo largo de treinta años, finalmente se reveló como una persona desleal e irresponsable y ahora solo puedo cruzar unas cuantas palabras con ella, guardando cien puentes de distancia. Nicandra, mi melliza favorita, prefiere trabajar con esos mustios payasos de la calle, que volver al negocio familiar de fumigaciones de mi cuñado, mientras yo me guardo el comentario que esa no es la mejor alternativa en su matrimonio. Cavidades y relieves de las arquitecturas mentales. El carro de Afrodita es tirado por una bandada de palomas, pero tú no formas parte de los pájaros migratorios, según los últimos estudios (con Freud de fondo). Lo siento.

Punto y seguido.

A razón de una serie de coincidencias, estoy invitado a prestar juramento en una sesión de Agoreros Anónimos. En la recepción, yo trato de comenzar una conversación, seguido del ritual cortés en que las personas se hacen notar unas a otras.

-Ave César, Ave María.

Rápidamente hago mi chiste, al tiempo que estoy señalando con el dedo sendos gafetes, donde se indican los nombres de César y María, sin apellidos, de las personas que

integran mi grupo, e inadvertidamente incurro en el lado equivocado del protocolo.

-César Barcelata y mi esposa –reacciona el fulano, extendiéndome su mano.

Por su parte, María devuelve el mismo gesto.

Curioso, el saludo de mano femenino siempre me dado la apariencia que busca transmitir su nefasto *juju* a cualquier incauto que atrapa.

Algunos saludos son rígidos como una palanca, otros son flácidos como un pescado fresco. Los peores son aquellos que ofrecen el dorso de la mano, en un ajuste quiropráctico que solo permite el agarre sobre las puntas de los dedos, cobrando un aire de realeza. Yo digo, si no eres una princesa, en el sentido estricto de la investidura, que implica poseer tu propio reino, o país, no saludes de esa forma.

En la Tlacotalpan de mis abuelos, a las mujeres de latón se les admiraba al desnudo, en tanto a las de carne y hueso se les fajaba, alambraba y acojinaba como el mobiliario local. Considerando los pocos espacios donde mujeres buscan emular a los hombres, yo pude esperar un fuerte apretón, hasta romper los huesos y dejar los dedos inutilizados. Antes de ello, los

primeros registros del saludo de mano datan del año 50 de nuestra era. Los códigos muestran a fieros gladiadores, enfrentados cara a cara y tomándose los antebrazos por la diestra, en un gesto de amor fraternal, pero ¿Dónde queda la mano izquierda? Directamente sobre los testículos. Perdonando este simple detalle, los perros se huelen el culo. Los mandriles se arrojan mierda a la cara. Los dioses levantan la mano para que sus ojos no los quemen y estallen en llamas por la tremenda luz.

Percibo tensión en el aire.

Cesar Barcelata abre paso a la mesa del buffet. Al regreso, miras la palma de su mano y un platillo con postre reposa sobre ella. Esa revelación llegará a ti, otro día.

-Señora, realmente se lució con este pastel. Dudo que me quiera pasar la receta, ¿verdad?

-Ella no hizo el pastel, lo compró – el esposo explica, secamente.

-Debo admitir que muchos hombres no sabríamos donde comprar un pastel tan delicioso

-Típico – contesta la mujer.

-Mmmm, yo podría comer otras dos rebanadas y no ganar peso.

-¿No te cansas de platicar pendejadas? –la mujer me reprende. Además, agrega –Vamos, contesta rápido, ¿Sí o no?

Una pluma de cuervo contiene los tres últimos capítulos en la historia de toda persona Mi respuesta es *nevermore*.

-Bueno, sé imitar a los pájaros

-Eso está muy bien para una fiesta infantil. O una feria.

En Agoreros Anónimos no nos sirve de nada.

-Entiendo

Ni siquiera me molesto en recoger mi pluma fuente de sus manos. Simplemente, alzo el vuelo y me marchó.

CUERPO EXTRAÑO

Manejando de regreso a casa en Año Nuevo, luego de haber quemado las fallas en el último día de 2005 y dentro del templo de Cassandra Roberts, donde finalmente conocí en persona a mi futura esposa, Kim. Nada cansado aún. La radio toca *Disco Inferno*, de 50 Cent. Quiero apurar mi tránsito a las 2 a.m.

Pensando

No, elucidando. (*El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, p. 1473, col. 2; **Elucidar**: Del latín *elucidare*, tr. Poner claro, dar luz. De aquí, **Elucidario**: Del latín *elucidarium*, m. libro que explica cosas difíciles de entender.) Eso me hallo haciendo, elucidando.

Frecuentemente, este es modo como los realizadores de cuentos largos y novelas cortas conciben sus tramas, o mejor dicho, su discurso narrativo. La computadora del inconsciente realiza un banco de datos donde el personal del siguiente departamento de pensamientos dispersos hace los vínculos, las referencias cruzadas, los puntos de similitud. Cuando surge algo interesante, lo remiten con los custodios astucia e intuición



a la zona restringida del neocortex, donde se compone la historia.

Los elementos en esta ocasión son el memorial del olvido.

2005 se ha ido. Es nuevo año 2006. Otro año bajo el peso del invierno.

Otro año cumplido. Juan Pablo II se ha ido muy temprano dentro del hueco del año que finalizó. Lo extraño. Juan Pablo II, cuyo nombre de nacimiento era Karol Józef Wojtyła, literalmente el “Papa viajero”, quién, veinticuatro años antes, ya había sometido a la muerte, cuando sobrevivió el atentado a manos del terrorista turco Mehmet Ali Ağca, justo entrando a la Plaza de San Pedro a bordo de un carro descubierto, para saludar a sus feligreses. El tercer secreto de Fátima malogrado, disecado. En mi caso, ¿Podría saber de antemano el día de mi muerte, con semejante goce?

¿Llegaré a resumir todas historias que soy capaz de escribir?

¿Acabará repentinamente hecho papilla por una Ram Charger en el siguiente semáforo, mis famosas últimas palabras convertidas en dos reglones del reporte forense?

¿Cuándo moriré y cómo?

Año Nuevo es una buena fecha para hacer promesas. Por lo tanto, esta carta.

Elucidando el día que habré de morir. El tema es la mortalidad.

Yo habré de fallecer en 2008. He aquí como sucedió mi muerte.

Yo volé a Nueva York para celebrar la convención de Poesía llamada Nuyorican, como el invitado de honor. Para amortizar los costos de viaje, yo acepté atender varias sesiones de firma de autógrafos en las áreas circunvecinas. A tal efecto, llegué a Manhattan dos semanas previas a la convención. Yo regresaba de Tower Records en Times Square y me alojaba con mi amigo Max Katz, el miembro más radical de la diáspora puertorriqueña, en su Penthouse con la letra G, sobre la East 65th Street. Max y Madison salieron de compras cuando tomé mi taxi, luego vi su nota en la puerta diciendo: *“We went shopping and dinner somewhere at Restaurant Row in West 46th Street and Ninth. If you get in by nine, join us. Love, M&M”*.

Yo miré mi reloj. Las 9: 25 apenas. Margen suficiente para encontrarlos y saborear a sus costas un delicioso Key West lime pie. Tomé el elevador de regreso. La calle provocaba un bostezo con la brisa de abril. Poco a poco, empecé a caminar a alcanzar la Avenida Primera, cuidando de no pisar las cacas de perros.

Dos jovenzuelos con chamarra tipo militar venían a mi encuentro. Instintivamente sentí el peligro. Me encontraba en Nueva York y no podía pasar por alto la anécdota de Madison Katz, cuando le fue arrebatado el bolso a plena luz del día y frente a los aparadores de Bloomingdale's, en tanto los peatones nada pudieron hacer al respecto. Nueva York no había cambiado ni siquiera con el gobierno de Giuliani.

Los dos sospechosos se fueron separando a modo que yo siguiera mi camino por en medio de ellos. Yo sabía que venía después. El primero me tomó por el cuello y el segundo me empujó con su cuerpo contra la pared de ladrillos del edificio de Max. Ambos ladrones tenían navajas.

-*Gimme your wallet!* –gritó el rapaz que daba la cara. La cara dañada de acné.

Yo recordé una estrategia para confundir a un asaltante. Yo empecé a hablar de forma ininteligible en lo que debiera parecer una lengua iraquí, manoteando como si portara un corsé con explosivos encima de mí.

-*¡Your Money, motherfucker or I'll shove you Borat thing up your ass!*

Yo perdí el conocimiento, sin haber imaginado que estos malvivientes fueran espectadores del Show de Ali G.

Los vecinos del edificio se asomaron a la ventana, pero ninguno superó el llamado *Síndrome Genovese*. Aquí, para hacer la suma de secretos en una sola operación, la sensacional noticia de 1964, se refería al asesinato de Kitty Genovese en las puertas de su domicilio, apuñalada por un atacante solitario delante de 38 testigos y nadie hizo un esfuerzo por socorrerla o llamar a la policía.

Levantado la tolvanera de los años, los ladrones salieron corriendo con rumbo desconocido. Yo di dos pasos y sentí el dolor. Intenté llevarme las manos al estómago. El dolor fue mayor, la hemorragia. Todo cambió al blanco y caí de rodillas.

Max y Madison regresaron de la calle y nunca se dieron cuenta que yo yacía afuera de su propio edificio, tieso como un

figurín de George Segal. Madison lloró un poco más. Los Nuyoricans guardaron un minuto de silencio y mi reemplazo, Sacha Noam Baron Cohen, alias *Brüno*, me dedicó una bellas palabras de despedida, mejores de las que me pudiera merecer.

Yo morí el 19 de Abril de 2008.

No, yo habré de fallecer en 2012. He aquí como sucedió mi muerte.

Yo era residente de San Nicolás de los Garza, en Monterrey. Idiota y bello, ya padecía una fuerte gripa desde varios días atrás. Nuevamente vivía solo. En esas fechas yo me dedicaba con sumo empeño a escribir mi reciente colección de cuentos: *Gigabyto de memoria*. El trabajo que finalmente ubicaría mi nombre en el librero de los grandes autores. Esta vez me llevó diez años juntarlos. No dormía. No comía a mis horas, no mejor que mis cucarachas. Finalmente, desarrollé una neumonía en esas condiciones.

La muerte fue fulminante. El libro no fue terminado. Las pocas historias y los viejos cuadernos publicados fueron rescatados por Guillermo Samperio y leídos como una

curiosidad durante tres años. Los seis grados de separación con mi vida privada pronto pasaron de moda.

La autoridad que dio fe del macabro hallazgo no pudo comprender el significado que alude el *Escritor Fantasma* en la jerga editorial.

Yo morí el 2 de Octubre del 2012. O

Yo morí en 2015, a manos de un extremista derecha que me encontró en el exilio, porque publiqué una serie importantes de panfletos defensores de la política Yunes. Afirmaba que los perredistas habían prolongado la Guerra de Secesión Mexicana con un único objetivo: sus propios intereses. Realicé además un cálculo acerca de los costes de esta tercera guerra patriota. Todo en vano.

Yo morí en 2017, cuando mi avión se estrelló en Toronto, Canadá. Yo volaba a mi encuentro con Christopher Nolan. Ambos habíamos hecho planes para realizar un primer tratamiento al guión de su siguiente película. Una turbina explotó en el aire, luego no supe que me golpeó. Mi sexta esposa no se esperó a cobrar el seguro de vida.

Yo morí en 2020, en la peor inversión térmica que el hemisferio norte haya sufrido. Yo morí por hipotermia dentro de mi destartalada camioneta, luego que se me acabó el combustible en mi ruta a Cholula, Puebla. No faltó el cretino que sugirió que viendo mi estado de congelamiento, bien podrían poner mi cuerpo bajo conservación criogénica para el futuro. Afortunadamente, no fue escuchado.

Yo morí en 2024, de un repentino ataque al corazón. Yo me hallaba leyendo los obituarios de los amigos y conocidos en la casa de retiro, cuando lo presentí en mi brazo izquierdo y sólo tuve unos segundos para darme cuenta que moría igual que mi padre. La única diferencia era que el pobre nunca se consiguió una estampilla conmemorativa.

Yo morí en 2027, por intoxicación en un restaurant en Guangzhou. Las autoridades locales esperaron tres semanas para embarcar mi cadáver de vuelta a México. La solución más simple hubiera sido destazar me y preparar un delicioso *Chop Suey* con mis restos. Hay personas que no tienen imaginación.

Yo morí en 2031, a mi regreso de Estocolmo. Yo morí tranquilamente mientras dormía, en algún punto del Mar Báltico. Yo morí con una sonrisa en la boca, abrazando contra

el pecho mi premio de Literatura cual osito de peluche. En el mismo novenario, la catedral de Nuestra Señora de Chartres, en Francia, quiso obsequiarme un servicio brillante en tres idiomas.

Yo morí en 2044, a muy avanzada edad. Primeramente, quedo sordo. Los siguientes cumpleaños voy perdiendo poco y de manera irremediable mis facultades mentales, pero no los nietos y admiradores que se reúnen para festejarme con pastel y leer en voz alta mi obra. No me importa irme sin despedirme. En realidad, ya estoy muy cansado.

Oye tú, este es un cuento especulativo y no una visión profética. No obstante, el escrito se equivoca desde el primer postulado con ese sonido de campana rota, por lo que el autor asume que vivirá por siempre. Condena de Casandra. Esta reflexión no es del agrado de sus beneficiarios testamentarios y los muchos enemigos.



INFANCIA DE OTROS JUEGOS NOCTURNOS

a) MANZANA DE LA DISCORDIA

Esencialmente la manzana que golpeó en la cabeza a Isaac Newton, pero pocas personas saben que la primera computadora Apple II fue vendida en \$ 841.25 dólares por referencia a la misma marcación del teléfono de Steve Wozniak y que utilizaba en su *garage* donde instaló un taller para fabricar tableros de circuitos. El prototipo de Wozniak llamó la atención de Steven Jobs y Bill Gates que vieron en el tosco ordenador recién ensamblado la idea de popularizar el oráculo de los griegos. Jobs y Gates son los responsables de cambiar el modo que el mundo piensa, actúa y se comunica. Ambos se convirtieron en el *poltergeist* de la era de la información. Los mismos duendes que se dice se manifiestan moviendo los objetos inanimados y se les imputa el derrumbe en el olvido de muchos Bombarderos B-17 y varios Stuka alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Los negocios son incendio son la guerra son la manzana. Hoy difícilmente alguien recuerda a Steve Wozniak.

Bill: ¿Qué diablos es eso? ¿Una tostadora?

Woz: La primera computadora del mundo al tamaño de un escritorio.

Bill: Sí, claro, y el caballero más importante de la mesa redonda fue Sir Cunferencia.

Steve: ¿Puede hablar?

Woz: Sí, telepáticamente. Especialmente si buscas adivinar quién toca a la puerta.

Bill: Que estúpido, mejor necesitas ventanas.

Steve: ¿Es masculino o femenino?

Woz: Es ambos y ninguno a la vez. Si fuera mujer, explicaría porque los pequeños errores recaen en la memoria. Je, je.

Steve: ¿Tienes algún nombre pensado?

Woz (*con sumo orgullo*): Apple, en honor a Newton

Bill: *Kiss my floppy...*

Woz: Puuf, ustedes los programadores no aprecian las bromas que vinculan a los gusanos con las tiendas de jardinería...

b) TAREA: CONJETURA DEBIL

DE KEYSY BAKER FIELDS

¿Cuál es el chiste más corto entre los matemáticos?

Designa a Epsilon las cantidades menores que cero y, tras recibir una invitación a la fiesta de los matemáticos, me percaté que el cartero cruza la banda Möebius. ¿Por qué razón? Quizás para volver al mismo lado. Mientras tanto, Augustin Louis Cauchy confirma su asistencia para demostrar la permutación de grupos. Paul Erdős exige: ¿Las epsilon se hallan invitadas también? Por su parte, John Forbes Nash insistió en jugar el pasatiempo de suma cero de la n-persona. Fermat se mantiene al margen, pero no cabe en el lugar. Zeno de Elea avisó que llegaría con dos amigos, Aquiles y la tortuga. Bertrand Russell se preguntaba: Si el cocinero cocina exclusivamente para los invitados, ¿Quién cocina para el cocinero? Lejos, Andrey Markov gusta de bailar en cadenas, pero Alan Turing no puede decidir cuando ha acabado. Georg Cantor no pierde la oportunidad de decir a Hipatia de Alejandría: *Madam, ¿Es usted una función derivada? ¡Porque quisiera trabajar los senos a sus curvas!* A lo que ella responde: *Buen hombre, existen personas que entienden el sistema binario y otros que sólo quieren acostarse.* Finalmente, Kurt Gödel insistió que la invitación es incompleta y que nunca lo será. Tiene razón, los matemáticos están formados de 50 por ciento de fórmulas, de

50 por ciento de comprobaciones y de 50 por ciento de imaginación.

c) LA PRESENCIA DEL MAESTRO

“Jóvenes, en esta clase analizaremos las células del epitelio intestinal que se descaman en el proceso de absorción de nutrientes, también los microorganismos, y otras sustancias que no logran atravesar el epitelio intestinal” -Dice el profesor Krumpelmayer, conquistando la celebridad ante los alumnos de biología básica- “Por tal motivo, traigo conmigo una muestra de heces de adulto”.

Al momento, el profesor cuidadosamente abre la envoltura de aluminio y en el interior halla un fresco sándwich preparado de jamón. El aparato microscopio gana la refutación al escéptico, que simplemente alcanza a rascarse la cabeza.

“Curioso, tenía la completa seguridad de haber comido mi almuerzo antes de venir acá”

LA SIMETRIA DEL ATLAS

Los exploradores llegan adónde su dedo viajero en el mapa jamás se ha acercado antes, declaran conquistada la esquina del mundo. El capitán Monsreal se siente en plenitud. Ya van tres días de prolongación en línea recta, de gozo cenital, dando gritos mediante una lengua anterior a la aparición del hombre. Decía que su actitud estaba justificada por la de Kazimierz Nowak, tremendo aventurero de la *Royal Geographical Society* y gran jugador de trompo, que no dejó escapar intacta a ninguna de las muchas puertas que se puede llegar al paraíso terrenal y que hizo exclamar tres vivas a *Glasbar*, otrora leal San Bernardo, tras su muerte.

-Después de salir de la melancolía, todo es el hermoso paisaje de una excursión en pos del triunfante mediodía – el capitán se dirige a Chimal, el primer *porteur*, poniendo la telepatía en uso. El subordinado duerme de pie, soñando ser un árbol, rodeado en hojarasca de oro.

-No, *bwana*, aún no. A partir de la entrada de mi tienda de campaña resulta menester dar un pestañeo a los zancos de tu ronda de guardia, los cuales me parecen dos avutardas con la



encomienda de apagar la pequeña fogata en la memoria y establecer nuestro perímetro, ahora que gran parte de de la expedición ha muerto. Más allá de eso, lo único que puedo ver es una ringlera de montañas.

-¿Qué se sentirá andar allá lejos, atrás de esas montañas?

-No sé

-Chimal, nuestras provisiones son un paquete de Delicados y un sorbo de tequila. Si nos sorprende la noche, solucionamos el problema del calor con un propio abrazo solitario.

-No sé

-Vamos, el peligro puede ser divertido. Quizás adivinar la treta del diablo antes de que nos pierda.

-No sé

-No sabes gran cosa de lo que se te pregunta, ¿verdad?

-Yo no estoy perdido, bwana. Ante las coordenadas de silencio, el punto de encuentro es cuestión de armar una fiesta campestre y ya.

Los exploradores empacan las cascadas de la luna y marchan con pasos lentos de tango. Cual piedra tropezada,

queda un corazón al que le sobrevuelan todas las moscas del mundo.



TOMO LA PALABRA

El momento que proferí mi primera palabra, que retumbó bajo un eco de “mamá”, supe que hablar era todo lo que deseaba hacer en cantidad mayor a la sonrisa, a pesar del considerable desanimo de mis familiares. Ellos suponían que, al abrir la boca, debía referirme a algo concreto e inmediato, como la lamida de un perro. No obstante, la capacidad analítica y la sutil intuición para considerar acontecimientos y describirlos con enorme descaro, contribuyeron a ubicarme como un niño malcriado, caprichoso y con dientes chuecos hasta los trece años. Posterior a la fase de pubertad, soy reducido a permanecer en casa por prescripción del neurólogo y el psiquiatra. Al caso, mi edad es de catorce años con su *vitae beatorum* medicado. Mi voz no se calla, aunque uno de los parpados ya no acata órdenes. Por mi parte, lo que yo escuchaba, lo que no podía evitar escuchar, era la sordera de los demás a su propio idioma: les oía no oírse. Ciertamente, mis proposiciones son iluminadoras cuando, quien me entiende, las reconoce como simples pendejadas. No obstante, gracias a ellas, mi escucha ha subido por encima de ellas. Por decirlo así,

le pido al pintor que se agarre de la brocha, mientras tomo prestada su escalera. De lo que no se puede hablar, hay que callar. Aquí y ahora, respondiendo a la demanda de una retrospectiva, he seleccionado mis mejores y célebres conversaciones. Al llevar a cabo la selección, tuve que excluir numerosos pequeños trabajos, tales como Kaffeklatsch, telegramas cantados, mantras, pujidos, insinuaciones, presuntuosos insultos, quejas, clichés, malos chistes y saludos. Esto es lamentable, siendo que los judíos pagan en prórrogas de plazos. No obstante, mi obra considera tres periodos: Los diálogos tempranos, los conjuros de encantamiento y el período de morado, sin llegar a tardío. Un ejemplo clásico, registrado el 19 de octubre de 1991, durante la reunión con viejos amigos en conocido Bar de los Portales. El dueño pasa su mano restaurada sobre mi hombro, al verme llegar: “¿Donde chingados estuviste escondido todo este tiempo: en un monasterio de cartujos o compraste una isla privada?”. No respondo. No quiero revelar al grupo mi halo en pertenencia exquisita con la luz inteligible de los *Toastmasters*, lo que se echaría a perder el elemento sorpresa durante el clímax de la rondas de cervezas. Nota para los principiantes, las iniciales GF se refieren a mí.

GF: Ah, cerveza Modelo, pero ¿esa botella de Grand Marnier?

RT: La pedí por mi esposa

GF: ¡Órale, que ganga!

TP: (Frotándose las manos, tras breve aplauso) Bueno, les cuento un chiste: Dos panqués se hallan en el horno y uno le dice al otro: “¡Diablos, qué calor hace aquí!”. A lo que el segundo panqué voltea y exclama: “¡Increíble, un panqué que habla!”.

MM: (escupe el trago) Gracias por arruinar mi Corona

GF: Podemos hablar de otra cosa

MM: No

TP: (Ahogado en su propia risa) Coño, por un momento pensé estar llorando, pero recordé que mi celular disimula un aerosol de gas pimienta

RT. ¿Alguien ha visto a Chope? Me cuentan que lo vieron con la cabeza rasurada y vendiendo incienso...

MM: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, llegue a nosotros tu reino y sólo por una vez, permíteme pegarle a la lotería.

GF: (interrumpiendo) ¿Nadie quiere oír lo que tengo que decir?

Todos: No

GF: Bueno, olvídenlo. He decidido no decirles nada

Lo siguiente es un disparo a quemarropa. En un plano teórico, más y más y más destinado a las lecciones, ocurre este deterioro de la dialéctica y yo mensuro las posibilidades de gritar, hablar entre dientes, susurrar y cambiar el timbre de la voz a mitad del flujo de palabras, como mi tía Irma lo consigue en cada ocasión que conversa sin ser despertada. Ni que decir de los efectos visuales, tales como voltear los ojos hacia atrás, tamborilear con los dedos, morder y hacer muecas inapropiadas. Si tengo que poseer la oreja desorientada por lo que toca a los cuatro puntos cardinales, descubro que la técnica de arrinconar al parlante me permite extender la solitaria compraventa de mi lengua más allá de un fugaz saludo. Los estudiosos de mi trabajo minimizan la improvisación que acomete un impulso eléctrico que parte del corazón ante una indicación de vaguedad ornamental, sustentado en un conjunto de contrapesos culturales y la influencia de connotadas figuras, apasionados maestros, nombres importantes que hacen tan

peregrinas las tarjetas de crédito. No respetan el afán de reconocimiento y se jactan de verme sobrecogido por los fantasmas resinosos: la pintura de Tamayo, la filosofía de Rius, la arquitectura de Barragán, la filmografía de Gavaldón y la poesía de Paz. Sin embargo, yo los tomo como intrusiones irresponsables al asunto discutido, no menos desautorizados que una mala palabra. Asimismo, yo me hallo abierto a los experimentos. Las ideas desarrolladas en 2002, cuando no quedan asuntos pendientes sobre dimes y diretes, culminan en una extraordinaria conversación telefónica sostenida con mi ex-mujer.

Valeria: (al teléfono) ¿Bueno?

GF: (silencio)

Valeria: ¿Bueno, bueno? ¿Quién habla?

GF: (un larguísimo silencio, la respiración contenida)

En este punto de la conversación, Valeria cuelga la llamada con violencia y estrépito. La experiencia me lleva a hacer preguntas sobre otra calidad de perorata como catedrático, como orador y, ocasionalmente, presentador de quinceañeras y nuevos escritores. Poco a poco, yo me vuelvo interesado en la idea de substituir a las muchedumbres por

objetos inanimados. La última pared defensiva tiene el notable rasgo de anular el malentendido, precisamente cuando paso a sostener conversaciones de carro a carro (“Toma tu carril, estúpido”), dentro de restaurantes (“La cuenta, por favor”), en taquillas (“Un boleto, para la función de las 10”) y en elevadores (“Al piso doce, de prisa”). Yo me hallo ávido de nuevas formas. Hacia el declarado periodo tardío, los críticos acusan de “dominar la conversación”, de “no tener oídos más que para mi propia voz”, de “Pinche ególatra, testarudo fajado por Narciso”. La más molesta acusación envuelve a las estatuas y su espíritu mudo. Finalmente, me preguntas si hay un tema recurrente en mi trabajo. Bueno, el diálogo # 87, superficialmente, trata sobre una plática de sobremesa con Juan Carlos I, cuando realmente no era invitado. Posteriormente, en el diálogo # 157, Juan Carlos remarca que el mismo chiste ya lo había contado antes, me manda a callar. Por lo consiguiente, sí, es verdad, existen temas recurrentes en mi obra. Aunque, regresando a la pregunta de origen, tú deseas saber si mi sentido de conversación implica un intercambio de comunicación. No, no lo creo. Yo no creo en el arte por comité. ¿Vida y arte? No, tampoco existe una separación. Todo se hace

parte de mi conversación, desde mi reciente viaje a Singapur y Tailandia hasta mi poema publicado en Letras Libres, la cena de anoche con pozole, los efectos de mi digestión, mi aprobación de tal o cual película, todo. ¿Qué es lo más importante que haya dicho a la fecha? Imposible de responder. Al igual que todos los lacónicos, yo vivo enamorado de lo que digo al momento.



TE DEUM

Si Dios existe, debe tratarse de una infusión de plantas exóticas.

El hombre realmente está loco. No puede crear un buen té, pero puede crear dioses por docenas. Yo creo en un Dios personal, muy parecido a mí, solo que con mejor dentadura y gustoso de saludar con un fuerte apretón de mano. Mi Dios es obediente y me asiste cuando lo llamo. No obstante las muchas veces, resulta incomodo oírle decir “tock, tock” cuando me toma perplejo, antes de entrar a mi recámara, y “beep, beep” cuando me hallo estorbando su camino. Mi Dios carece de indecisiones y te guiña el ojo para hacerte sentir confiado de lo que hace. No obstante, una revisión a la increíble redundancia del diluvio, te hacer pensar esto dos veces. Yo imagino que Él también reza cuando se halla en problemas, lo que resulta en una complicación teológica para su misma iglesia. Mi Dios puede crear una roca tan enorme que ni siquiera él es capaz de levantarla, simplemente porque no se le pega comprobar nada a los mirones y le alza los hombros al desencanto general, posición que la roca comparte por su cuenta. Mi Dios es solo dios, nada más. En la escuela aprendí que Edison inventó la luz.

En el catecismo se me enseña que Dios frunció el ceño y exclamó: Hágase la luz. Yo lo consuelo, diciéndole que el primero le robó la idea. Algunos feligreses se cuestionan si, realmente ¿Dios es invisible o se trata de un truco? Yo digo que, en realidad se trata de una persona difícil de ver, del mismo modo que es difícil encontrar una rosa naranja, una mariposa con el diseño de una svastika o la estatua de un santo con una erección. Mi Dios gusta de disfrazarse, escondido detrás de los mandamientos secos, para seguir las deliberaciones de las materias doctrinales a partir de la gracia operante de los concilios ecuménicos. Debido al gran cisma de Oriente y Occidente, la luna puede girar con ponerle un dedo, pero el niño le pregunta al padre:

-Papi, ¿Dios es hombre o es mujer?

-Ambos. Dios es ambos, aunque no lo podamos entender.

-Papi, ¿Dios es blanco o es negro?

-Ambos. Dios es ambos, aunque no lo podamos entender.

-Papi, ¿Dios nos ama mucho?

-Dios ama al mundo, especialmente a todos los niños como tú

-Ya sé, papá, Dios es Michael Jackson

Mi Dios es Carlos Slim, redimido para lo humano. Nada de ansias ni plagas, puesto que lo tiene todo. Curiosamente, cuando pasa fatigoso, yo lo sorprendo reclamando su cajón de estacionamiento al Dios Hijo, pero esto constituye una blasfemia similar a cuando insulta un rey a otro rey: “mañana – dice- hablaré fuertemente con el ostiario, lleva contigo la cruz”. Aquí, la fe sigue siendo una cosa extraña para quienes la profesamos. Yo creo en el bien y el mal y, para ser más preciso, creo en el bien que puede ser tomado a mal y el mal que le resulta todo bien, lo que estoy insinuando que el bien puede no obtener recompensa, la que hay que buscar en su altura inescrutable, y el mal no merecer castigo, lo que prueba nuestra torpeza genética para las matemáticas. Hay tipos que llevan años haciendo divisiones con el diablo y ni en cuenta, por lo que tú debes ser una estadística suya y descuidadamente poner el cubo de la basura dentro del refrigerador. Ahora, visto el lado positivo, tu basura se conserva más tiempo.

-¿Cuánto dura la eternidad? –pregunto a mi Dios.

-En mi marco de referencia, apenas nada. ¿Me sigues visualmente en mi explicación?

-Te escucho

-Me voy a mover un poco más cerca. A ver, ¿Cuántos dedos te muestro?

-Ese es un gesto obsceno

-En mi marco de referencia, apenas nada.

Como se indica en las escrituras, o en las pólizas de seguros, se está más tiempo muerto que vivo. Quizás la vida no es tan corta como lo parece, sino que todo lo demás es un poco duradero en comparación: las montañas y ríos, las estrellas y planetas, el PRI. Aquella gente que envía extinguidores de fuego a los funerales en lugar de los tributos florales, es un asunto distinto. Además, siendo la reencarnación otro tema de debate, me conformo con vivir los 900 años de los fulanos de la biblia. Una prueba disyuntiva lo sería reencarnar en mirón de los oficios episcopales, solo para cerciorarme que las puertas del cielo se abren en automático, pero igual dicen los budistas: *“Mientras más regresos del ciclo kármico, mas permaneces el mismo pendejo”*. Lo que si es que no desearía reencarnar como Jorge Volpi porque lo odio. Es un excremento y lo peor, Dios

olvidó mandarlo a la cola. En conclusión, la vida es un rompecabezas, donde al final siempre quedan piezas perdidas. Aun así, estamos obligados a aprender de nuestros errores, siendo que no hay necesidad de iniciar un juicio civil al respecto. Queda la regla de oro, no hagas a los demás lo que no quieras para ti, especialmente durante una orgía. Por otro lado, no sé cómo amar a mi prójimo, especialmente si siguen levantando estorbos para impedir el libre estacionamiento en la calle. La revisión de la tía Irma al concepto cristiano del prójimo, indica “no tienes que empezar necesariamente con tus vecinos”, empero me parece la libre sabiduría de los ejércitos cosacos uniéndose a Napoleón. Nosotros debemos ser generosos, excepto tratándose de los matrimonios en sociedad conyugal. Allí, ni todo el dinero ni todo el amor. Amén.

Al empezar mi escrito, se trataba de mi alma que empezaba a tener dudas sobre si la reducción era la religión ideal para mí, suponiendo que es mayor ingenuidad que esperanza figurarse que los dos hermanos que se disputan la tierra santa, se pusieran de acuerdo y admitieran que no tienen la más mínima idea de lo que los detiene en ese lugar, a menos que se trate de ser literal en cuanto a la doctrina. En ese caso, el

siguiente paso es llevarme a la cima del monte y degollarme como oblación. Puesto que algunos libros son Números, Dios es un algoritmo en el proceso de decisión. Nuevamente, la madre tiene un caramelo para comerlo o dárselo a sus hijos, en una situación en que el dulce no puede dividirse y ambos hijos lo reclaman para sí. En el caso de renunciar a una actitud egoísta, Ella ha de decidir a quién regalarlo y podría ser que se halle indiferente en dárselo al niño o la niña, pero prefiere que el mecanismo por el cual se lo lleve uno de ellos, sea echarlo a suertes, aunque la suerte es igualmente arbitraria que si tuviera que dejarlo en una disputa. Nomás por fastidiar al determinismo, la madre desea arrojar lejos el caramelo, pretendiendo no ser para nadie. Caramba, en el anuncio de un cigarrillo se hacen tan pocas pruebas, que no es cuestión de arrepentimiento el modo para obtener las nubes en el cielo. Yo me inclino ante el confesionario.

-Padre, me confieso de haber estudiado el Libro de Urantia con más fervor que la Biblia.

-Dios perdona

-Padre, me confieso de no creer que el libre albedrío, no más que la tecla de un piano y puedo probarlo con cualquiera

de los modelos aplicados en la teoría del juego. ¿Recuerda a Jonás, caído en desprestigio por una broma cruel? Caray, magnífico Midrash en la forma tradicional del “qué tal si”.

-Dios perdona, hijo. La razón por la que no encuentras compasión, en el peor caso de indigestión en una ballena, es porque no tienes sentido del humor. Dios pudo usar un submarino, de pretender ser vulgar.

-Padre, me confieso de discrepar en la hora del sermón, los puntos básicos sobre una puerta celestial que se abre en dos hojas. La mitad histórica, de goznes chirriantes tanto para sus fervientes admiradores como para quienes la temen. Y la otra mitad, imaginación, hallazgo, sorpresa, con rincones tan desocupados como las aljamas de mis ancestros sefardíes. Ay, desde que la estirpe catalana me aseguró esto, yo me preocupé mucho. A mí no me preguntaron sobre esta conversión, ¿Qué iba ser de mí? La única salida era portarme mal.

-Vamos, ignora este mueble confesionario. En realidad, es una cabina telefónica y yo me encuentro aquí porque engaño a los pecadores haciéndoles creer que hago una llamada al 066. Dios perdona

-Padre, me confieso de plagiar poemas desechados.

-Anatema

Hombre que sabe latín, el sacerdote anuncia que la penitencia será tres Padre Nuestro y cinco avemarías. Mi Dios se levanta y da tres pasos hacia atrás, tambaleándose, y viene a dar de lleno contra el templo. Simplemente se golpea en forma brutal contra el altar mayor y cae al suelo sin meter las manos, fragmentándose como si hubiera caído la pura ropa. La misericordia veló sus pupilas, pero con demasiada premura para encarar a su benefactor. Tú también lo hiciste a tu imagen y semejanza y ahora está muerto. *¡Oh...my...God!*



ESCAPES PERENTORIOS

1.

Huye del ruido igual que Gustav Mahler entraba en estados depresivos, cuando se quejaba del sonido que producían los pájaros construyendo su nido en el lado izquierdo de la composición. Flotan sus pies a despecho de *Das Lied von der Erde*, mecido de un columpio anudado al generoso y magnánimo brazo verde del roble. Por eso, la chamarra siempre me la llevo en el brazo, porque perchas así no hay, buscarlas no tiene caso. Vuela de nuevo, perfectamente autodidacta. Me ve de espaldas porque la ciudad completa recuperó la movilidad y quiere llegar a la montaña.

-Allá, señales de humo

-¿Qué dicen?

-Ayuda...mi manta...se incendia

Has caído en la trampa, el perro rabioso emerge por artes oscuras del lado del camino para darte una segunda mordida. Doble contra sencillo, el ladrido cierra su coro.

2.

Casi como si importara algo, ella estaba más delgada, más desconcertada, molesta. Por otro que viene de mollera, sus pies

nunca titubeaban en partir, salir, subir, transgredir, sentir, escribir, revivir, ludir, pedir y recibir, zurcir, perseguir a horcajadas con rabia de tacón, siempre ir.

-He perdido el rumbo- ella dice. -No queda más...

-Tonterías, por supuesto que queda más. Mira bien, se esfumó el criminal, pasó la noche. Escucha...

-Me rindo

Los ojos se entrecierran para musitar una condena: "Tú necesitas unas vacaciones".

Qué presunción la tuya.

Hay científicos que postulan que sí, que todas las cosas tienden al deterioro, a la muerte, a la pérdida de energía. A Edna le queda comprobado que poco sirve guardar un hombre dentro de la casa, si éste escapa con las mañanas en busca de otra. El equívoco es de la brújula alineada al Noroeste, nada más. Disculpando tu café favorito hoy, *quiescente orbis terraqueus*, la vuelta de Edna hacia destinos fatales es simple cuestión de sentirse complacida por desnudarse otra vez y susurrar algo, una palabra de jolgorio, una palabra de eterna portento. Una palabra por las pocas ocasiones en que Dios les concede a los mortales una montaña.

Cállese.

3.

Ahora visible en la ventanilla que decae el rostro, mientras la azafata responde a la pregunta sobre el correcto horario local en un inglés musicado, se halla Canadá. ¿Pudo un país con inmenso acarreo fluvial de troncos haber recibido mejor nombre? El nombre de Canadá deriva de la palabra primitiva "Canadá", que significa "zapatería fuera de moda". Esta es la tierra del alce, del castor, el yak y el oso pardo, pero actualmente ningún indio Oneida es capaz de arrojar una cuchara por encima del hombro, sin pegarle a tres Starbucks. "Bueno", suspira una anciana en el asiento del pasillo, "no los volveremos ver más". "Qu'est-ce que vous avez dit, madam?", contesto. "Dije que, en el momento que *l'Unifolié* cambie la sola hoja de maple por una oficial hoja de mariguana, la gente de Quebec tiene una buena razón para quemar su bandera". Sin terminar de conocer nuestros nombres, nos miramos como enemigos. Ella tiene en mente todos los detalles de un mal viaje de *Northern Lights*, al que le acercaría un fósforo por mera diversión, aunque este país no posee ejércitos ni militares. Orgullosamente, los ciudadanos preferimos dirimir las guerras

en un partido de hockey. La azafata exige enderezar los asientos y apagar los cigarrillos en preparación al aterrizaje. Mi paracaídas se abre en el ángulo habitual a un sopor, la blanca distancia a un hormiguero. Gracias por preferir *Air Canada*.

4.

Recuerda, dentro de todo torbellino de pensamientos impuros existe una nube negra. Escuchas entre sueños los mil nombres que se tienen del sexo, pero es imposible despertarte y que llueva. No es gratuito que la nube número nueve tenga toda la publicidad entre los cúmulos que compiten entre sí por cubrir a toda velocidad el cielo, guiados mayormente por el gran progreso de las ciudades flotantes imaginado por Buckminster Fuller. A propósito, si obtienes un curso para pilotear avionetas y te luces volando a la nube nueve, encima de la trivial chimenea de nuestra casa, ¿Es un orgasmo? Dame una gota para apagar la sed de la flora al nivel del monte de Venus y desposar el amor, pero la nube ocho es más barata, menos poblada y tiene mejor vista.



ROBO DE IDENTIDAD

Eran las 9:30 p.m., la noche de tedio noble a mitad de la semana.

Escucho sirenas que nadie más parece notar. La ciudad se ha acostumbrado a sobrevivir en este mundo. Las alcantarillas y los semanarios contienen a todos sus actores policiacos, en tanto que el sindicato de corruptores de conciencia queda a la zaga. El crimen es una constante antropológica que explica la puntualidad del niño asustado bajo la cama, pero sucede que me canso de tal aviso. Estoy en el estacionamiento, caminando la roja línea divisoria en la mudanza de las cosas. No conozco un atajo. Alcanzo mi coche estacionado. El reflejo que asciende del cristal de la ventanilla, hasta esos ojos que establecen contacto con los míos, precede la respiración de un extraño, parado detrás de mí. Doy la vuelta y me aparto de la manija, como diciéndole: “¿Por qué no abre usted la puerta, si busca trabajo como valet?”. El tipo me enfrenta, empujándome contra el automóvil y amagándome con una navaja.

-¡Dame tu reloj, tu celular, tu cartera!

-Me parece bien –respondo, adoptando el tono de una normal transacción comercial, celebrándose entre dos magnates. Al mismo tiempo, hago el intento de escapar, deslizándome suavemente hacia los fastuosos clubes, los petulantes bares y los burdos café que me dirigía al empezar la noche.

-Sabe, su estilo me recuerda a Chucho “El Roto”, aunque los ladrones del parque Zaragoza son los que están de moda. De hecho, hay un ladrón que te roba contra entrega de recibo y además te ofrece un diazepam después del susto. Usted y yo podemos hacer negocios en otra ocasión.

El bandido me bloquea el camino.

-¡El dinero!

-Mi dinero, sí. Al momento, señor. Solo...un...segundo... – digo y me palmeo el torso y los bolsillos, como si no tuviera una idea de a dónde la pinche billetera se hubiera ido.

El pillo mira nervioso a su alrededor, mientras hago mi faena de los dedos hurgando por el llavero. Entonces caigo en la cuenta que me enfrento a un amateur. Molesto, me digo en

mi cabeza, “este payaso de mierda no se merece mi dinero, carajos”.

Nuevo empujón.

Cuando ganan las miradas, puede que el cleptómano sonría de repente si llega a ver la luna sobre un charco, pero no dejará de tropezarse con las cañas largas de los elfos, pescando en el burladero de un piso. El futuro es un suspiro, todas las voces de una buena radio para responder a emergencias, la patrulla 032 punzándonos los ojos con sus faros. Reconfortado, le hago señas para detenerse y acuso: “Yuju, estoy siendo asaltado”. A pesar del uniforme y las armas, el conductor me voltea la cara y pasa de largo, aumentando su locuaz ronda en falsa toma de arrestos contra las azules paredes, por la vendimia del sexo. Lo sentimos, órdenes superiores.

-¿Qué vas a hacer ahora?- pregunta el truhán.

Buena pregunta. El manual de supervivencia civil recomienda: Gritar lo más afeminadamente posible, correr en círculos, vomitar. Yo elijo propinarle un buen puñetazo al estomago y escapo en mi auto a toda prisa. El maleante se doblega y cae, en medio de los aplausos del público. Este hijo de puta lamenta no haberse disfrazado de nuestro pariente más

querido, sin el antifaz o el pasamontañas. Ya prefiere entregarse a la justicia, mientras tararea “Die Moritat von Mackie Messer”.

Fin del cuento.

De vuelta a casa, completamente sano y salvo, colgué mi uniforme de superhéroe. Mi cabeza se mantiene repitiendo un mantra: “Eludí a un asaltante con las manos desnudas. Soy grande. Batman, Superman y toda la Liga de Justicia no comparten mis grandes poderes. Eludí a un asaltante con las manos desnudas. Madre mía, no vuelvo a salir de casa en mi vida”.

La mañana siguiente, se me ha muerto la mitad del cuerpo y la otra mitad llora desconsoladamente por recuperarlo. Así que llevo la hora del desayuno de medio luto, pero creo mi mitad muerta está resucitando y la otra se emociona, la abraza, le da besos que la asfixian. Aquella lucha por liberarse y grita, hasta que la mitad se da cuenta y se enfada. Ambas pelean y combaten con tenedor en mano, pero me dan a mí. Me hartó y me desquito a mordiscos con las dos. Necesito Corn Flakes, me dirijo a la tienda de conveniencia a pie. Al llegar a la fila de caja, descubro estar parado exactamente detrás de mi ladrón. Al

principio pensé, “paranoia”, pero no, se trataba justamente de la misma persona. Pinche idiota. Digo, ¿Quién asalta a la gente dentro de su propio vecindario?

El tipo se me queda viendo.

-Hola – le digo, para unificar el acto de pelele y de ventrílocuo.

-¿Te conozco de algún lugar?

-Sí, usted trató de asaltarme anoche

-Me estas confundiendo con otra persona, mano

Puf, que desencanto. Yo le estaba dando la oportunidad de disculparse y decir: “Orale, cabrón, discuuuuuulpame. Estaba pedo o algo, es más, pensé que eras el pinche Slim, que robarle un millón de pesos son cacahuates“. O, en su defecto, llegar a un acuerdo de caballeros: “Mira, valedor, ¿Por qué no pagas mi mercancía y quedamos a mano?”

Únicamente tengo 50 pesos encima de mí, pero a medida que la cajera pasa mis cosas por el lector de precios, los artículos de la canasta básica y de baja calidad se convierten en productos caros. Nuevo atraco.

-¡Esto es un asalto! ¡Todos, las manos arriba!

Mal principio, estamos en una convención de mancos.

El crimen no paga, simplemente se apodera de lo ajeno. Antes déjenme decirles esto: Tú puedes ser Dimas o puedes ser Gestas, pero no ambos. Una carta de marca, o patente de corso, normalmente, te hace un sujeto del hampa. Una carta de amor, te roba el corazón.

Por otro lado, la carta aquella del diablo, quedó sin leer, en llamas.

Éste ha sido un mensaje de Nottingham Safety al servicio de la comunidad.



LOS CONTRATOS SE FIRMAN CON SANGRE

“Permítanme mostrarle cómo hacemos las transfusiones”

La voz de la Doctora R. H. Positief es suave, invitando a los gestores de cartera del Banco de Sangre para caminar con ella, a través del pabellón Lambda. Con desobediencia parpadeante, los corredores públicos repelen inconscientemente la disposición apretada de las camas, tomando turnos. Todos prosiguen en una fila por el estrecho pasillo que ya construye el sentido de orientación, haciendo a un lado las mangueras de catéter que cuelgan al paso, hasta que llegan al centro de la sala de observación de pacientes, donde un pequeño corazón bombea la sangre arrebatada, tan rápido que el índice no puede señalar los intervalos. La Doctora R. H. Positief ofrece una entretenida e ininteligible lección de sangría, abriendo los brazos y girando en torno suyo para indicar la satisfacción de su artefacto.

-Como pueden ver, je, je, éste es el corazón de nuestra operación

-¿Cuántos donantes tiene en el ala oeste?

-La última vez que hicimos un censo, seis meses atrás, teníamos un excedente de cuarenta mil internos. Todos muertos, todos pinchados, todos siendo drenados 24 horas al día, de primavera a invierno, sin conocer la resurrección. Curp, curp, curp

El funcionario auditor repasa con la mirada la red de arterias y venas que cubren el techo, conectándose vía parenteral al entorno hospitalario. Individualmente.

-¿CURP? ¿No hay nombres? ¿Dónde queda el número de Seguro Social?

-No CURP, el documento –corrige la doctora, conteniendo un espasmo de risa –Curp, curp, curp es el ruido de las sanguijuelas succionando. El crescendo sirve para indicar que todo marcha como reloj, como metrónomo. Ping, ping, ping. Cantinela del goteo continuo, igual que tortura china.

-¿Cuántos vampiros tiene aquí?

-No tengo idea, muchos. Tantos como sanguijuelas, si me pregunta.

-Entonces ¿Por qué no se entregaron por completo? ¿Por qué quisieron conservar sus rasgos humanos? ¿Busca engañar el peritaje y avalúo con sombras?

La Doctora R.H. Positief adquiere los ojos sin destino de un cadáver. Este viento provoca que el cheque se les escape de las manos, en consecuencia las cifras se borran alrededor de su cabeza. Molesta, piensa que el otro yo ya hubiera jalado uno de los tubos capilares que penden y ahorcado con nudo de moño a los funcionarios, pero mejor opta por caminar. Aparentemente, era un tacto deseable a la gratificación sexual.

-¿Se trata de la luz? Algunos de mis internos son muy sensibles a la luz –siguió diciendo con la tristeza de un criminal arrepentido.

-¡No sea impertinente, Doctora! ¡Esa luz, real o imaginaria, ahorra a los acreedores el trabajo de acabar con usted!

-Correcto, verdaderos chupasangres. Más, ¿del cuello? ¡Qué asco! Existimos los negociadores educados, quienes únicamente tomamos sangre embotellada.

-Lo que nos retrotrae hasta el firmante al calce de este documento...

Al escucharlo, la doctora se detuvo como si le hubieran disparado por la espalda, giró despacio la cabeza y encaró al grupo durante unos segundos. La Doctora R.H. Positief se

había equivocado al creer que el papel de médico loco podía legitimar a un monstruo, pues incluso una bata podía destituírnos en la más flagrante de las suplantaciones.

-¿Bathory? No conozco a ninguna Elizabeth Bathory, pero les aseguro que no la encontraran aquí –responde dentro de su sueño, siempre dentro de su sueño -Yo estoy aún muy lejos de poder apreciar las bondades lenitivas del anonimato en pleno infierno.

Los consultores parten asiendo su maletín, tipos que termina siempre su trabajo aunque tengan que volarse la cabeza. La agenda se ha convertido en una calidad de licencia para que otros busquemos liquidez en el Banco de Sangre. Se trata del tormentoso sonido que hace el postrero sorbo de la malteada a través de un popote. Curp, curp, curp.

Empero, sería inútil entrar en los detalles sobre el finiquito de las operaciones fiduciarias. Baste decir que un apetito del tamaño de todo el cuerpo se aposenta sobre el plexo solar y le hunde su pluma fuente. Antiguamente, los verdugos se ayudaban del vinagre para aumentar la hemorragia en los cortes y punciones, provocando que los heridos se desangraran hasta sumergirse en la estigia. Ping, ping, ping. Elizabeth es de

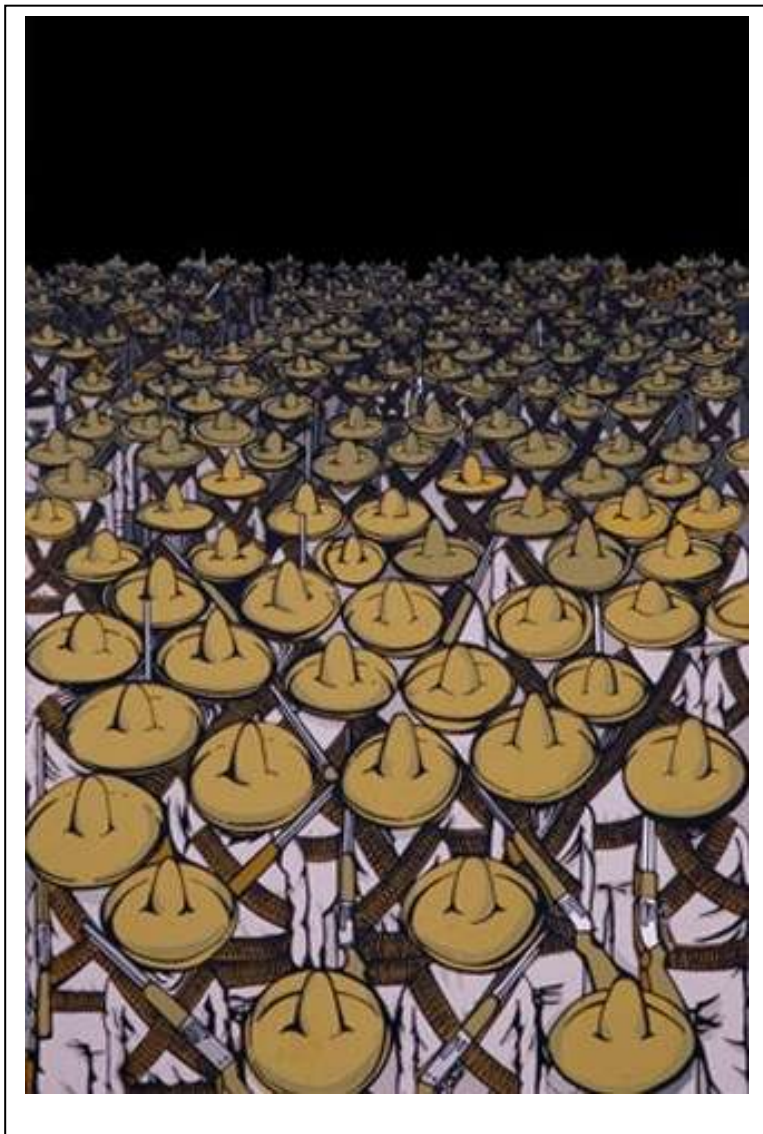
las mujeres que se bañan en tina de sangre para conservarse jóvenes y con el cutis terso.

-¡Oh, sangre! ¡Dios mío, Elizabeth! ¿Otra vez has vuelto a hacerlo? Lo vas a limpiar tú la próxima vez.

-Métete, está calientita y es tipo “O”.

Juntas, la doble y la gran creadora de su impostora intercambian secretos, como los tiburones profusos que olisquean la carnicería. Y quizás los reemplazos del Banco vendrán a encontrar los cuerpos de sus agentes perdidos y la amortización de la hipoteca será concedida y los negocios seguirán tan prósperos como siempre y todos saldrán ganando.

Cuentas limpias porque al final de cuentas, los contratos se firman con sangre.



UN MUNDO RARO

I

Cuando te hablen de *Masiosare* y de ilusiones y te ofrezcan un sol y un cielo entero. Si te acuerdas de mí, replantea tus acordes, porque el himno nacional sirve lo que un pedo. Y si quieres saber de tu pasado, es preciso decir una mentira. Sabes que vienes de allá, de un mundo raro, que no sabe de independencia, que no entiende la revolución y que nunca ha cambiado. Porque a dónde yo voy, hablaré de tu amor como un sueño dorado. Y delante del Presidente León Trotsky IV, reelecto nuevamente por un algoritmo abstracto, vestiré mi mejor traje de luces y capote para pedir tu mano. Más tarde o más temprano, haré que cambié la República a tu nombre: Los Estados Unidos de Malinche. Únicamente el Jardín de las Hespérides y el Cementerio Botánico lo hacen insensato. Por referéndum constitucional, se retiran los colores verde, rojo y blanco de la enseña patria, substituyéndolos por la bonita combinación de campos en oro y plata, pero no deja de ser un pedazo de trapo. José Alfredo Jiménez calla la Polka y me mira seriamente, entonces comenta. “Carajo, realmente esto es un cadáver exquisito igual que mi caballo”.

II

Yo sé bien que estoy afuera, pero el día que yo me muera, ha de ocurrir otro levantamiento social. Urbano y rural, urbano y rural. Dirás que no me elegiste, pero vas a estar muy triste y así te vas quedar. Con dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero, y mi palabra es la ley. No tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el Rey. Una piedra en el camino, me indico que mi destino era ser acusado de alta traición, arrestado y condenado a morir fusilado. Rodar y rodar, rodar y rodar. También me dijo un arriero, parado al borde una tumba abierta, con los ojos vendados, esperando la orden de fuego, que no hay que caer primero, sino escuchar la detonación y simular estar herido de muerte. A menos, que un grupo de gallinas siga al escuadrón de fusilamiento y éstas se abalancen a picotazos sobre el cuerpo, para terminar la ejecución. Cuando se es una nación piramidal, no se tiene necesidad de la diplomacia. Todos los competidores son destruidos. Si quieres obtener una fotografía del futuro, imagina un extraño enemigo profanar con su planta de marihuana tu suelo, añade una lustrosa bota militar pisándote la cámara. Para siempre.

III

Si nos dejan, nos vamos a querer en un motel de primera. Si nos dejan, nos vamos a vivir un mundo nuevo. Yo creo podemos ver el nuevo amanecer de un claro día. Yo pienso que tú y yo podemos ser *estridentistas* todavía. Si nos dejan, buscamos un rincón cerca del cielo. Si nos dejan hacemos de las nubes esas cejas de Frida Kahlo. Cada fuego artificial es un héroe recordado, haciendo vibrar al pueblo, donde caben dieciocho héroes por kilómetro cuadrado. Los que usan una máscara plateada, siguen la moda de los setentas. Al subir, saludas a todo el Jet Set como diciendo “miren, aquí voy”. Nadie pudo anticipar matar dos tiros de un solo pájaro, mirándonos seguir juntos los hábitos migratorios de las aves marías. No te preocupes, el aeropuerto internacional, con sus más de 154 vuelos diarios al mundo, es nuestra segunda oportunidad. Y ahí, juntitos los dos, será lo que queramos. Si nos dejan, te llevo de la mano una visita guiada a la casa de Zeus, corazón, y ahí nos vamos.



ALÓ MMXiCO

1. ¿TE VAS, ZAPATA?

Claro que no me voy a pata, tengo coche. Voy a ponerle otras monedas al parquímetro. Ni que lo digas, la siembra en las calles de estas plantas metálicas que reordenan el estacionamiento y una sobretasa de semáforos, hacen la diferencia palpable entre evolución y revolución. Emiliano Zapata espera el día en que el *lumpen proletariat* ponga el *Status Quo* de cabeza otra vez. Viva la revolución. Adelita se detiene frente a la farmacia y cuenta sus centavos: “Espérame, no me tardo. Voy a comprar unas toallas”. Viva la menstruación. Revolución, menstruación, da lo mismo, lo importante es que corra sangre. Ella se toma un buen rato para salir. Emiliano camina unos pasos para quedar fuera del rango del sensor. El chiflido de las puertas corredizas al abrirse, convierte al *Huapango* de Moncayo en algo fácil de silbar. Al igual que el lenguaje común de los *graffiti*, la frase correcta, en el momento preciso, puede iniciar la revuelta armada. Marcador

final: América 4 - Chivas 0. Encontrando un reposo sobre la ancha base pétrea de la fachada, Emiliano enciende un cigarro y cavila en que “*Tierra y libertad*” son de las palabras más gastadas, luego de “*supercalifragilisticoespialidoso*”. El cielo amenaza con llover, pues hay cosas que nos reclaman la demostración de su caída. Emiliano endereza la espalda contra la pared y junta los talones. “Al diablo con el pinche pañuelo”, exclama y arroja las llaves del auto, lejos. Quieto, en el punto autorizado para pedir limosna o tirar la basura, únicamente inflama el pecho al escuadrón de fusilamiento. Acuérdate que si no recibes el tiro de gracia, vas a despertar en manos de un psiquiatra. Adela sale de la farmacia y no encuentra a su acompañante. Debió irse a pie. Razón de sobra, para que Adelita se fuera con otro. Ahora vamos a contar el chiste más despacio para que lo entiendan los esquizofrénicos. ¿Te vas, Zapata? Claro que no, llevo caballo. El tiempo no es lo mismo que el clima, pero cuando viajes en el tiempo, busca en tus bolsillos por estas monedas antiguas de cobre, para partirlas la cara. Fijar una sociedad más justa no tiene precio, dijo el EZLN, estacionado largamente en Chiapas y conociendo 156

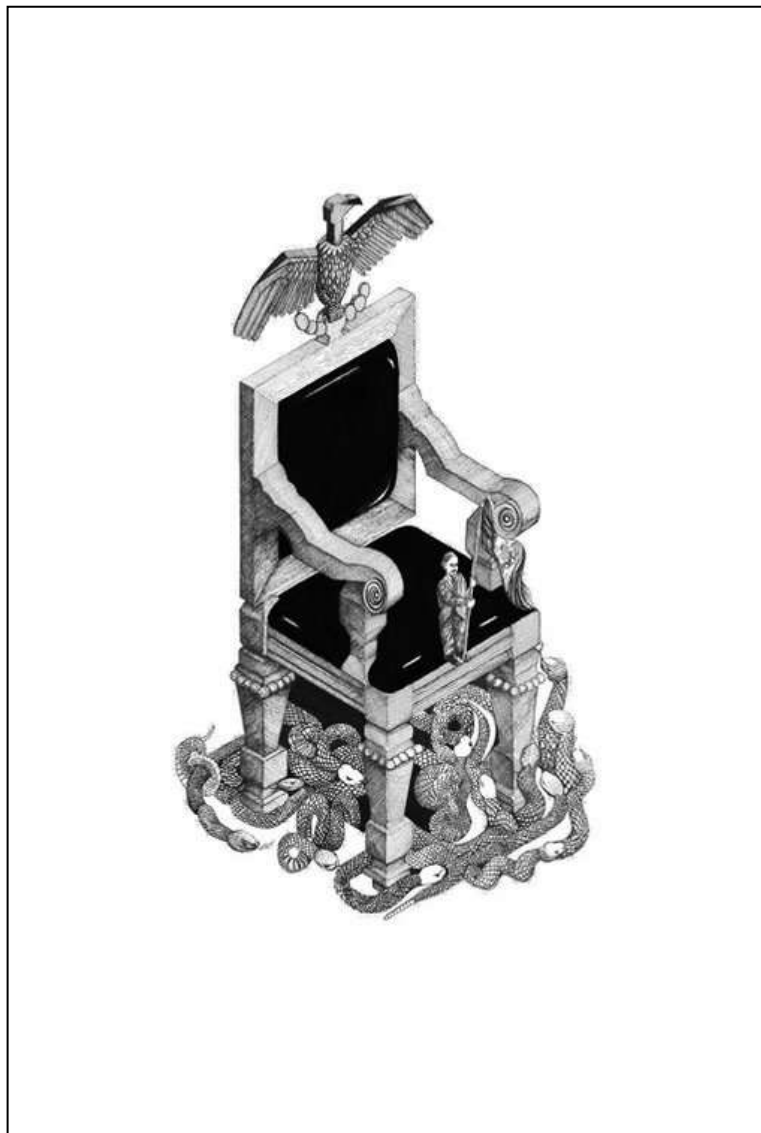
formas de matar al inspector de las multas. Viva el amor a la mexicana. Para todo lo demás, existe *Master Card*.

2. HACIENDO UN PANCHO

¡Vean al sorprendente Centauro del Norte! ¡Un caballo con cabeza de perro y cuerpo de perro! ¡Oh, se aleja galopando al este! Ay, me quiero volver *chihuahueño*, pero me carga el problema de las pulgas. Vuelvo a *Maquila Town*, como es conocida la frontera más fabulosa y bella del mundo. Vuelvo al punto geográfico donde te conocí. Voy a acampar con mi saco de dormir, porque no pienso moverme de aquí. Tengo un pedazo de cartón donde escribí algunas palabras, diciendo: “Si conoces a Martina, dile que estoy donde la primera vez”. La gente que cruza el puente internacional Matamoros-Brownsville todos los días, intenta darme dinero en la mano. No estoy quebrado, sólo tengo el corazón roto, explico. Ahí sigo sin moverme de sitio. Hubo una vez una montaña con espíritu de viajero, pero mi replica de montaña pace en una pila

de mierda. Y escrito está que si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña. No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie. Pero si alguien cierra los ojos, ¡Azotadlo! La policía migratoria me dice: “Hijo, no puedes dormir a la intemperie entre dos países”. Técnicamente, espero por alguien. El detalle es que puede llevarse un día, un mes, un centenario. Llueva o brille el sol, es el único lugar de la tierra donde debo estar. Al igual que obedece la ley de asentamientos para un picnic, tirar un pedo al aire libre se entiende como demarcación de territorio. Probablemente seré famoso, como el hombre que no se podía mover de su lugar. No es raro que uno se haga héroe por hazañas pequeñas, pero el amor te hace perder la cabeza, especialmente para exhibirla en un salón secreto. *Que chingue a su madre el tropel de los regimientos furiosos*. Por otro lado, el bandolero sólo tiene un amor, su machete. Y si quiere compañía, va y toma un perro de la calle y lo amarra a su casa y ya. Si acaso quiere tragar, que se las ingenie. ¿Sed?, que alcance su sorbo del agua harapienta. Yo no tengo diamantes bajo las suelas, sino una maraña de venas recientes, provocada por mi terquedad de aguardar la velocidad de las últimas bicicletas. Me verás en la noticias y tomarás un taxi para venir

aquí. O quizás no signifique nada el extrañísimo esqueleto que ya no tiene más que la calavera y un zapato. El que fue a la villa, perdió su silla, pero deja pésimas repercusiones de la *bluesología* para un punto de encuentro. Y todas las veces que ella viene, desaparece. Dicen que la fe mueve montañas, pero recientemente la dinamita ha resultado más útil, especialmente donde estorba un sombrero charro.



LA SILLA SENCILLA

“El acto creativo no es llevado a cabo por el artista en exclusiva, sino que el espectador contribuye al producto acabado con una reacción de indiferencia visual, con la total relocalización del fin utilitario, y de este modo, abomina la sedimentación simbólica en las obras artísticas, como consecuencia del paso del tiempo y la convención académica”, dice Marcel Duchamp en la muestra moderna de la Galería Rouge de París, tras causar revuelo con su proclama de elevar una silla a obra de arte, sin ganas de oír a los organizadores que consideraron que tal *Objet Trouvé* era una broma.

El término *Objet Trouvé*, o arte encontrado, describe el arte realizado mediante el uso de objetos sacados de la realidad cotidiana, porque la idea es dignificar su función meramente de herramienta o instrumento mueble. Así, el valor de lo coyuntural, fugaz y contemporáneo en la silla, desaparece bajo un título y un punto de vista nuevo. Por ejemplo, la verdad de una silla en medio de las olas. He aquí que entra una modificación en el objeto, aunque no al extremo de hacerlo irreconocible. Gaspar Roché, el afamado domador de leones,

confundió una silla con diecisiete piezas de *Tinkertoy* y no vivió mucho. Otro cirquero domaba a las fieras por teléfono y muy cómodo sentando en su taburete. Para los fundamentalistas, el mal gusto es considerado como una copia inferior de un estilo existente. La silla es al mismo tiempo la silla de ruedas, la silla eléctrica, la silla mecedora, la silla del baño, la silla turca y la silla curul, pero nunca un caballete. Si no se sabe distinguir de un pene, tiene que tener cuidado al sentarse. La silla rica se refiere a la pobre, *pobrecilla*.

Buscando la universalidad del portento, coja una silla. Oriéntela en su sentido geométrico de armazón. La silla es la envidia de los patos, porque tiene cuatro patas. Haga que el asiento sea equidistante de un culo gordo. Al instante, la escultura aparecerá a usted y de ese modo se convierte en un escultor infinitamente original y de una sensibilidad hechizante, pero incomprendido por el vulgo.

Por supuesto, admirar una silla convertida a escultura, irremediablemente fatiga. Por ello, la Galería dispone una silla para que el espectador tome un descanso, mientras duran las horas en el pasmo. Duchamp ocupa el mueble frente a su

reproducción conceptual. Más, al ponerse de pie, ya no pudo distinguir cuál era cuál.



LA ERA DE ACUARIO

Dicen que cuando Acuario y Piscis se casan, el matrimonio naufraga y nada de nada.

Al no existir hijos en la pareja, siempre prospera un ser de otra especie, que se convierte *de facto* en miembro de la familia. En esencia, la pareja decide de mutuo acuerdo qué animal es de su propiedad y le pone nombre, le concede onomástico y provoca una celebración. Justo el día anterior, el veterinario anunció que *Cleo*, nuestra carpa dorada, tenía unos meses de vida. Tristemente, Alba y yo la llevamos de viaje a la laguna de Catemaco, para reconciliarnos en el secreto de nuestro refugio temporal. Quizás una cena con pescado que nos acercara más o un divorcio al vapor. Alba sonreía pensativa, la pecera en su regazo, preguntándose, ¿Cómo carajo es posible hacerse de agallas para falsear su lamento? No te hagas, amor, sabes lo que hay debajo de la medicación. La vida misma comienza a mandar mensajes, pero no destruye al mundo, gracias a que la reina de las hadas escupe tu vaso de agua, mientras duermes. Se trata de una cosa seria, declaró ella muy seria, doblando la dosis de alprazolam en la concavidad de la

mano y enseguida se imagina un escape con los esquimales, pues allí nadie procura las rentas congeladas ni procede la pensión alimenticia como frívolo goce legal. A treinta grados bajo cero y tanto iglú, a ver quién puede desear una máquina expendedora de hielo. Es decir, si tú introduces un billete de alta denominación y ello te consigue una bolsa de cubitos de hielo, ¿Te pertenece el hielo a granel o la máquina? Ah, y también produciría una era glacial tan enorme que dejaría divertido a todo el mundo, menos los dinosaurios. Nuestro bote no llegó a tiempo. Yo sé que cada quién muere a su debido tiempo. Sin embargo, a veces, como en nuestro caso, hubo un poco de injusticia. Nos faltó decirnos, uno al otro, que nos queríamos. Era el destino.

Carpe Diem, bien puede ser un dicho y lo será en el adiós aséptico. Al regreso a casa y empujar la puerta de entrada, el mensaje en la contestadora que sigue al funeral preferido, anuncia: “Buenas noches, señor Fuster, le habla James Rado de *People Magazine*. Me gustaría hacerle una visita a Veracruz para cubrir un reportaje sobre el deceso de su mascota. Pero si usted avisa a la policía, se deshace la entrevista”. Fin de la grabación, ruido blanco. A propósito de

un mensaje del más allá, sea la otra persona quien lucubre y no yo. De acuerdo, una explicación se desconoce y la otra ignora el ulular de una ambulancia que se aleja, pero me reconforta saber que al menos alguien se preocupa.

James arribó el martes, acompañado de Gerome Ragni, su fotógrafo, y Galt MacDermoth, el productor. Alba los recibió con premura e infiere el protocolo habitual, que si se intercambian saludos con un cordial apretón de manos por aquí, que si toman asiento por acá y que si quieren ¡por favor! un té de manzanilla. James explica que desea vivir con nosotros, a modo de hacer un mejor trabajo como observador pasivo. “Se trata de un *reality show*”, comenta. Él ha repetido el experimento con un sinnúmero de personalidades anteriormente, tales como Hugh Hefner, Jessica Simpson, los Kardashian, los Osbourne, los hijos de Sánchez. Yo entiendo su punto, capturando en video nuestra experiencia conviene dejar al auditorio engañado y voltear la sorpresa y la indulgencia a otros que se hallen atravesando una misma situación, como atrae el folleto de una agencia de viajes que nunca pondremos un pie. Quizás sea un trabajo enfadoso, pero alguien tiene que hacerlo. James y su equipo técnico se instalan en el garaje, lo

que está bien por nosotros. Una primera cosa que advertimos es que no tenemos suficientes fotos de Cleo, estando más preocupados por inventar canciones de cuna para mantenerla despierta y palabras amargas para detener su agonía. De modo que James convoca a improvisar. Alba abre su recetario de cocina. Yo me pregunto por qué hace eso, pero ella explica. “Hay mucho de Cleo, en la sección de ceviches”.

Nuestra casa es una construcción de dos pisos que se agrega al final de otras casas, pegadas unas con otras. El vecino lo tenemos a un paso, detrás de la pared colindante. Precisamente, la ciudad nace cuando una aglomeración se acerca a otra en busca de una taza de azúcar regalada. No obstante que James, Gerome y Galt fueron lo superlativo de solícitos para lavar los trastes y arreglar sus camas por las mañanas y mantener el volumen de la televisión bajo, después de las once de la noche, yo empecé a sentirme abrumado, apenas transcurrido un mes de *creative television*. Por ejemplo, yo podría estar a mitad del proceso de la eliminación de heces y el entrevistador podría asomar la cabeza, detrás de la puerta del baño y preguntar, “¿Cuánto es su ingreso al año? ¿Se considera una persona religiosa? ¿Prefiere usar trusas que calzoncillos?

¿Se le cae el pelo?”. Más tarde, trabajando frente al computador, él podría jalar una silla y sentarse a mi lado, para continuar su interrogatorio. “¿Cómo se describe a sí mismo? ¿Ha deseado otro empleo que no sea escritor? ¿Cuánta Coca-Cola consume al día? ¿Su marca preferida es siempre Coca-Cola? ¿Cuáles son sus libros favoritos? ¿Cuáles son sus programas favoritos? ¿Cuáles son sus colores favoritos? ¿Qué atraviesa por su mente? ¿Qué espera del futuro? ¿Qué tipo de personas le disgusta?

Yo adopto la mansedumbre de buda, en el silencio circundante. Concluyo que hay gente que hace demasiadas preguntas. Más allá de una recta sin fin, los objetos que más amo yacen seguros en cajones y vitrinas. Alba sacude las almohadas, llenas de plumas estilográficas, y recalca: “Siento que el programa me está ayudado a comprender muchos malentendidos respecto a nosotros, que nunca se me hubieran ocurrido”.

Una noche, mientras me hallo dormido, una luz de linterna irrumpe en mi sueño. La fuente de claridad inútil parece provenir del otro lado de mis párpados. Así que abro los ojos y descubro a Gerome sosteniendo una lámpara de mano

contra mi cara. La extensa teoría ondulatoria clavada en mi pupila. La sombra examina con cuidado: “¿Señor Fuster?”. Por un segundo, mi cerebro me aconseja, “Dile que no, que se equivocó de persona. Largo de aquí”. Pero recuerdo que estos cazadores de medianoche se hallan en mi casa y saben quién soy, por ende consolido la arritmia circadiana y bajo mi estado de reposo a la fase uno, predominantemente en el intervalo *theta*.

-¿Se halla usted paralizado? – la voz insiste.

-No, me hallo completamente despierto, ¿Qué sucede?

-Su esposa no está, parece que se fugó de la casa.

Antes de regresarme a dormir, le digo que al faltar mi esposa, no hay documental que seguir. Pero el productor y su gente insisten: “Al contrario. Hay más material del que usted se imagina. Esto es apenas la punta del iceberg”.

Soñar no cuesta nada, lo que cuesta es levantarse. Largo bostezo.

Tres semanas después, la cama es más grande que cuanto Leo. La ausencia es Cáncer y la escalera todavía Libra. A lo ancho de la décima casa zodiacal, James no se cansa de hacer preguntas. Cada vez que Júpiter se alinea con Marte, él

insiste en tocar el tema de nuestro matrimonio. ¿Usted siente que tuvo un buen matrimonio? ¿No se arrepiente de no haber tenido hijos? ¿Cuánto frecuentes eran sus relaciones sexuales, a la semana? Finalmente, nomás por corazonada ¿Usted cree que Alba fue feliz?

-¿Por qué no se lo pregunta mejor a ella? –yo digo

-Ya lo hice

-Un momento, me doy cuenta que este material ya no se trata de mi Cleo, sino que lo volvieron el peor caso de castración al sofisticado antropoide, bajo el apelativo de jefe del hogar, que el mismo Darwin se vería en aprietos para explicarlo.

-Amigo, como generalmente sucede en la ventana de papel, la historia cambia en la medida que el reportero trabaja en ella. Es como el principio de Heisenberg del periodismo.

-¿Cuál es ese principio de Heisenberg?

-La ache, para escribirlo correctamente.

-Basta. Quisiera que ya se vayan de mi casa ¡Ya!

-Tómelo con calma, don Gabriel, el disgusto le provoca inflar la papada igual que el comienzo de una fábula de Esopo o Samaniego. Mire, nuestra permanencia aquí es una de esas

amistades envueltas en el velo del comunismo cristiano y usted se le parece tanto a San Agustín, que hace imposible que se le odie del todo. Vamos, construya un castillo alrededor de la puerta y no pretenda golpearla con un ariete para que se abra.

-TV or not TV, mister Fuster. That is the fucking question...

-Tengo otra buena noticia, señor Fuster. Sepa usted que esta historia se llamará “*La última carpa dorada: El desmadre simbólico de la muerte y otros hermosos circos*”. Por Gabriel Fuster, tal como fue referido a James Rado, corresponsal exclusivo. Fotografía de Gerome Ragni. *People Weekly*® Copyright© 2012”. Por supuesto, todo permite su duplicación, menos el infinito.

-Lo sabía, mentirosos, hipócritas, pervertidos. No me queda duda que en Sodoma y Gomorra inventaron las relaciones públicas, pero debo agregar otro verbo: queriendo.

-Door, that is a door...

Entonces se fueron

Dentro un bar, viajando por el quinto sueño, la clemencia de Heineken deja que me siente a tu lado. Una constelación de

estrellas se da cita para jugar a las siluetas y el asolado ordena una ronda de bebidas. El Aries dirá que todas son suyas. El Tauro ordenará la misma marca de siempre, convincente que es la marca de preferencia en las encuestas de revistas. El Géminis dirá estar pedo para conseguir abrazar a todos y platicarles al oído. El Cáncer tomará su bebida y se irá a un rincón a llorar. El Leo se asegurará que todos lo rodeen, por ser tan generoso con su *Master Card* Platino. El Virgo observará que los vasos sean limpios. El Libra tomará un sorbo de su bebida y se despedirá para buscar un bar más sofisticado. El Escorpión pedirá voluntarios para probar su bebida primero. El Sagitario no bajará de *teporochos* a todos los presentes, además de recomendarles un buen cirujano plástico. El Capricornio anotará las bebidas a repartir en su libreta y, de ajustarse a su presupuesto, entonces ordenará el mejor champagne para sí. El Acuario hará un brindis por el aniversario de la muerte de Charlie Brown o la invasión de los Hunos en el año 1,111, si fuere el caso, y sugerirá que todos se quiten la ropa. El Piscis prefiere que otro haga la invitación por él, pues le apura recordar dónde dejó el coche estacionado. Ofiuco avanza hacia el final de la barra, haciendo equilibrio con la bandeja tenaz de

Coronas, mientras los magos astrólogos le soplan besos que él rechaza dignamente. Las ocho y treinta, *my God*, y todavía me quedan diez vasos con agua por delante. Yo voy camino a Monterrey. Al abordar el autobús, el conductor intenta cubrirse la cara con la sombra de la mano y desconocer mi boleto, porque no le gustan los males pasajeros. De un teléfono de monedas, hago una llamada a casa de los papás de Alba, pero ellos me hacen saber que tenían noticias de su partida. Otro viajero compra un ejemplar de *People's Magazine* en un estancillo de la sala de espera y me observa, componiendo la cara de acuerdo a un saludo. Más extraño todavía, las personas sentadas en la fila de atrás, me dan la impresión que se la pasan murmurando de mí. Así las cosas, el titular en el periódico, del pasajero ubicado frente al pasillo, capta mi atención: *Géminis suicida mata hermano por error*. El tipo baja la hoja y me dirige la palabra: *Señor, yo creo que tiene derecho a saber esto*. Antes de que pueda responder cualquier cosa, él empieza a leerme en voz alta algunos párrafos de su diario. Yo no doy crédito a todo lo que Alba comentó a la prensa, es decir, mis datos personales, mis preferencias en comida, mis programas favoritos, nuestros pleitos. Y la condena de referirse a mí como

“necio y loco”, en todo momento. La cloaca de sus contracciones, en letras de imprenta.

En la estación de Tampico, descubro que mi paisano en Veracruz se saltó las peores partes. Alba confiesa que fueron muchas las ocasiones que pensó abandonarme, que secretamente robaba los cheques en blanco de mi talonario, para falsificarlos con mi firma, de ser necesario. Ella me acusa de celoso, que la ocasión de haberle regalado una mascota fue pretexto para enseñarle gracias y trucos a otros dos seres, fuera de su ordinariez. Ella dice que mi sentido de romántico era susceptible de arruinarse por la incompatibilidad de ronquidos, que factiblemente aprendí de Groucho Marx a cómo tratar a las mujeres y desarrollar un juego de la seducción de carcajada. En un punto de hastío, ella llegó a contemplarme personalmente repulsivo. Para respaldar estas aseveraciones, la revista publica tres fotografías mías en su nota: Una, vestido en paños menores y aliviando la comezón del saco escrotal *in fraganti*, delante del refrigerador abierto. Otra, con mi boca abierta, llena de comida. Y otra, con mi boca entrompada, babeando parte del sofá lo que estoy dormido bocabajo, con la televisión encendida. Por vil aritmética, concluyo que, si la bigamia es tener una mujer de

sobra, la monogamia es lo mismo. Ante tal situación de amante no correspondido, es mi indecisión el cortarme las venas o dejármelas crecer.

Al siguiente día, la veo ejerciendo una encantadora felicidad de niña, llegando como invitada especial al programa matutino “Hoy”. Básicamente, le repite a Andrea Legarreta la misma porquería que publican los pasquines, pero agrega que soy un enfermo obsesivo-compulsivo, temeroso de los gérmenes y adicto a checar las cerraduras dos veces. Suponiendo que la extravagancia del que afirma que el Ave María pone huevos fuese poca prueba para requerir una camisa de fuerza, una mujer habla al estudio y comenta al aire que su esposo procede de un universo paralelo, donde las personas poseen un increíble parecido animal, que los comportamientos concuerdan. Y es algo tan obvio, como usar a los conejos domesticados para convencer a la gente afuera del zoológico, a que asuma el disfraz que le han encomendado en la vida, de “ser el cerdo o el mono o la serpiente venenosa que pareces”.

La voz de quien se identifica como Francisca Zapata, revela: “Un día me deje convencer y acabé trayéndome de China un bebé que terminó siendo un oso hormiguero. La

multitud juega a ser ganado y todos estamos muy acostumbrados, pero el perro de mi marido y el panda que adopté ser, no creímos en la importancia de aprender inglés y cada vez que bajamos el ascensor, el momento que se abren las puertas, lo único que sabemos hacer en ese caso es rebuznar”.

Andrea Legarreta suelta una carcajada y exclama: “Órale, y yo me siento la princesa tibetana”.

Tocando el turno de la televisora de la competencia, los productores del programa “Cosas de la Vida” me llaman al teléfono y estimulan los gases de mi estómago por la mañana, entonces comprendí toda la bajeza cuando agregan que me pagan el vuelo a la Ciudad de México, para que me confronte con Alba dentro de su show. Ellos alegan, “Señor Fuster, nosotros pensamos que la nación debe saber su versión de los hechos también”. Yo respondo que no tengo interés por participar en una trampa de locos al lado mi ex-esposa, donde termine a golpes con gente inmiscuida en una discusión que considero privada. Ajá, es lunes y Alba se presentó al programa por su cuenta, al igual que a otras emisiones del mismo género. No hay remedio. Por otro lado, aunque yo desarrolle una postura de persa en no seguir haciendo caso, los amigos me

arrastran de vuelta a la humillación de los pies quemados, en cada oportunidad que tienen, con sus constantes preguntas.

En Octubre, Alba testificó ante una comisión especial del Senado, encargada de enconar el *faux pas* de mi silencio y la presunta violación constitucional, llenando el aire con los pormenores de nuestros grises tesoros en cupones de descuento y los ahorros secretos bajo el colchón, durante el entero proceso, esta vez bajo juramento. Algunas fracciones parlamentarias quedaron impactadas por las transcripciones, pero sin posibilidad de emitir circulares, pues el problema de los juicios imparciales es que se hallan sobornados por las dos partes.

A medida que el invierno comienza, incluso el cielo está más bajo. Yo paso varios días sin leer un periódico. Y cuando retomo las noticias, han ocurrido dos o tres catástrofes. Entonces me invade una extraña sensación de culpa. De no haber podido estar ahí, haciendo oposición al horóscopo. Me siento tan responsable, al no haber leído la prensa, que me desangro en borbotones, rodeado de frío. Ahora soy la botella de *Pinot Blanc* que se mueve dentro de una cubeta, en un restaurant fino de París.

Sí, dos veces nada más. ¿Quién te lo contó? En estos tiempos se necesita mucho ingenio para cometer un pecado original. Escucha, la semana previa a navidad, recibí un correo electrónico del Papa, donde me expresa su solidaridad y, al mismo tiempo, elevaba oraciones para que Dios nos ilumine y encontremos la reconciliación. Alentadoras palabras. Apenas la sospecha cristalina del repetido aleteo de su mano derecha, mientras se las arregla para escribir con un dedo de la mano izquierda. Yo le devuelvo el mensaje diciendo que aunque no soy católico, concuerdo con la visión de la Iglesia respecto al matrimonio más grande que el sin sentido, hasta que la muerte los separe. Otro correo me trae el catálogo de Sears. Me da la sensación de que es un adelanto de lo que está por llegar, de esa felicidad tan triste que llaman Nochebuena. Feliz Navidad.

Finalmente, Alba y yo nos vimos las caras en la ciudad de Puebla, como son las vueltas en la colcha, mientras yo aseguro la suprema dignidad del movimiento montando una bicicleta “Vagabundo”, viajando sin rumbo fijo a lo largo del país. Ella se hallaba comiendo tlacoyos junto a tres nuevos amigos, dentro de alguna especie de túnel emocional donde termina una calle empinada. ¿Qué haces aquí?, fue su reacción

al verme. El compañero sentado al lado le susurra al resto del grupo, algo concerniente a mi manía de chuparme el pulgar, mientras acaricio mi llavero de la suerte. Típicos *arianos*. La sabia confidente en la mesa le sugiere con la cabeza agachada, que no me dirija la palabra. Alba se mantiene preguntándome la razón de mi presencia. Yo le digo que busco diseccionar mi pupila en una cita a ciegas, pero ya me voy. Bien, llámame algún día, me dice y se voltea a reanudar su comida de negocios. La urgencia como si los estudios de la Warner estuviesen esperando en compraventa sus dos orejas.

Si no se puede parar la música, es preferible dejarla sentada. En el templete del kiosko, parece que resbalé de las escaleras o algo invisible me sujeta a quedarme inmóvil sobre un escalón de piedra, comiendo bombones, a la espera de la banda fúnebre en cualquiera de las doce orquestas regadas en el parque. Ya decía el empacho, los faroles frigos tienen la clave, cuando Alba aparece delante de mí y se sonríe. Sea lo que sea, le digo que no tiene que disculparse de nada. Y no lo hace, pero se sienta a mi lado.

-Te comiste todos los bombones sin acordarte de mí

-Claro que sí, por eso me los comí bien rápido...

Pausa.

-No pienso rescindir mis contratos con la Warner.

-Bien, ya recogerán con cuchara lo que quede de mí

Pausa.

-¿Te fijaste? Tienes un zapato café y uno negro

-Eso no es nada. En casa tengo otro par igual, pero al revés.

La observación le causa gracia y me toma de la mano.

-Creo que es hora de regresar a ella y que hagamos limpieza de las cosas viejas.

El horóscopo es puntual.

En la antigüedad, Astronomía y Astrología estaban fusionadas y confundidas, hasta que Nicolás Copérnico, típico Capricornio, vino a joderlo todo diciendo que la tierra giraba alrededor del Sol, además de imputarle otros actos abusivos con unos asteroides.

En la actualidad, la forma más fácil de ver las estrellas no es mirar al cielo, sino impactar tu cara contra una superficie contundente, como lo es otra cara en un brusco giro hacia tu dirección, tratándose de dar un beso mutuamente.

Carpe Diem.

Alba y yo levantamos la carpa nuevamente. La alineación interplanetaria da pie a la era de Acuario y nada de esto sucedió.

MAMBRU SE FUE A AL-QAEDA

Osama Bin Laden está muerto.

El villano más detestado desde Tomás de Torquemada y el Dr. Fu Manchú fue localizado y muerto en Islamabad, Pakistán, junto a sus cercanos colaboradores, además de la amante, la esposa y sus dos hijos, Ala Bin y Ala Baoh, por un equipo táctico comandado por Sylvester Stallone y otros once actores de acción. El terrorismo ya no será el mismo sin él, aunque le sobreviva Fidel Herrera. Sin embargo, su plausible caracterización seguirá siendo el disfraz favorito por muchos Halloweens más. Pero, ¿Cuándo Osama Bin Laden se convirtió en el artífice del lado oscuro y un dolor de cabeza? En algún tiempo, Satanás y su legión de demonios constituyeron la más temible y malevolente fuerza sobre la tierra. Hoy son parte del equipo de hockey de Toronto. En el estadio de futbol de Belfast, no hay perros calientes, sino perros bomba. Osama Bin Laden era considerado el líder de Al Qaeda, una red de terrorismo mundial con base jihadista, que se le atribuye los ataques del 11 de Septiembre, pero principalmente el genio maligno Iblís, porque a los Bush, se les acabaron los nazis y los



comunistas para perseguir y hostigar. Una cosa si es cierta, si Al-Qaeda dependiera de SEDESOL, no hubiera tenido el presupuesto para tirar las torres. Al Qaeda fue fundado como un club exclusivo para caballeros misóginos, cuya membresía exige matar infieles mediante misiones suicidas, con derecho a recibir esclavas vírgenes en la siguiente vida. En 2001, contribuyeron a la remodelación urbana de Nueva York. Un canto católico hace el oportuno señalamiento sobre esta conspiración: “Osama en las alturas, bendito es que viene en nombre del Señor”. Esto dio pauta a la cacería humana más despiadada que se puede ejecutar con Playstation 3. La operación militar fue un simple juego de busca y encuentra a Wally, ya que si Wally tuviera acreedores, ya estaría escondido en las sucias cuevas de Cachemira, donde sólo se hallan cabras perdidas y gurúes meditando a la entrada. La realidad es que debieron haberlo capturado vivo y remojarle las barbas con peróxido, para exhibirlo en un castigo ejemplar. Por ejemplo, internarlo secretamente en un hospital de la CIA y hacer que los cirujanos le practiquen una rápida operación de cambio de sexo. Regresarlo a Pakistán y soltarlo para comenzar una nueva vida como mujer, bajo el régimen del Talibán. Otros piden la

vulgar decapitación, con unas tijeras de pollero. Sí, después te llamo...tengo que cortar. Sus devotos suponen que las barbas y el turbante son naturales desde que nació, pero su madre desmiente esto. “Ya eres todo un hombrecito”, su madre hablando bajo la *burka*, le señala los primeros pelitos en el mentón y entonces se fue a matar rusos. Por otro lado, el turbante es la coronación de lo extrañamente turbado. Números trenzados que no alcanza a cubrir el libro de algebra de Baldor. En 1989, para declarar creada la red Al Qaeda, envía el siguiente mensaje codificado: 370H55V-0773H. La Casa Blanca no lo entiende y lo remite a la gente de Langley, pero tampoco logran descifrarlo. Mambrú sugiere leerlo al revés.

Yo descubrí su guerra justa, la mañana que empecé a leer la Biblia, la Toráh, el Corán y algunos viejos ejemplares del Hombre Araña y seguí el resto de la tarde sin hacer nada. ¿Pueden adivinar lo que ocurrió enseguida? Nada. Llegada la noche, supe que me convertía en un pacifista con un plan B de emergencia. Ciertamente, tú puedes aprender horticultura, pero eso no te hará más ilustrado. Fue a las 3 de la madrugada, durante las retransmisiones de CNN Newsroom, que Bin Laden

entregaba su último video. No obstante la fallas de origen, se entiende su amenaza.

-Tuve este extraño sueño anoche. Soñé con los Estados Unidos y que estos habían levantado nuevamente sus rascacielos perdidos. Pero, en esta ocasión, los cuatro hafazas colgaban una manta con un mensaje escrito: Alá es el único Dios.

El locutor hace el enlace con la Secretaria de Estado, para conocer su reacción al respecto. Hillary Rhodam Clinton, hecha para la sutileza de esas bravuconerías.

-Curioso, yo tuve un extraño sueño por mi cuenta. Soñé que me encontraba en Kabul y la ciudad lucía más bonita que antes de la ocupación rusa. Se hallaba totalmente reconstruido y su importante Aeropuerto arbolaba un pabellón con un mensaje importante.

-¿Cuál era el mensaje?

-No lo sé, no sé hablar hebreo.

Si no creen que el mal ha tenido sus resbalones, atiendan la siguiente cronología: 1231, el Papa Gregorio IX establece el tribunal de la Santa Inquisición. 1665, Milton completa los versos de *El Paraíso Perdido*. 1782, Suiza

termina su brutal cacería de brujas. 1966, Jerry Lewis es acogido el rey de la comedia por los franceses. En el nuevo milenio que nos toca vivir, Al Qaeda puede recuperar el cuerpo y transformarlo en una marioneta, enderezando su cuerpo inerte y ajustándole un par de lentes de sol, para convencer al mundo musulmán y los países herejes, que sigue vivo. La referencia no es *El cantar del Mío Cid*, sino de la película *Weekend at Bernie's* de 1989, pero muchos Generales de la OTAN son de memoria corta. Desafortunadamente, El cuerpo fue sepultado en el mar, conforme a los ritos islámicos. Lo que no dice el reporte del Capitán del portaaviones, es que lo dispusieron a través del inodoro. *Alá, una...Alá, dos...y Alá....*

-Mambrú, Mambrú, Al Qaeda se está aprovechando de ti. Ellos te están manipulando, cuando te dicen que tú puedes convocar la jihad, porque eres rico también. Déjame decirte algo, la diferencia entre un musulmán muerto y un caballo muerto es que no es divertido golpear a un caballo muerto. Aunque sea el caso que puedas producir y vender "*Bin Laden: The Musical*", con actores suicidas de verdad, que finjan odiar al público con total realismo, eso no significa que puedas remover los estereotipos.

-El hábito no hace al monje, ni la costumbre a Mohamed. Al Qaeda dice que el dictado de Alá es acabar con el mal, levantar una alta muralla alrededor de la nueva y prolongada Damasco, de modo que los americanos, los judíos y los infieles en general, no tengan ingreso en su precioso territorio y nada salga del mismo.

-¿No es grandioso el amor? Habrá que llenarlo de agua y cubrirlo con tapa de cristal.

-No sé como se dice amor en árabe, pero ametralladora se dice: tebala bala bala bala bala bala atajala.

Siguen al alto entrenamiento leves muestras de atención. Yo supongo que después que Mambrú explotó, me puedo quedar con su cuarto. Qué dolor, qué dolor, qué pena.

Osama tampoco volverá, pero queda la exaltación de sus videos en YouTube. Los transmitidos por Al Jazerra son falsificaciones. Probablemente, haya que ocultar su identidad.

Pimpón ya tiene Facebook.



OTRA TUERCA DE VUELTA

Mediten sobre el susto más grande que hayan tenido en su vida.

Yo puedo asegurarles que el momento que lo piensan, el incidente les provoca escalofríos bajando por la nuca, la piel cambia a un traje fusilado, ocurre la aceleración del ritmo cardíaco, hiperventilación, incontinencia, centellear de formas y colores delante de los ojos y desmayo. La bilirrubina sale a chorros en el solo de aquella gaita del hígado y los niveles de glucosa aumentan a permitir que el terror sea más dulce. Pensar, pensar, pensar interminablemente en lo trágico cotidiano, bajo el beneplácito del día. O ahondar más allá de la noche plural en que Piranesi, Fuseli, Goya y El Bosco permiten que sus vigiliat demenciales se adueñen del mundo. Por mi parte, debo admitir una pequeña lista de mórbidos temores, que van desde contraer el mínimo virus de fiebre Lassa en un saludo de mano hasta nombrar mil cosas aterradoras que deben habitar en la obscuridad. El miedo es una especie de espejo y cuando una mentira se mira en él, descubre verdades literalmente desfiguradas. Dicen que, de la caja de Pandora, lo último que se miró en el fondo fueron las envolturas vacías de

sus chocolates y un día de estos, todo el mundo despertará de enterrado en vida y abrazará la máxima de tenerle miedo al miedo, con el mismo afecto que siente una madre por el más feo de sus hijos. Hewlett-Packard Lovecraft probó su eficacia ante las pesadillas que encierran otras pesadillas. Su mente esquizoide y mística era adversa a todo lo normal. Lo desconocido lleva a sentir las más fuertes erecciones, porque los demás pelos postizos se levantan con episodios de electricidad estática, pero son los pequeños temores infundados los que provocan clamorosas descalificaciones, tales como tener el perro Doberman de tu vecino ladrando y corriendo hacia ti, el encontrar un francotirador apuntando a tu ventana y acertando en el pecho con su mira láser, el recibir al fisco investigando tus cuentas bancarias cinco años atrás, el arriesgar tu combinación de torre y alfil en un partido de ajedrez con la muerte o el buscar ánimos para sacar a bailar a la Lupita. Un letrero indica conservar la calma. No estaría mal un libro de primeros auxilios para miedosos.

Imagine ahora que llega a casa de noche. Quizás regresa de una fiesta, una venta nocturna, una cena de negocios o de trabajar horas extras en la oficina. Te preparas para dormir,

agradecido de quitarte los zapatos. A punto de hundirte en el profundo sueño, una leve carrera rodea la casa y abre tus ojos de golpe. Gira la perilla de la conciencia un poco, se congela la respiración. Según un tácito acuerdo, los intrusos no pueden transitar el segundo nivel de la casa, mientras los dueños se hallan en su interior. Los más finos, logran que el perro desvelado no le cambie de canal al televisor. Ay, etapa de conflicto con la obscuridad, el actual color que combina con la decoración del cuarto. La hipocondría, mala consejera, previene que si les tiene miedo a los ladrones, piénselos desnudos. Esto colma la limpidez en el ojo que no quiere mirar. Por ejemplo, si les tiene miedo a los payasos o los piratas o los fantasmas, piénselos desnudos y tocando unas maracas. Ahí se detiene el apostrofe, porque si les tiene miedo a las modelos en las páginas centrales de Playboy, piense en los doce minutos que Houdini podía pasar sin respirar bajo el agua y regrese a dormir. Pasado un minuto, todos roncan, apretados codo con codo, oponiendo la música de las tuberías al sorbo del vaso en el buró y enderezándose con una sacudida de almohada. Guarda la cama la escasa cordura en el descanso de la gente, al contrario del frío, y sepultada por gruesa manta, al momento

siente inesperados cosquilleos en la mejilla. Tu conciencia alcanza a percibir al monstruo con tres pares de patas espinosas y largas escurrirse bajo la ropa del camisón. Saltas de la cama, levantas el juego de sábanas y el negro invasor vuela en espirales a tu dirección. Gritas y repliegas una danza salvaje de terror. Te escondes dentro del closet, esperando que no te persiga. Tu pareja salta a la acción. Él sabe lo que debe de hacer, ya ha tenido este alboroto con anterioridad. Peor todavía, teniendo los sollozos delante de su madre, mientras ella daba vueltas al colchón que halló escondite el ratón que colecta los dientes de leche y acertó a meterse en sus calzones, acostumbrado al arraigo oliscón. Ciertamente, todo es uno y lo mismo en medido sobresalto, pero nos pesa el ajetreo de otras épocas en las que los caracoles cónicos triturados en un frasco de farmacia podían envenenar el mundo entero, para cerrar la puerta de inmediato, tomar el zapato y matar a la cucaracha sin misericordia. *Flomp, flomp, flomp, squish*. Finita. ¿Llegará el día que despierte convertida en Gregorio Samsa? Es un misterio.

El acto heroico se desvanece en un bostezo de flores muertas.

No del todo, porque eres de las personas que a medio sueño se dan cuenta que quieren despertar y no pueden. Hablas a tu compañero noctámbulo y el aire niega tus palabras, aunque hay una especie de ventriloquia con la luna claveteada a la noche silenciosa, que pone un aplauso en aquellos oídos algodonados a manera de alerta.

La reacción en la otra persona es inmediata, los hombros se levantan, el cuello se hunde. Mira de reojo encima suyo, mientras el rostro adquiere una mueca japonesa. En realidad no sabe qué mirar. ¿Qué cosa es? ¿Lo tengo en el hombro? ¿Es un loro? ¿Un vampiro? ¿Otra cucaracha?

Observa tus señas y espera mayor información.

-Traes un ángel de la guarda en la espalda de la pijama. Si lo tocas con la punta de la lengua, no te dejará dormir.

Eso sí es terrible.

Afirmar que las mariposas negras son ángeles te lleva a ser internado en una clínica. Pobre miedosa, es probable que aún encerrada bajo llave, te sientas insegura y sin los auxilios deliberadamente ambiguos y góticos de la puerta de los cien pesares. No es cierto, como todos los agentes corrosivos, la creencia de sentirse por encima del maniquí inadvertido como

el cristal y teniendo tu urgente camisa de fuerza en el aparador de los cien entusiasmos, debe servir para procurar otra vuelta de tornillo a tu locura, antes que los enfermeros irruman violentamente por detrás de tus párpados apenas cerrados y detengan toda suerte de borrado del maniqueísmo. En el saludo, alguien más penetre, pues, el latido de tus sienes, sosteniendo el Confucionismo multiplicador de las confusiones. Yo pienso que cuando juntas miedo y superstición en un tubo de ensayo y lo agitas, malas cosas suceden. No importando que no hayamos alcanzado a atinar al susto más paralizante y universal en el vasto catálogo que nos rodea, nuestras cucarachas y ratones sobrevivirán al mismo Behemoth heliotropo y Leviathan, para alivio de quienes condescendemos con estas películas chafas de los 50s que asestan bombas atómicas y trastornan a los biólogos con la corrupción de la carne, como si de las aspas del ventilador del verano se tratasen, porque mirar a las intimidantes fuerzas de la naturaleza salir del closet, es ahora parte de la mitología gay.



CINCUENTA PREGUNTAS A CERVANTES

Agradezco el interés de vuestra revista *People en Español* puesto a mi obra. Adjunto todas las respuestas a las preguntas hechas a un servidor.

1. Pluma grande de ganso. La púa es remojada en una mezcla de negro de carbón y aceite de linaza cada cinco o seis palabras.
2. Durante las mañanas, de las 9 hasta la hora de la comida. Y de nueva cuenta, luego de cenar y hasta entrada la noche siempre que me halle realmente inspirado y la paga sea buena. Mi poema *El Viaje del Parnaso* fue escrito por respeto y suma de cuarenta y cuatro maravedís cada volumen en papel.
3. En Alcalá de Henares, España
4. Sí
5. No
6. Mi maestro Juan López de Hoyos, quien daba por llamarme “mi bien amado”
7. *El manco de Lepanto*, apodo que no me hace mucha gracia.
8. Anchoas

9. Una onza de deshonor pública que una arroba de infamia secreta.
10. Mi primer arresto en 1569
11. Tuve otras cosas que ocuparme. Dejé la pluma y las elegías y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzose con la monarquía cómica.
12. Serví en el regimiento español a bordo de la galera “Marquesa”
13. La batalla de Lepanto contra los turcos en 1571
14. La mano izquierda
15. Muy frecuente, pero francamente no creo que sea incumbencia de ustedes.
16. Gran chambelán del Cardenal Julio Acquaviva en 1574, quien fuera considerado alguna vez “papable”, no obstante los romanos exclamaran: “Si por desventura fuera electo, no tendríamos Papa sino una Madona”.
17. En Algiers, capturado por los piratas, me convertí en el esclavo de Hassan Pasha, quién debo comentar que era bisexual y tenía un harem destinado a cada sexo. Parece que el monarca turco desarrolló una especial afecto por mi persona porque

- pidió la asombrosa suma de 500 escudos por mi rescate en 1580.
18. Nuevamente acusado de actos obscenos, sin entrar en detalles.
19. Mi matrimonio fue de conveniencia con Catalina de Salazar y Palacios en 1584.
20. Sí
21. Sí
22. Sí, definitivamente sí
23. Trabajo de recaudador de impuestos por un tiempo. Otra vez en 1587, comisario de víveres para la Armada Invencible.
24. *La Galatea* fue mi primera publicación completa en 1585, inmediato a mi regreso de Algiers. Se trata de una historia ortodoxa, una novela pastoril en seis libros sobre los amores de Elicio y la protagonista, pero escrita en clave con alusión a personajes importantes de la época. No fue un entero éxito.
25. *La Arcadia* de Sannazaro y *La Diana* de Montemayor.
26. El amor, ¿qué otra cosa?
27. El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha empezó a escribirse en mi encarcelamiento en Sevilla en 1597. Esta vez

por tomar indebidamente cereales del cabildo de Sevilla. Mmm. Está bien, por deudas.

28. Los libros de caballerías.

29. En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme

30. Rocinante, que significa caballo de mala traza.

31. Sancho Panza

32. Dulcinea

33. Unos molinos de viento

34. El inicio de la novela moderna

35. La primera parte en 1605 y la segunda parte hasta 1615, porque en el intermedio publique Las Novelas Ejemplares, una colección de doce extraños ingenios peregrinos.

36. Puf, veamos, *Rinconete y cortadillo*, *El licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *El casamiento engañoso*, *Coloquio de los perros*, *La gitanilla*, *El amante liberal*, *La española inglesa*, *La fuerza de la sangre*, *Las dos noncellas* y *La señora Cornelia*. La novela *La Tía Fingida*, no fue agregada al conjunto porque su autenticidad no está definitivamente comprobada y porque además soy muy supersticioso.

37. Ajá, *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* en 1615

38. No manchen

39. No sé, pregúntenle a Lewis Theobald

40. Constantemente se ha referido que el día de mi fallecimiento coincidió con el mismo de mi contraparte William Shakespeare sucedido el 23 de Abril de 1616. Pero esto no es correcto, porque España adoptó el Calendario Gregoriano inmediatamente en 1582, mientras Inglaterra permaneció con el Calendario Juliano hasta 1752, por lo que la misma fecha discrepa en diez días.

41. El texto de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* pertenece a la novela bizantina, esto es porque la trama se interrumpe para permitir que nuevos personajes relaten sus respectivas historias, aunque yo la subtité *Historia Septentrional*, nomás por mis

42. Huevos. Una botella de buen Oporto. Veinte manos de papel.

43. Mi hija Ana, quien se la pasa recordándome que las cosas más importantes en la vida no tienen que ver con los pensamientos escondidos del alma.

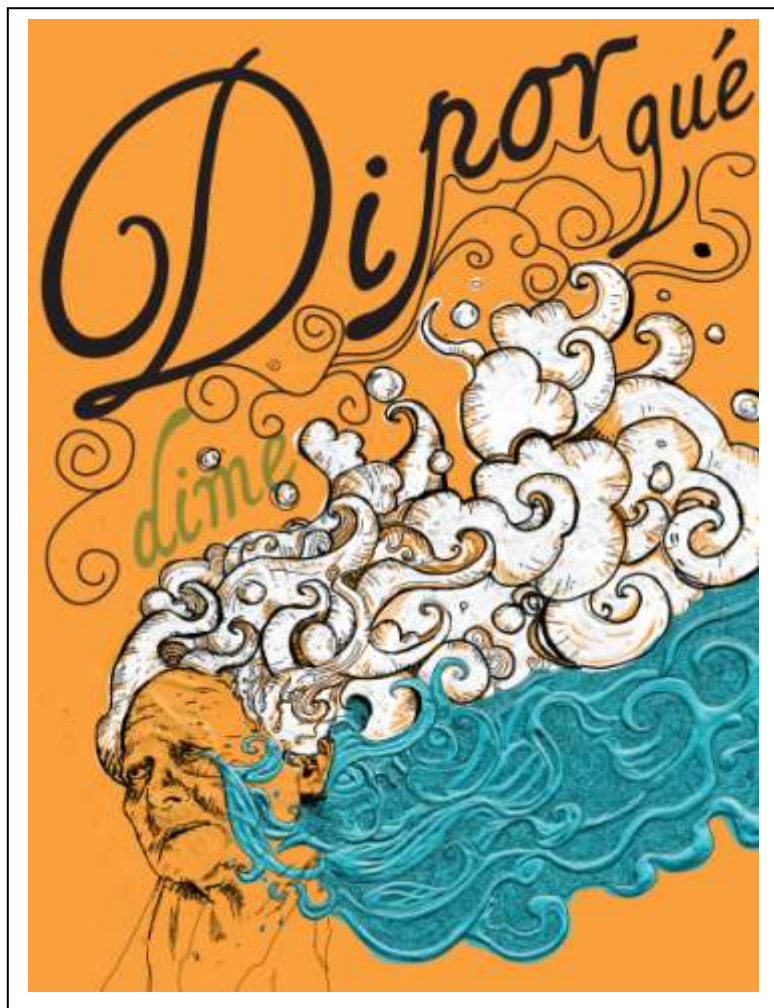
44. *La numancia* permaneció sin editar hasta el siglo 18.

- 45. Un festival en Guanajuato
- 46. Silbos, gritas y barahundas.
- 47. Ja, ja, ja. Don Coyote y Sancho Panda
- 48. En Madrid.
- 49. Pantimedias
- 50. El sueño imposible.

Con afecto

Miguel de Cervantes Saavedra

En el 400 aniversario de Don Quijote.



CRY CRY, CRÍ CRÍ

La caja de los muertos, modelo consola.

Mi generación *Baby Boom* tuvo el privilegio de crecer al lado del más influyente, más prometedor invento desde la rueda. En la primera televisión, muchos vimos la nieve estática como novedad y antes que conociéramos los auténticos copos blancos de la estación invernal. Enseguida vimos los programas favoritos con todos los desajustes verticales de inicio y los continuos desajustes horizontales a lo largo de una raya que me sube y me baja, ay, que me sube y me baja. El enorme cubo de *triplay* guardaba el *cinescopio* que hacía posible este milagro que tardaba cinco minutos en encender y el doble de tiempo en apagarse con un terco punto de luz al centro.

Para 1960, la televisión era tan ubicua como el aire mismo. Una casa sin una antena en el techo era una casa de pobre arquitectura. En la novedad de hoy y reliquia de ayer, la primera transmisión mayor que salta sobre los hombros del mueble de la radio fue la cobertura de los Juegos Olímpicos de 1936 en Alemania. Los alemanes pudieron seguir la ceremonia de inauguración en la *Fernsehstuben* ubicada en cada oficina

postal del área de Berlín. A pesar de la comparación con el sol que rompe los nubarrones del instantáneo informativo, ha sido razonablemente cuestionado que Hitler usó el invento para extender su propaganda de la supremacía aria. Lo irónico del asunto es que dos aportaciones distintas, el *iconoscópio* de Vladimir Zworykin y el *Disector de Imagen* de Philo Farnsworth, fueron mecanismos adaptados y operados en las cámaras alemanas. En 1936, Zworykin era un judío ruso, trabajando para los laboratorios RCA, y Farnsworth un mormón que se desempeñaba en la empresa Philco. Ambos pudieron haber sido perseguidos por sus antecedentes religiosos y étnicos. Y sin embargo sus invenciones hicieron posible la televisión en el tercer Reich. En México, Guillermo Gonzalez Camarena patentó un sistema de televisión en colores y fue el iniciador de los canales 2 y 5 que trajeron la cara deseante de mil ojos a los hogares mexicanos. Quien tuvo un *Strombreg Carlson* de resolución monocromática se cansó del libro y lo cerró para tener la vista fija en el florentino panel de prueba de la era de televisión en blanco y negro. Una imagen hipnótica con cinco círculos gamados, cuatro externos para ajuste de los tonos grises y uno central para contraste y brillantez. Enseguida

vino el ejercicio. Era de dos formas, levantarse del asiento para girar la perilla numerada cada vez que deseaba cambiar los canales o ir a comprar los productos anunciados en los comerciales. Los tiempos tenían un entusiasmo semejante a un contacto eléctrico que despide chispas y precisamente psiquis sopló en el corto circuito. Entonces, *Kool-aid* era la única bebida para niños, el *nylon* se incorporaba al diccionario inofensivo aunque las medias continuaban siendo de dos piezas, las cajas de los productos de marca políglota contenían premios en su interior para las masas televisivas. Pasados los comerciales, los programas eran en vivo y las risas genuinas. Revista de variedades, noticias y deportes. Y lo más importante de todo, los fantasmas. Los fantasmas en el televisor eran una distorsión en la imagen donde la señal que capta la salutación de las antenas luce duplicada haciendo que el programa contenga fantasmas. La explicación racional dicta que los fantasmas no existen y solo son producto de las interferencias en la impedancia. Es decir, el problema de los fantasmas en el televisor ocurre cuando una buena señal de transmisión choca contra edificios muy altos, árboles, etcétera, provocando rebotes de señal hasta que no se reconoce y otra vez se echa a

dormir. Los fantasmas *strictu sensu* son entidades transparentes hechas de dos palabras: *los otros*.

-Papá, hay un fantasma en la sala

-Dile que ahorita no puedo verlo

Se dice que los fantasmas son gente que conserva un orden idéntico al de ayer puesto que quedaron inadvertidos de su propio fallecimiento o murieron con una tarea inconclusa que los obliga a persistir en el mundo material. Los fantasmas del televisor y los fantasmas del más allá eran los gemelos en el centro de mi tiempo. Los fantasmas crean fantasmas para no estar solos. Los niños, juegos.

-Mamá hay una mano en mi Mecano.

-¿Una mano?

-Una mano negra. Abrí la caja y apareció allí, flotando...como contando hasta cinco.

-Bueno, pídele que te ayude a armar las piezas de tu juguete.

Historia de fantasmas escrita con tinta invisible. La casa embrujada de mi niñez era fácil de ubicar entre sus puertas condenadas. Un largo corredor cruzaba todas las habitaciones, para terminar en amplio patio. Un poco el estilo de Versalles,

pero con fantasmas más vulgares. El caso más vergonzoso que se presenció aquí, sucedió la noche del 9 de Noviembre de 1964. Su aparición provocó que mi abuela arrojara una chancla a la ventana de los vecinos, que mi abuelo escupiera a la policía y que mis papás nunca más volviera a solicitar los servicios de mis abuelos para cuidarnos a mí y a mi hermana, cuando ellos estuvieran de viaje. Me apena confesar que hubiera sido mejor que hubiera dejado al espectro vagar en pena y yo irme a la cama, en paz.

El asunto empezó a las doce campanadas de la medianoche. Un sonido de pisadas con torpe arrastrar de cadenas se escuchaba en la sala. Mi abuela dormía en el cuarto de mis papás, mi abuelo en un catre en el cuarto de los triques, mi hermana en su cama con dosel, mientras que yo terminaba de salir de darme un baño y me envolví con la toalla. En el cristal translucido que separaba la sala con el resto de la casa, pude ver la enorme sombra pasar de largo. Al principio pensé que era mi papá regresando de San Antonio, la ciudad, quiero decir, pero al no escuchar ningún refunfuño sobre sus gastos, deduje que se trataba de un ladrón. En ningún momento atravesó por mi cabeza alguna otra explicación sobrenatural.

Caminando de puntillas, me acerqué a la cama de Mina, mi hermana, y la llamé en la oscuridad.

-¿Mina? –le dije en voz baja, mientras sacudía el cuerpo dormido –Creo que llegaron los marcianos.

-¿Mmhmm? –ella contesta, con el mismo tono de un borrego sacrificado. Al mismo tiempo, recoge las piernas porque siempre guardó la superstición que “algo” te puede jalar de los pies durante la noche.

-Oigo ruidos en la sala – le explico mejor, cuando noto que los ojos dejan de girar.

Ella se levanta y me sigue con su pijama húmeda hasta las cortinas de las horas revoloteadas.

Ambos pegamos la oreja a la puerta.

Los ruidos habían cesado.

Mina me mira con cierta alarma, nomás traigo una toalla enrollada a la cintura. Ella quiere regresar a su cama, pero la detengo del brazo.

-Hay algo en la sala, te lo juro...

De inmediato, la incógnita reaparece con el sollozo de los mares.

Mina corre primero que yo y cierra tras de sí la puerta de nuestro cuarto. Yo trato de abrirla con las rodillas. El ruido del portazo despierta a la abuela.

-¡Que desorden se traen, niños! – demanda ella.

-Nada – dice Mina, reapareciendo por la rendija, con un olor fresco a caca.

Los ruidos provenientes de la sala se hacen alevoso homicidio. Ambos miramos a la abuela.

-¡Ladrones! –ella grita, intuitivamente.

Mina vuelve a cerrar la puerta tras de mí.

-¡Hay que llamar a la policía, niños!

Dado que el teléfono se encontraba en la sala, no adivinaba el modo que íbamos a llamar a la patrulla, pero la abuela hacía otra de sus incomparables decisiones con su figura baja. Ella abre la ventana que da a la recámara de los vecinos y arroja una de sus chanclas por encima del muro que separa ambas casas. El cristal de la ventana repica en la recámara ocupada por Don Fallo y su esposa, la concertista Maruca Beltrán.

Al minuto, Don Fallo se asomaba a su ventana rota y sacudía su puño en el aire.

-¡Voy a vender la casa y nos vamos a mudar a Malpaso!

-¡Ladrones, ladrones en la casa! –la abuela gritó.

Don Fallo pensó que se refería a su casa, pero entiende el tamaño de la emergencia y se presta a llamar a la policía desde la extensión en su buró.

Prueba de un indicador maniaco-obsesivo, yo arrojo la otra chancla para completar el par.

La Policía acude al instante. Ventajas de una ciudad chica, inscrita en la memoria. Un Ford sedán con estructura verbal azul, una motocicleta, una patrulla con ocho guardias y dos reporteros de El Dictamen. Ellos golpean con sus macanas a la puerta de la calle. La puerta tiene buena aldaba.

-¡Abran la puerta! –grita el gendarme.

Finalmente, los policías embisten con el hombro la pesada puerta de dos hojas, con postigos y herrería, y la rompen en el tercer intento.

Las linternas cruzan la sala y someten el orden. Una de ellas me atrapa, arreglándome la toalla nuevamente a la cintura.

-¿Quién eres tú? –pregunta el corpulento agente.

-Yo vivo aquí...

-¿Qué se sucede contigo? –el tipo baja la linterna a mi “cosita” y sonrío -¿Mucha agua fría?

Yo regreso a mi cuarto y decido ponerme una trusa.

El oficial a cargo se reporta con mi abuela.

-Ni un rastro de intrusos, señora. –informa - ¿Usted vio a alguien? ¿Qué media filiación tenía? ¿Piensa que fue uno o varios delincuentes?

-No sé, se oía por todos lados. Podría ser *Chucho el Roto*.

-Es curioso, pero las puertas y las ventanas están bien cerradas por dentro.

A distancia, un par de ellos trae a la fuerza a mi abuelo. Luce confundido. Antes de ser esposado, mi abuelo saltó a la conclusión que los policías eran desertores del ejército de Carranza.

-Lo encontramos atrás y nos escupió encima, comandante

-Suéltlenme, perros cobardes – gritaba el abuelo.

-Es mi esposo...

-Llévenlo de vuelta a su cama

Miro las fotos sepias en los ojos del abuelo. Las fotos de los buenos y malos tiempos, entonces un policía pone el tosco cañón de su pistola en mis costillas.

-¿Quién eres tú?

-Yo vivo aquí

-¿Qué haces en trusa? ¿No se quejan los vecinos?

-Solo si tenemos el televisor a todo volumen.

Los policías se mostraban reacios a dejar el lugar con las manos vacías. Ellos empezaron a catear los muebles del ropero, curioseando en la ropa interior. Yo desabotono mis prisas, poniéndome una blusa de mamá por tenerla a la mano. El periodista, con su cámara *Leica* con flash, se mira con recelo y pregunta.

-Hey, niño, ¿Cuál es el problema aquí?

-Tenemos fantasmas en la casa

Éste se me queda mirando como si fuera un surtidor al que le puso unas monedas y no hubiera conseguido el correcto refresco embotellado. Sin mostrar un gesto en la cara, se da la media vuelta y se va. La fuerza policiaca lo sigue detrás.

-¿Qué le sucede a esta gente? –pregunta mi abuela –

-Nos llamo locos, abuela

-¡Dios mío, parecían unas personas tan decentes!

No acaba de decir la frase, cuando el televisor en la sala se encendió. La hora de “Musical Ossart” daba inicio.



GABRIEL FUSTER, 49 años, poeta, edificio verbal, torre de canto y signos premonitorios, pararrayos de la doctrina y las convenciones vigentes. Obelisco de la inteligencia, influyente Becario del Fonca 2004, ruega por nosotros. Él, sabedor de lo ignorante que pueden ser, tanto los hombres de letras en cuestiones de ciencia como los hombres de ciencia en cuestiones de letras, sin perder el calificativo un tanto manido de “*portavoz de su época*” en sus respectivos campos. Gabriel Fuster unifica ambos criterios, hace lo inteligible, embotellable. A la fecha ha publicado cinco libros importantes. A saber: *Salmón*; *Tú también estás feo*; *Quizás no vuelvas a tomar tu merienda en este continente jamás*; *Cuadros con descuento* y otro que escapa a la memoria. Sócrates desconfiaba de los libros, en *Fedro*. Alegaba que atrofian la memoria. No importa, la imaginería de Fuster se presenta en formas muy ricas y diversas: ya puede mantener una charla que desde el principio hasta el fin sea un monólogo continuado. Actualmente él prefiere viajar, llevar la literatura como una vista de pájaro sobre el mundo. Soñando en unificar ahora a las naciones, pero eso, más que marcial es marciano.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de Mayo 2013
con apoyo del Programa Editorial 2012 que convocó el IVEC.
Se tiraron 150 ejemplares y sobrantes para reposición
Impreso y hecho en México